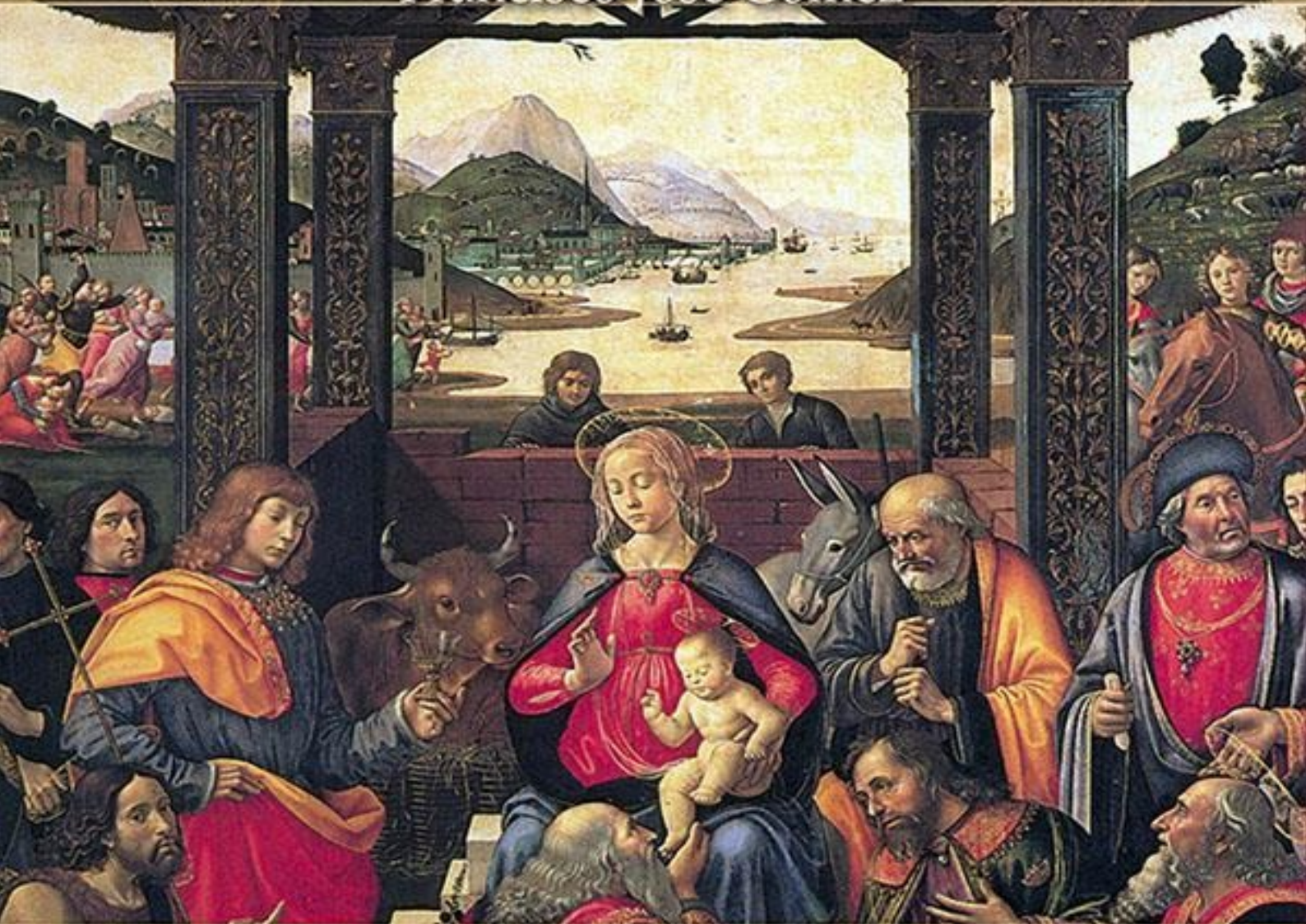


se

BREVE HISTORIA de la...

NAVIDAD

Francisco José Gómez



Descubra la historia de nuestras fiestas más entrañables y familiares. Ceremonias y tradiciones, belenes y abetos, magos y villancicos. Desde sus orígenes, las jocosas Misas del Gallo medievales y las fiestas navideñas del Siglo de Oro hasta San Nicolás y los árboles de Navidad. Un completo recorrido por la tradición de la Navidad y sus protagonistas

Lectulandia

La Navidad y su celebración son una constante en nuestra cultura desde hace más de mil quinientos años. Sin embargo, y hasta llegar a nuestras elaboradas tradiciones actuales, el camino recorrido ha sido largo, y las influencias recibidas muy variadas. Partiendo del mundo pagano, y de los inicios del cristianismo, que orientó su sentido profundo, en cada período histórico las cuestiones religiosas, las vicisitudes políticas, el folclore y las costumbres populares propias de las naciones cristianas y la actuación de determinados personajes dieron forma y enriquecieron estas fiestas que, al paso de los siglos, a su carácter de expresiones de fe sumaron una rica cultura en torno a ellas.

Breve historia de la Navidad expone el origen, la evolución y la propia crónica de tales festejos y de sus prácticas características; presenta época a época las ceremonias, protagonistas y usos que la caracterizaron y aborda los episodios históricos navideños más notables, además de muchos otros aspectos de diversa índole. Y así, mediante el estudio de las fuentes escritas, y del material visual que se facilita, por estas páginas discurren protagonistas, sucesos, tradiciones y anécdotas que han configurado la celebración de la Navidad.

Emperadores y leyes, papas y ceremonias, campesinos y tradiciones ancestrales, espíritus y festejos paganos, belenes y abetos, magos y villancicos tienen cabida en esta obra que ofrece una visión completa y cronológica de las fiestas navideñas. Un libro ameno y riguroso de historia, que parte del siglo I y llega a nuestros días, para cualquiera que quiera conocer uno de las manifestaciones fundamentales de nuestra cultura, la Navidad.

Lectulandia

Francisco José Gómez

Breve historia de la Navidad

Breve historia: Pasajes - 26

ePub r1.0

FLeCos 08.09.17

Título original: *Breve historia de la Navidad*
Francisco José Gómez, 2013

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres y hermanas y a los miembros, pequeños
y grandes, de la familia, recién incorporados,
por tantas Navidades, cargadas de sentido,
merecedoras de recuerdo e inspiradoras de este libro.

Los que han oído hablar en su infancia de la lucha contra la pena de muerte y conocen el establo (el Belén) y la Buena Nueva han experimentado un gran horror hacia el baño de sangre del siglo xx, han tenido tiempo de asimilar la idea de que destruir a sus semejantes es inadmisible... Los hombres de los que se han servido para cometer asesinatos masivos no habían oído hablar de nada. Se ganaban la confianza de sus jefes, y luego le cogían gusto a los asesinatos y a los insultos.

Contra toda esperanza
Nadejda Mandelstam

Introducción

Una vez al año, llegadas las fiestas de Navidad, los medios de comunicación insisten en mensajes tales como: «estas son las fiestas más entrañables del calendario», «es tiempo de ser buenos», «como siempre haremos buenos propósitos para el nuevo año»..., como si con la sola llegada de la última semana del mes de diciembre, y por unos días, existiese la obligación moral de añorar, practicar la bondad y hacer proyectos, sin más causa o motivo.

Ante estas premisas, que de darse efectivamente no son despreciables, cabe preguntarse si realmente en esto consiste la Navidad, dado que en no pocas ocasiones la visión que se tiene de la realidad se gesta a partir de lo que se dice, o se ve, a través de los citados medios. La respuesta a la cuestión planteada es negativa. La Navidad no es tan sólo un conjunto de recuerdos, buenos sentimientos e intenciones para el futuro, sino una de las manifestaciones religiosas, culturales y humanas más importantes de la historia de la humanidad.

Las fiestas de la Natividad de Jesús, o Pascuas de Navidad, son solemnidades esencialmente religiosas, cuyo origen, sentido y desarrollo llenan de fe, contenido y tradiciones las dos semanas de las que hablamos. A lo largo de los siglos, el Nacimiento de Jesús de Nazaret, considerado por los cristianos como el Hijo de Dios, ha constituido, y sigue haciéndolo, una de las bases del credo de casi dos millares de personas en el mundo, que fundamentan su vida sobre los hechos y vivencias que narran los Evangelios.

Por otra parte, y en cuanto se trata de una antiquísima manifestación humana de un conjunto de creencias, también es cultura. En torno a las mencionadas convicciones se han generado liturgias, ritos, prácticas, literatura, música, diversiones e incluso comidas y dulces que le son característicos. La calidad de tales y tan variadas expresiones en muchos casos ha llegado a ser muy alta, dado que el núcleo de la celebración, el nacimiento de una divinidad, así lo requería.

Finalmente, a lo largo de los siglos, la Navidad ha sido una ocasión, y muy especialmente un estímulo, para que el hombre, de nación o cultura cristiana, alcance un mayor grado de humanidad. Las tradiciones, en general, no son importantes por ser antiguas, ni significativas por qué figuras destacadas las introdujeron o practicaron, sino por los principios que se encuentran en su interior. El elenco de valores humanos, y espirituales, que presentan estas celebraciones es realmente elevado, y difícilmente superable. De aquí el que en la actualidad, una gran parte de la población, incluyendo un porcentaje de no creyentes, se identifique con el sentido profundo y humanizador de este período del año, y que la Navidad sea entendida cuando menos con un tiempo para la bondad y la transformación personal.

Este es el objetivo del libro, el de dar a entender el proceso secular de surgimiento y desarrollo de las celebraciones de Navidad, desde un análisis puramente histórico, en el que incluyamos cuantos aspectos han contribuido a su formación, así como el

sentido profundo de sus fiestas y prácticas. La exposición de sus tradiciones más señaladas y significativas, que han contribuido a configurar nuestra cultura y visión de la existencia. Y finalmente, la puesta en valor de algunos momentos históricos, en los que los principios intrínsecamente ligados a la Navidad han elevado al ser humano sobre sí mismo, haciéndole merecedor de este nombre.

A fin de facilitar la comprensión de la dinámica seguida por la Navidad, y cuantos aspectos la acompañan, he decidido exponer los hechos por épocas, y no por temas concretos desde su inicio hasta nuestros días, como suele ser habitual. De este modo espero que nos aproximemos con mayor facilidad a cada uno de los períodos de la historia, y al sentir, pensar y celebrar de sus hombres en torno a la Navidad, siguiendo así la evolución de la propia festividad y constatando lo antiguo y reciente de nuestras costumbres. Aunque sabemos que no es exacta, he seguido la división clásica del devenir humano en Edad Antigua, Medievo, Edad Moderna y Mundo Contemporáneo, con el objetivo de ayudar a una mejor comprensión. En contadas ocasiones, y temas muy determinados, no he respetado tales límites, pues debe primar siempre la claridad en la exposición, algo que espero haber logrado. Debo advertir igualmente que he presentado el sentido de las celebraciones y tiempos religiosos en la primera de las ocasiones en las que podían ser tratados, eliminando en épocas posteriores la repetición de tal explicación. Del mismo modo, y aunque he planteado el libro con el fin de ofrecer una visión global del tema, he dado más relevancia a las Navidades y tradiciones propias de España, por ser nuestras, abundantes y significativas para los que aquí hemos nacido y crecido.

Nada más me queda por señalar, tan sólo desear que los objetivos se hayan alcanzado, que el lector disfrute con su lectura y que las próximas Pascuas de Navidad sean un período más consciente, enriquecedor y vivo.

Burgos, a 15 de julio de 2013

I

La Navidad en sus inicios, un proceso lento y complejo

Del nacimiento de Jesús a la caída de Roma

Del año 1 al año 476



Catacumbas de Santa Priscila, siglo III.

De la indiferencia al entusiasmo

Del siglo I al siglo III

INTRODUCCIÓN

Los primeros trescientos años del cristianismo basculan entre la indiferencia casi total del primer siglo, en lo tocante al nacimiento de Jesús, y la profusión de fechas propuestas en el siglo III, entre las comunidades cristianas, con el fin de celebrar la Navidad. Hasta llegar a este punto, inicialmente hubo de darse un proceso lento, intermitente en el tiempo y, las más de las veces, espontáneo entre los grupos que formaban la Iglesia de los primeros siglos.

Sus hitos, esto es, la redacción de los pasajes evangélicos del nacimiento e infancia de Jesús, las incipientes «peregrinaciones», el primer interés por la gruta de la Natividad en Belén, y la vida de un obispo virtuoso con fama de santo, aun combinados entre sí, no parecían contar con la fuerza suficiente como para provocar el interés y la atracción que en la tercera centuria alcanzó la Navidad entre los cristianos; y sin embargo así fue.

No hemos de olvidar que la verdadera fuente de persuasión de tal festividad estaba en su mensaje y en la vivencia del mismo. La celebración del nacimiento de Jesús, tal y como lo creían y siguen creyendo los seguidores del Nazareno hoy, constituye la encarnación del Hijo de Dios, esto es, su llegada al mundo hecho hombre para salvarles del pecado y la muerte y mostrarles la vida a seguir.

Por tanto, es desde aquí desde donde hemos de contemplar el surgimiento de los textos de la infancia, las visitas a Belén, o la imitación de las virtudes de un santo del siglo III; desde las experiencias de los fieles y como manifestación de su propia fe, auténtica urdimbre que ligó y cohesionó discretamente sucesos tan distantes, así podremos comprender el desarrollo y trascendencia que paulatinamente alcanzó la Navidad.

A LA ESPERA DEL FIN DE LA HISTORIA

Los cristianos del siglo I no celebraban la Navidad. Su despreocupación por el nacimiento y la infancia de Jesús nacía de su firme creencia en que la segunda llegada de Cristo, la *Parusía*, y con ella el final de los tiempos, era inminente, lo que centró sus miras y prácticas religiosas en la preparación para este momento, en el que la historia alcanzaría su culmen y conclusión. No había, por tanto, necesidad de escribir relatos sobre Jesús, ni de completar su historia o biografía, ya que la inmediata

consumación del mundo restaba importancia a tales aspectos. Marcos, en su Evangelio, había reiterado esta proximidad, destacando que, aunque Jesús no había señalado el momento exacto, había de ocurrir en un tiempo muy escaso: «En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios» (Mc 9, 1); «Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que [el Hijo del Hombre] está próximo a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan» (Mc 13, 29-30). Las señales que anunciarían el definitivo advenimiento serían calamitosas: guerras, terremotos, hambrunas y persecuciones contra los cristianos (Mc 13). El fin del mundo tendría lugar simultáneamente a la venida del «Hijo del Hombre», que habría de juzgar a la humanidad, y «reunir a sus elegidos» (Mc 13, 27). Por tanto, y ante esta perspectiva, no es de extrañar que las celebraciones más importantes para los cristianos de, al menos, los tres primeros siglos fueran el bautismo, la eucaristía y la Pascua.

Ahora bien, el siglo I de la era cristiana fue trascendental para la configuración posterior de la Navidad, ya que dentro del mismo tuvo lugar un proceso que orientó definitivamente el camino y sentido que había de tener tal celebración, tanto en su significado global como en sus diferentes partes. La dinámica a la que nos estamos refiriendo es la de la elaboración de los Evangelios y, muy especialmente, a los de Mateo y Lucas, los dos autores que recogieron algunos episodios de la infancia de Jesús.

EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

De la reinterpretación del fin de la historia al interés por los sucesos de Belén

Unas décadas después de la muerte del Nazareno, los cristianos habían cambiado sus expectativas. Hacía ya más de medio siglo de los sucesos del Gólgota, y de la resurrección, y sin embargo la segunda venida de Cristo no había tenido lugar. La conclusión que aquellos primeros fieles extrajeron de esta demora fue que el fin de los tiempos estaba mucho más lejano de lo que ellos mismos habían esperado, y era necesario por tanto replantearse la forma y el sentido de su permanencia en el mundo, hasta que el ansiado advenimiento definitivo se produjese. En esta línea el evangelista con mayor intuición fue san Lucas.



San Lucas fue el evangelista que comprendió el sentido que tenía la prolongada espera de la *Parusía*, o segunda venida de Cristo, reorientando la misión de aquellos primeros cristianos en el mundo romano. EL GRECO, *San Lucas* (1602-1607). Museo de la Catedral de Toledo.

Este, discípulo de Pablo, fue el autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles, obras ambas finalizadas como mucho hacia el año 90. Lucas, hombre culto, y de origen gentil según algunos indicios, quiso dar respuesta en sus escritos al desaliento de su comunidad, cansada ya de la prolongada espera de la *Parusía*. Para ello interpretó el sentido de aquella expectativa, afirmando que semejante demora había sido instaurada por el Espíritu Santo, y que constituía un bien y un medio divino en sí misma, pues tenía por objetivo continuar la obra de Cristo en el mundo, a través de sus comunidades cristianas. No importaba tanto el final como el que la Iglesia aprovecharse ese tiempo que se le concedía: «... y que se predicase en su nombre [el del Mesías] la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén» (Lc 24, 47). Esta certeza queda expresada claramente por Lucas en su segunda obra, los Hechos de los Apóstoles, en la que relata la labor del Espíritu Santo en la Iglesia, y el peso determinante de la figura de Pablo, cuya visión universal del Evangelio comparte su discípulo.

El evangelista san Mateo, por su parte, llegó a la misma conclusión, aunque de manera independiente a Lucas, pues sus obras se elaboraron claramente por separado. La *Parusía* se había retrasado, pero Cristo vendría, sin duda, por segunda y definitiva vez, cuando la Iglesia hubiese predicado el Evangelio a todo el mundo; entonces llegaría el final: «Se proclamará esta buena nueva del Reino en el mundo entero para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin» (Mt 24, 14).

Ahora bien, la reinterpretación de la realidad que ambos acometieron a partir de las experiencias vividas no se ciñó exclusivamente a la cuestión del final, sino que abarcó una serie de aspectos esenciales para la vida de sus comunidades. Lucas explica a sus hermanos cristianos que las persecuciones, y pruebas, a las que se ven sometidos, no son un signo de que el final de los tiempos está cerca, sino más bien una consecuencia derivada de la propia condición del discípulo de Jesús; aunque, igualmente, invita a los miembros de su asamblea a no relajarse en sus exigencias de vida, pues pese al tiempo transcurrido, y aunque todavía no lo ha hecho (Lc 21, 8-9), lo único cierto es que Cristo vendrá de repente (Lc 21, 34-36), cuando menos se espere: «Vosotros estad también preparados, porque en el momento menos pensado vendrá el Hijo del Hombre» (Lc 12, 40).

De aquí que Lucas, a lo largo de sus escritos, recomiende a su grupo que se prepare para vivir dilatadamente en el tiempo, y en el mundo, y más en concreto, dentro del marco político, y cultural, del Imperio romano, con el que no encuentra motivo de conflicto. Él mismo se considera un ciudadano leal al Estado, y no ve causa importante para un radical enfrentamiento entre Roma y la Iglesia. En su Evangelio, personajes no judíos, como el centurión o el buen samaritano, son modelos de fe y caridad respectivamente, incidiendo en la universalidad del mensaje cristiano. Incluso, el juicio negativo y severo que, en opinión de san Lucas, merece el prefecto Poncio Pilato se debe más a la incompetencia y cobardía del mismo que a su origen o cargo. Por el contrario, la mayor parte de la responsabilidad y de la culpa en los hechos de la detención y muerte de Jesús recae sobre los judíos y su jerarquía sacerdotal.

En definitiva, tanto Lucas como Mateo reorientaron la expectativa de aquellas primeras comunidades cristianas, justificando la tardanza de la *Parusía*, redefiniendo su misión en el mundo y alentándolas a vivir en él, aceptando las consecuencias derivadas de su estilo de vida y la necesidad de organizarse por no se sabe cuánto tiempo, quizás mucho.

Con los años, la extensión de este análisis de la realidad entre el resto de asambleas cristianas fue la causa que llevó a la elaboración de los pasajes evangélicos dedicados a la infancia de Jesús y, a la larga, a la celebración de la Navidad. Ahora, por fin, y preparados ya para permanecer en la tierra, había tiempo, no urgía la preparación para el fin de la historia, y tenía sentido completar el relato de la vida de Jesús, para conocer más, y en profundidad, la biografía del Mesías. Los cristianos, por tanto, querían saber más sobre su maestro.



San Lucas hizo ver a los cristianos de su tiempo que las persecuciones, lejos de ser un síntoma de la inminencia del fin del mundo, eran la condición del discípulo de Cristo. Catacumbas de San Calixto (s. II), Roma.

A este deseo se sumó la propia expansión del credo cristiano —presente ya, a fines del siglo I, en Siria, Asia Menor, Egipto, Chipre, Grecia, Italia y otros lugares—, que exigía una mayor articulación de las comunidades y mejor formulación de las creencias. En este sentido, tanto Mateo como Lucas no se limitaron a realizar una mera semblanza, o a rellenar algunas lagunas existentes en la vida de Jesús, sino que fundamentalmente sus relatos se elaboraron con un fin teológico: demostrar que en Jesús se cumplían las profecías que anunciaban la llegada del Cristo, desde el mismo momento de su concepción y nacimiento.

Y en Jesús se cumplieron las profecías. Sentido del nacimiento e infancia de un dios

Los Evangelios no son libros de historia, sino de fe. El evangelista San Juan, al final de su obra, confiesa con claridad cuál es su finalidad: «... y estas [señales] fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 31). Su principal cometido, entendiendo por tal el del conjunto de los cuatro Evangelios, es el de ofrecer un testimonio de la vida, los hechos, la predicación, y el significado de Jesús, con el fin de extender su doctrina, para que así otros crean en él.

Y aunque, sometidos a los múltiples criterios de historicidad que se manejan en la investigación actual, han demostrado ser las fuentes históricas más fiables de que disponemos, no hemos de olvidar que es la citada faceta testimonial, y espiritual, la que prevalece por encima de las demás. A este respecto, podemos decir que son una lograda biografía propia de su época, al estilo grecorromano del siglo I d. C., donde se aunaban los hechos históricos con los discursos que facilitaban el conocimiento de

la identidad integral del personaje. Ahora bien, no podemos abordarlos como una semblanza, o libro de historia, tal y como lo entendemos en nuestros días, aunque en sus páginas haya grandes dosis de historicidad, y buscasen ser coherentes con los dichos y hechos de Jesús, o cuando menos con el espíritu del personaje.

Siguiendo las normas helenísticas de una narración biográfica, tal y como se realizaba en aquella época, san Mateo expone los hechos maravillosos de la infancia del héroe, como referencias a la importancia futura del personaje: su nacimiento prodigioso, peligros en sus inicios, milagrosa salvación del infante, etc., poniendo de manifiesto la dignidad divina de Jesús ya desde sus primeros días, y presagiando desde el principio una grandeza sin igual.



San Mateo, el evangelista que presentó la vida de Jesús como el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho en el Antiguo Testamento a su pueblo, incidiendo en los hechos y en su sentido. CARAVAGGIO, *La inspiración de san Mateo* (1602). Iglesia de San Luis de los Franceses, Roma.

Es precisamente este aspecto, el del sentido de las narraciones que sobre la concepción y el nacimiento de Jesús nos han llegado, el que más nos interesa^[1], pues en este esfuerzo y exposición del sentido de la vida del Nazareno desde sus inicios es donde los evangelistas que nos ocupan volcaron sus conocimientos, experiencias y conclusiones sobre el lugar que ocupaba Jesús en la historia; y sobre el tipo de mesianismo por el que había optado, evidenciado en las situaciones, principios y actitudes que rigieron los hechos de su nacimiento, y en los de los personajes que tuvieron parte en los mismos. Estos significados profundos de los relatos de la infancia, y de sus episodios, han constituido el sentido de la Navidad a lo largo de

toda su existencia, así como de muchas, aunque no de todas, sus tradiciones.

Por tanto, y tratándose del mensaje esencial de la misma, hablaremos de este aspecto en el momento de abordar cada una de las costumbres o ritos navideños, en el deseo de ofrecer así una visión completa de las prácticas, ceremonias, valores y sentidos de las fiestas de la Natividad.

EL LUGAR DE LOS HECHOS. LA GRUTA DE BELÉN

Desde tiempos muy tempranos, y próximos a los hechos, el interés por el nacimiento e infancia de Jesús no se ciñó exclusivamente a los acontecimientos y significados que en ella se dieron, sino también a los lugares donde acontecieron. Como hemos visto unas líneas más arriba, antes de finales del siglo I d. C. ya se habían elaborado los dos textos más importantes, desde un punto de vista histórico y religioso, en lo tocante a este hecho de la biografía del Nazareno. Muy poco tiempo después, en el siglo II, algunos de los santos padres, o cronistas, de la Iglesia primitiva dejaron ver en sus escritos el interés que la gruta de Belén tenía ya para aquellos cristianos. Las referencias son escasas pero reveladoras por la fecha e importancia que conceden al lugar.

La primera referencia la encontramos en la obra del filósofo y mártir del siglo II san Justino^[2] titulada *Diálogo contra Trifón*. Su conocimiento de la cueva se cree que procede de una información, o tradición, que circulaba entre los cristianos de Palestina en su época, y de la que se nutrieron también los Evangelios apócrifos.

Cómo José no tenía dónde albergarse en este pueblo (Belén), entró en una gruta próxima a la localidad y, mientras estaban allí, María dio a luz al Cristo y le puso en un pesebre, donde le encontraron los Magos venidos de Arabia.

San Justino Mártir, *Diálogo contra Trifón* 78

También en el siglo II, hacia su mitad, un escrito apócrifo como es el *Protoevangelio de Santiago* nos habla del lugar de la Natividad, a la entrada de Belén, no muy lejos, según refiere más adelante, de la tumba de Raquel:

Cuando llegaron a mitad del camino (entre la primera parada y Belén), José encontró una gruta precisamente en ese lugar y allí condujo a María.

Protoevangelio de Santiago XVII-XIX

A mediados del siglo III, el exégeta Orígenes^[3] (185-254) daba testimonio personal, para información de cristianos, paganos y escépticos, de la existencia material de la citada cueva donde Jesús vio la luz:

A propósito del nacimiento de Jesús en Belén si, además de la profecía de Miqueas y de la historia escrita en los Evangelios por los discípulos de Jesús, algunos quieren otras pruebas, que sepa que según lo que

dice el Evangelio sobre su nacimiento, se muestra en Belén la gruta donde nació y en la gruta el pesebre en el que fue fajado. Lo que se muestra es notorio en estos lugares a todos, aun a las personas ajenas a la fe, es decir, que en esta gruta nació Jesús adorado y admirado por los cristianos.

Orígenes, *Contra Celso* I, 51

Pero el sitio no sólo atrajo la atención de los cristianos. Contamos con relatos que nos informan de la existencia de un bosque sagrado en este y otros enclaves trascendentales para el cristianismo. De hecho, el obispo san Cirilo^[4] de Jerusalén, en una de sus catequesis escribe:

Y tu Belén, casa de Efrata... Tocante a estos lugares, tú que eres de Jerusalén conoces lo que significan estas palabras del salmo 131: «He aquí lo que hemos oído en Efrata, lo que hemos hallado en los campos de los bosques». En efecto, hasta hace pocos años el lugar [del nacimiento de Jesús] estaba cubierto de árboles.

San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 12, 20

San Jerónimo^[5] (342-420), por su parte, en una carta a su amigo Paulino de Nola complementa y clarifica el texto anterior, ya que comenta que:

Desde los tiempos de Adriano hasta el reinado de Constantino, durante cerca de ciento ochenta años, se adoraba en el lugar de la Resurrección la imagen de Júpiter y sobre la roca del Calvario una estatua de mármol de Venus puesta por los paganos, creyendo que con su intención persecutoria extirparían la fe en la resurrección y en la cruz si profanaban con ídolos los Santos Lugares. Belén, que es actualmente nuestro, y el lugar más augusto del mundo [la gruta]... estaban cubiertos por la sombra del bosque sacro de Tammuz, o sea, de Adonis, y en la gruta donde Cristo emitió los vagidos de recién nacido, se lloraba al amante de Venus.

San Jerónimo, *Carta 48 a Paulino de Nola*



Icono ruso de san Nicolás, obispo de Myra, santo cuya devoción se halla muy extendida, protector de múltiples y variados colectivos y patrón de la propia Rusia.

Y es que, durante el siglo II, tras la represión de la segunda revuelta judía (132-135), el propio emperador Adriano, con el fin de evitar nuevos levantamientos que provocasen inestabilidad en el Imperio, quiso desarraigar de Palestina todo tipo de recuerdo religioso judío o cristiano sin distinción. Y así, entre otras medidas, hizo erigir sobre el monte Gólgota y el Santo Sepulcro un recinto sagrado y un templo dedicados a Venus y a Júpiter respectivamente, mientras que en Belén, sobre la gruta de la Natividad y sus alrededores, ordenó plantar árboles que formaban un bosque sagrado dedicado a Tammuz Adonis, divinidad amante de Venus. Tales gestos no lograron los resultados previstos, a juzgar por declaraciones como la ya citada de Orígenes. Los cristianos locales siguieron venerando la gruta, y a tenor de la medida imperial, podemos concluir que los lugares relacionados con la vida de Jesús en general, y con su nacimiento en particular, eran ya conocidos y gozaban de cierta notoriedad para los fieles de aquellos primeros siglos.

SAN NICOLÁS DE MYRA, UN OBISPO DEVOTO Y CARITATIVO

La vida y la época de una figura muy popular

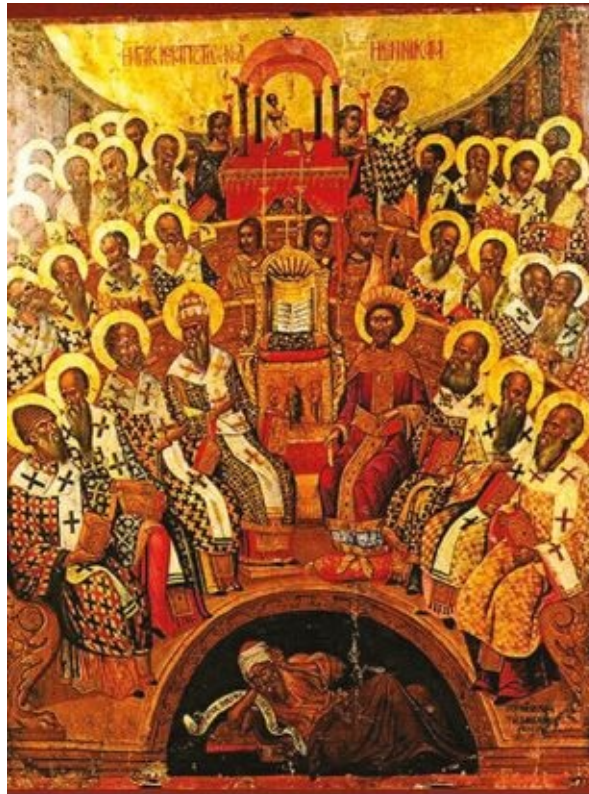
Hacia el año 270, o según otros estudios el 280, nacía en la ciudad de Patara, en la provincia de Lycia (ruinas de Celemiç, junto a Kalkán, Turquía), un niño llamado

Nicolás. Hijo de padres cristianos, de posición económica desahogada, fue educado en el credo de sus mayores, recibiendo una buena formación, seguramente la misma que tenía cualquier otro párvulo romano cuya familia dispusiera de medios para permitírsela. Lamentablemente Nicolás quedó huérfano pronto, a causa de una epidemia que acabó con la vida de sus progenitores, y recibió en herencia una considerable fortuna.

La vocación religiosa debió de surgir muy pronto en él, pues tras entregar todo su patrimonio a los pobres, ingresó en el monasterio de Sion, y fue ordenado sacerdote a los diecinueve años por su propio tío, el arzobispo de la ciudad de Myra (Demre, Turquía). No había pasado mucho tiempo cuando este falleció, viéndose Nicolás elevado al cargo vacante, según la tradición, de forma providencial. El relato de esta narra cómo los presbíteros encargados de elegir al nuevo patriarca no llegaban a un acuerdo sobre quién debía hacerse cargo de aquella comunidad, por lo que pactaron, finalmente, nombrar a aquel sacerdote que primero atravesase la puerta del templo donde se hallaban reunidos. No hemos de decir que fue Nicolás el que lo hizo, convirtiéndose así en el nuevo arzobispo de Myra, a pesar de su juventud y de sus deseos de retirarse a la Tebaida^[6], en Egipto. En este apartado paraje esperaba el joven sacerdote llevar una vida de mayor soledad y oración, algo que le resultaba muy difícil en la ciudad debido a la abrumadora notoriedad que había alcanzado con sus obras de caridad y auxilio a familias pobres y a niños, a quienes regalaba juguetes que él mismo fabricaba.

Entre los años 303 y 305 los cristianos del Mediterráneo oriental fueron perseguidos por orden del emperador Diocleciano (284-305). En el desarrollo de la misma, Nicolás fue detenido, encarcelado y atormentado, quemándosele la barba. Llegado al trono imperial Constantino (306-337) mandó liberar a estos cautivos, y con ellos al obispo de Myra.

Unos años después, en el 325, la tradición le ubica en Nicea (Iznik, Turquía), participando en el trascendental concilio^[7] que tuvo allí lugar para el cristianismo. Algunos escritos afirman que asistieron trescientos dieciocho obispos, cuyo nombre en la mayoría de los casos no conocemos, como tampoco aparece el de Nicolás, aunque se considera cierta su presencia en la citada asamblea, por la coincidencia existente entre la vida del prelado, en cuanto a sus coordenadas espaciales y temporales, y la fecha y el lugar de celebración del concilio.



Icono del Concilio de Nicea, presidido por las Sagradas Escrituras flanqueadas por el papa Silvestre I y el emperador Constantino. Arrio, condenado en el mismo, aparece a los pies de estos, en el suelo.

Doctrinalmente Nicolás se distinguió por su defensa de la divinidad de Cristo frente a la herejía arriana, y por su acoso al todavía dinámico paganismo romano, muy activo en la región en torno a los cultos de Artemisa y Apolo. Esta lucha entre la nueva religión triunfante y el viejo credo oficial romano caracterizó los siglos finales del Imperio, y el cristianismo finalmente se alzó con la victoria, en parte por el apoyo popular y en parte por el soporte imperial. Consecuencia de la protección que a la Iglesia brindaron algunos emperadores fue la creación de una nueva legislación estatal que, con el paso del tiempo, condenó los antiguos santuarios romanos y dio poderes a los obispos para tomar medidas al respecto. Así fue como Nicolás pudo ordenar la destrucción del templo de Artemisa en Myra, el más famoso y grande de Lycia, así como la de varios edificios paganos más.



Sepulcro de san Nicolás en Myra, donde sus restos reposaron hasta que fueron robados en plena Edad Media por comerciantes italianos.

Y hasta aquí llega lo que sabemos históricamente del que habría de ser el futuro san Nicolás, unos pocos datos teñidos ocasionalmente de leyendas que no podemos contrastar totalmente: su nacimiento en Patara en el siglo III, su vocación religiosa, su elevación al episcopado de la ciudad de Myra, la persecución sufrida, su muy probable participación en el Concilio de Nicea y la fama que le acompañó hasta su muerte y después de esta. Los datos limpios son estos; no obstante contamos con una serie de tradiciones sobre el personaje, recogidas por san Metodio (815-885), obispo de Constantinopla, en su biografía sobre san Nicolás, pero que provenían de tiempo atrás, indicándonos así la devoción que despertaba este.



Uno de los milagros más celebrados de san Nicolás fue la intercesión, y posterior perdón, de tres oficiales romanos condenados injustamente. REPIN, Ilya. *San Nicolas de Myra salva a tres inocentes de morir* (1889).

Queda por dilucidar, si es que ello es posible algún día, si estas viejas narraciones guardan mucho, poco o nada de verdad histórica, lo que no es razón para no exponerlas en este libro, aunque con las debidas reservas. Muy especialmente debemos hacerlo por la importancia que las citadas tradiciones van a tener en el posterior proceso de definición de nuestro santo obispo, por la información que nos aportan para comprender el auge de la piedad a la que movía, e incluso por ser la base de muchas de las costumbres e iconografía que le acompañan actualmente.

San Nicolás entre la historia y la leyenda

Según nos narran las historias recogidas en el siglo IX, san Nicolás, a lo largo de su vida, destacó por su caridad para con los necesitados y por su preocupación por los más pequeños, hasta el punto de ser conocido como *episcopus puerorum*, el «obispo de los niños».

En coherencia con esta actitud compasiva, principalmente para con infantes y menesterosos, se le atribuyen múltiples milagros. Uno de los más célebres es el denominado de «los tres hermanos», del que hay varias versiones, que aunque con variantes coinciden en lo fundamental.

La historia comienza cuando Nicolás, teniendo que trasladarse a Nicea, hizo noche en una posada. Tras acostarse y quedar dormido, soñó que en esa misma hostería hacía algún tiempo, siete años según algunos textos, se habían alojado tres jóvenes hermanos, hijos de una rica familia que había enviado a sus vástagos a Atenas a realizar sus estudios. El posadero, cegado por la ambición, o según algunas versiones por una hambruna que afectaba al territorio, decidió matar a los tres chicos con el fin de robarles sus pertenencias. Efectuado el asesinato, ocultó sus cuerpos troceados en tinajas de salmuera, o conserva, para irse deshaciendo de ellos poco a poco, a medida que los servía en el menú a sus clientes. Una vez amaneció, san Nicolás se dirigió al posadero, y apremiándole con dureza le obligó a confesar su crimen, que resultó no ser el primero que cometía. Asustado y arrepentido el asesino declaró su culpa, llevando al santo hasta el barril en el que se encontraban los cuerpos, o lo que quedaba de ellos. Nicolás se inclinó sobre la tinaja y, tras hacer la señal de la cruz sobre cada uno de los cadáveres, los tres hermanos volvieron a la vida.



Imagen del santo Nicolás, ataviado de obispo, que recrea el milagro de la resurrección de los tres hermanos. Libro de Oración de Claudia de Francia, (1517). Pierpont Morgan Library, Nueva York

El milagro recién relatado ahonda en el carácter excepcional que se atribuyó, y atribuye, a la citada figura y en su actitud constante de protección a los niños y jóvenes, tal y como sucede, en buena medida, en el prodigio que sigue, conocido como el de «las tres hermanas». Esta tradición es la que mayor influencia ha ejercido en las posteriores costumbres navideñas ligadas a san Nicolás, y algunos de los elementos presentes son los que con mayor hondura han calado entre las gentes a lo largo de la historia, y hasta nuestros días. La acción se ubica en Patara, su ciudad natal, donde había tres hermanas, hijas de una buena familia muy venida a menos, que iban a ser vendidas cuando alcanzasen la edad para ser desposadas, o prostitutas según otros relatos, pues su padre se había arruinado y no disponía de dinero para pagar la dote matrimonial de cada una de ellas. Enterado el santo del drama familiar, y cuando la mayor de las tres llegó a la edad establecida, corrió a hacer llegar secretamente a la muchacha una bolsa llena de monedas de oro que le sirvieran de dote, evitando así el destino terrible al que ya se había resignado la chica. No habían pasado muchos años cuando la segunda hermana se vio en el mismo trance, y san Nicolás actuó de idéntica manera. Esta era, cuando menos, discreta y misteriosa y despertaba la curiosidad de los enterados del asunto.

Con el fin de no humillar a las jóvenes, y no desvelar su identidad, las beneficiaba anónimamente, arrojando con nocturnidad una bolsa de monedas a través de la

ventana de la casa, con tan certera puntería que en cada una de las ocasiones, el mencionado rescate cayó dentro de unos calcetines que se estaban secando en la chimenea. Una leyenda distinta apunta que lo hacía encaramándose al tejado, y dejando caer la taleguilla por ese mismo conducto. Tanto los calcetines como la chimenea son elementos que posteriormente, y en la actualidad, alcanzarán gran importancia, hasta el punto de hacerse imprescindibles, en la celebración navideña de la fiesta de Santa Claus. Otros textos afirman que lo que el santo entregó a cada muchacha fue una manzana de oro, lo que también tuvo su importancia iconográfica posterior.

Finalmente, cuando la menor de las hermanas alcanzó la edad para ser desposada, san Nicolás se preparó para actuar de la misma manera, pero el padre, deseoso de descubrir al protector de su familia, se escondió durante toda la noche, vigilando los movimientos que se producían cerca de su casa. Cuando acababa de arrojar la bolsa por la ventana, el obispo fue reconocido por el padre de las jóvenes, el cual, agradecido, salió a la calle en cuanto llegó el día para divulgar la humanidad y generosidad de este.



Milagro de las tres doncellas, o de las tres hermanas. El padre de las muchachas se encuentra postrado en la cama, mientras que el santo aparece al otro lado de la ventana con una bolsa en la mano. Salterio de Arrás, miniatura del siglo XIII.

Algunos otros portentos, tales como resucitar a un marinero egipcio ahogado durante un viaje que hizo a Tierra Santa o calmar una galerna, por su intercesión, ante las oraciones de unos marineros temerosos de perder la vida, también se atribuyen al

santo, cuya vida piadosa y desprendida, y numerosos milagros, le hicieron ganar gran fama.

Murió el 6 de diciembre del año 342 o 343, y fue ampliamente venerado, como remedio universal, en el Imperio bizantino al poco de su muerte. Sólo en Constantinopla tenía veinticinco templos dedicados, y en toda Grecia más de trescientos. De hecho, fue el primer santo, no mártir, que gozó de fama en Oriente y Occidente, tal y como lo prueba el que, en un plazo muy breve, se convirtiese en patrono de la infancia, de los marineros, de las muchachas en general, de las chicas casaderas en particular, de los boticarios, de los constructores de puentes y de los comerciantes, entre otros colectivos más. Enterrado en la isla de Genile (Turquía), a cuarenta kilómetros del mar, su tumba muy pronto pasó a ser lugar de peregrinación. Los hallazgos arqueológicos así lo prueban, pues se han puesto al descubierto, en la propia isla, restos de una calzada de peregrinación, de varios edificios eclesiásticos y de cinco templos fechados entre los siglos IV y VI. En Myra, ciudad que conoció sus obras y episcopado, se le erigió y dedicó una sencilla basílica, mientras que en Patara, localidad de su nacimiento, se hizo lo propio con una puerta monumental de época imperial. Roma, por su parte, contaba con un templo en su honor ya en el año 550. Sin embargo, el mayor de los monumentos y recordatorios que se hicieron al santo fue el hecho de que la fecha de su fallecimiento se convirtiese, en muy pocos años después de su muerte, en un día muy celebrado, al popularizarse la costumbre de mostrar amor a los niños haciendo lo que él mismo hizo en su ciudad: entregarles regalos.



Actual aspecto del interior de la basílica de san Nicolás en Myra, (Demre, Turquía).

Y MIENTRAS, ROMA ADORABA AL SOL INVICTO

Para comprender algunos de los aspectos que determinaron la fecha de celebración de la Navidad y que con posterioridad serán característicos de la fiesta, hemos primero de prestar atención a esta cuestión, la de la implantación en el Imperio romano del culto al Sol Invicto, pese a tratarse de una divinidad pagana. Su coincidencia temporal con el momento en el que la Iglesia estaba estableciendo, de manera universal, la festividad del nacimiento de Jesús, y el arraigo de esta devoción, le confirió según algunos investigadores una importancia grande que el propio cristianismo supo aprovechar.

El culto al Sol fomentado por la autoridad imperial dentro del Estado romano pasó por diferentes momentos antes de su definitivo establecimiento, y su aceptación no fue sencilla ni inmediata. Su origen estaba en la profunda crisis espiritual que a finales del siglo II, y a lo largo del III, sacudió a la sociedad romana, como consecuencia de las inestabilidades económicas y sociales, y del propio desgaste del, caduco ya, credo imperial creado siglos atrás por Augusto (27 a. C.-14 d. C.).



Busto de Heliogábalo, el emperador que pretendió introducir el culto al Sol Invicto sin tener en cuenta las tradiciones y sentimientos que entre los romanos podía despertar este credo, cargado de excesos orientales.

El culto al *Sol Invictus*, como deidad, tenía su origen en Siria, y el primer emperador en impulsarlo fue Caracalla (211-217), aunque sin éxito. Pocos años después, Heliogábalo (218-222) lo introdujo en Roma por la fuerza de los hechos y con una notable falta de tacto. El propio emperador era sacerdote de la citada divinidad solar y había adoptado su nuevo nombre en honor de la misma. Una vez asegurado el trono, y abandonado el poder en manos de su abuela, Julia Mesa, y de su madre, Julia Soemias, Heliogábalo se dedicó a lo único que realmente le interesaba, la exaltación de su dios. Tras una solemne y prolongada procesión, a la que acompañó desde su punto de partida en Siria, depositó en Roma la piedra negra (en realidad un meteorito que recibía culto), símbolo del dios solar de Emesa (Homs, Siria). La población romana hubo de contemplar espantada la entrada en la ciudad del séquito religioso encabezado por un emperador obeso, vestido con ropajes chillones, maquillado hasta la exageración y adornado con llamativas joyas; en definitiva, lo más opuesto a su austera tradición.



Episodio de la vida de Heliogábalo, narrado en la *Historia Augusta*, en el que durante el transcurso de una celebración pretendió sofocar a sus invitados bajo una lluvia de pétalos de rosa, que caían desde un falso techo.
ALMA-TADEMA, Lawrence. *Las rosas de Heliogábalo* (1888).

En realidad Heliogábalo era un muchacho demasiado joven como para gobernar, además de ser presa de un permanente arrebató místico, y con una manifiesta incapacidad para los asuntos de gobierno. Esto explica, al menos en parte, que pretendiese subordinar al nuevo y exótico credo, en el que tenían cabida todo tipo de prácticas sexuales, extravagancias, gastos y lujos exagerados e incluso sacrificios humanos, los viejos cultos romanos que, aunque gastados por el paso del tiempo, y manifiestas ya sus limitaciones, habían sido un pilar sobre el que se había construido la grandeza de Roma.

Pero, tan pronto como entró en la ciudad, despreocupándose de lo que ocurría en las provincias, consagró a Heliogábalo sobre el monte Palatino, al lado de su mansión imperial, y le erigió un templo, con el deseo de trasladar a él la imagen de la Madre de los dioses, el fuego de Vesta, el Paladión y los escudos sagrados y todos los objetos de culto que los romanos veneraban, procurando que en Roma no se adorara a ningún otro dios que Heliogábalo. Decía, además, que había que traspasar a aquel templo el culto de los judíos y de los samaritanos y el culto cristiano, para que los sacerdotes de Heliogábalo poseyeran los secretos de todas las religiones.

Elio Lampridio, *Antonino Heliogábalo* 3, 4-5, *Historia Augusta*



Moneda romana del emperador Aureliano, tocado con la corona radiante, síntoma de que ya había asociado su gobierno al culto al *Sol Invictus*.

Pero Roma no concedió demasiado tiempo al nuevo Augusto, ya que el excéntrico emperador murió asesinado en el año 217, junto con su madre, a manos de los pretorianos, guardia personal de los gobernantes romanos. Su sucesor, y primo, Alejandro Severo (208-235), terminó con los excesos orientales pretéritos, devolviendo a Siria la piedra negra, manteniéndose fiel al culto tradicional y siguiendo una política de tolerancia religiosa que dio un respiro a los hostigados cristianos.

Pocas décadas después el experimento fallido de Heliogábalo tuvo éxito, aunque con notables matices. El emperador Lucio Domicio Aureliano (270-275), consciente de la inutilidad de seguir glorificando la religiosidad romana, casi extinguida y abandonada por los fieles, insertó aquella honorable tradición en una nueva teología de tipo monoteísta, otra vez el culto al *Sol Invictus*, única religión con posibilidades de arraigar en todo el Imperio, así como de salvar su unidad.

El carácter universalista del nuevo credo empezó a manifestarse tiempo atrás, a través de diferentes grupos, como los seguidores del dios Apolo-Helios, los fieles de algunas religiones orientales y algunos grupos de filósofos. Antes de convertirse en emperador, y en cristiano, Constantino (306-337) fue devoto del culto solar y veía en el *Sol Invictus* el fundamento de su Imperio. El sol aparece frecuentemente representado sobre las monedas, inscripciones y los monumentos figurativos de este período, y es que la tendencia a adoptar una religión monoteísta y global estaba muy presente en la sociedad del Imperio a fines del siglo III.



Moneda de Constantino I en la que aparece el emperador en primer plano y la personificación del sol en segundo término, años antes de su conversión al cristianismo.

Por tanto, no resultó difícil a Aureliano instaurar el culto al dios solar de Emesa, aunque transformando radicalmente su estructura y formas de devoción. Y así, eliminó los elementos sirios que más chocaban con la concepción romana de la religión, confiando a los senadores romanos el cuidado del Dios. Los resultados alcanzados fueron positivos, pues la nueva divinidad gozó de la aceptación de la población, el soberano logró el restablecimiento de la unidad del Imperio y el refuerzo del carácter divino de su cargo, ya que, al único dios, el Sol, debía corresponder un único emperador representante de esa divinidad, Aureliano, que se proclamó *Dominus et Deus*, «Señor y Dios». Tales títulos pronto se materializaron, al ser el primero de los gobernantes en ceñir sobre su cabeza la diadema, símbolo del soberano ungido por la gracia divina.

El aniversario del *Deus Sol Invictus* se instauró el 25 de diciembre, «día natalicio» por excelencia de todas las divinidades solares orientales, además de ser, según el calendario romano, el día del solsticio de invierno, cuando las horas de luz comienzan a alargarse y las noches se acortan, un hecho cargado de significado para las religiones antiguas.

La festividad se define y toma fuerza

Del siglo III al año 476

INTRODUCCIÓN

El siglo IV supuso para el cristianismo un afloramiento de lo que se había ocultado durante trescientos años en catacumbas y reuniones secretas. Bien es verdad que a los períodos de clandestinidad les habían sucedido otros de cierta relajación; sin embargo, la situación del cristianismo nunca había sido cómoda. Cuando menos, sus víctimas se contaban por miles y poco antes de su legalización, durante el gobierno de Diocleciano (284-305), había tenido lugar una de las persecuciones más duras de la época imperial, la ordenada por este mismo emperador.

A partir del año 313, y por medio del Edicto de Milán o de Tolerancia, la fe en Cristo fue legalizada, por lo que la Iglesia pudo salir de la proscripción y mostrarse abiertamente en la sociedad romana. Por razones diversas, unos apuntan el interés de que la Iglesia cristiana, pujante y bien organizada, mantuviera la unidad del Estado, mientras que otros señalan la conversión personal que el emperador tuvo; Constantino apoyó el cristianismo en vida y se hizo bautizar en su lecho de muerte. A partir de este momento el número de emperadores cristianos aumentó y, salvo el período de Juliano el Apóstata (360-363), esta circunstancia tuvo su reflejo en un abierto apoyo institucional y legal del Estado romano a la nueva religión, en detrimento de los anteriores cultos clásicos de la vieja Roma. Fue entonces cuando las basílicas sustituyeron a las catacumbas, los ritos se celebraron en público y la Iglesia, en auge y muy asentada y extendida en la sociedad, se sintió fuerte y respaldada como para competir abiertamente con el paganismo.

Todo el apoyo imperial al culto cristiano trajo como consecuencia una legislación diferente muy beneficiosa para el cristianismo. No obstante fue la propia pujanza de esta religión, y su labor organizativa y doctrinal, la que definió su credo frente a las divergencias doctrinales, o herejías; la que elaboró y reforzó su ceremonial y concretó aspectos visibles importantes para la vida de sus asambleas, pese a las nuevas persecuciones que esporádicamente se dieron.

Y así, se precisó la fecha de la fiesta de la Navidad, con el fin de unificar su celebración para todos los cristianos. Se comenzó a implantar un tiempo de preparación para esta, el Adviento; se desarrolló la liturgia propia de la noche del Nacimiento, precedente de la Misa del Gallo, y se erigió un templo, la basílica de la Natividad, en el mismo lugar en el que Jesús había venido al mundo. La Iglesia señalaba sus caminos, destacaba sus hitos y erigía sus santuarios.

La dificultad para precisar un día determinado

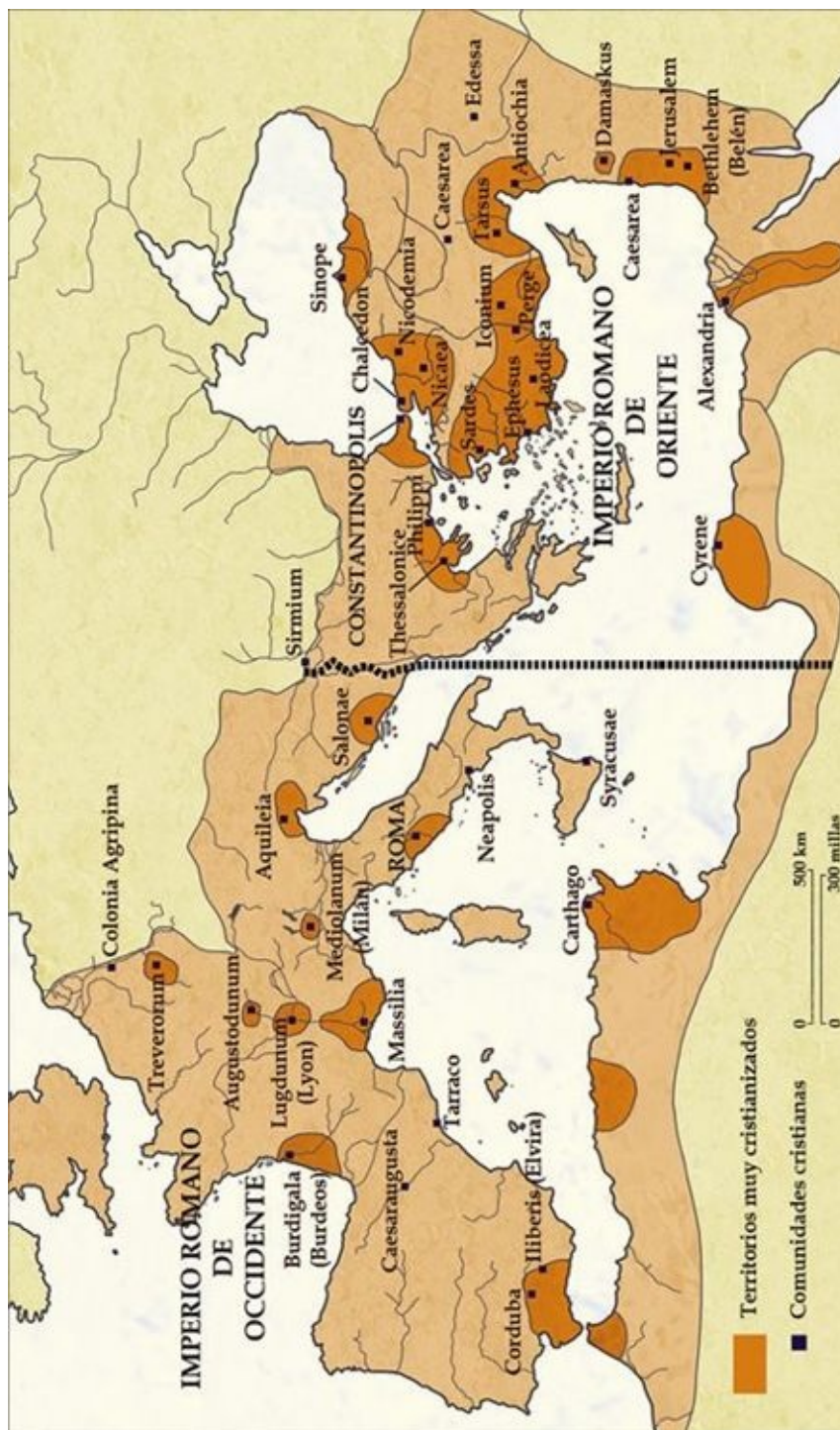
Hacia los años finales del siglo II los cristianos ya habían incorporado a su tradición la Natividad de Jesús, aunque seguían sin celebrar la Navidad. De hecho, para estas fechas, se había fijado el canon del Nuevo Testamento, esto es, el conjunto de libros considerados por la Iglesia como auténticos o canónicos, entre los que se encontraban los Evangelios de Mateo y Lucas, donde se narran los sucesos del nacimiento de Jesús, aunque aún en este siglo no tenemos ni una sola mención a algún tipo de fiesta o conmemoración de los acontecimientos de Belén.

Además, las celebraciones de los aniversarios de nacimientos tenían mala fama para algunos cristianos. Uno de ellos, el destacado teólogo alejandrino Orígenes (185-254), advertía que los cumpleaños en la Biblia eran festejos propios de paganos o de malos judíos, y citaba como ejemplo a Faraón (Gen 40, 20), al que sirvió José, y al tetrarca Herodes Antipas, aquel que, en el transcurso de uno de sus aniversarios, mandó cortar el cuello a Juan el Bautista (Mt 14, 6-11).

Uno de nuestros antecesores observó lo que está escrito en el Génesis sobre el día del natalicio del faraón, y nos dijo que sólo el malvado, el que ama lo que tiene relación con la procreación, celebra los natalicios. Nosotros, incitados por ese exégeta [Filón de Alejandría], no hemos encontrado en ninguna parte de las Escrituras que se hable de la celebración del natalicio de un justo.

Orígenes, *Comentario sobre san Mateo* 10, 22

Por todo ello, concluía, los cristianos no debían celebrar el cumpleaños de Cristo, o de cualquier otro personaje bíblico.



Mapa de la expansión del cristianismo hasta el Concilio de Nicea (325).

No obstante, las reflexiones de Orígenes tenían un peso relativo, y es que la mayor parte de los seguidores del Nazareno eran gentiles, por tanto no judíos, y ciudadanos leales del Imperio romano, por lo que la celebración de aniversarios para ellos no tenía carácter negativo, sino que formaba parte de su vida cotidiana y de su propia cultura. Por todo esto, y por el propio interés que despertaban la fecha, los hechos y el lugar del nacimiento de Jesús entre los cristianos, no es de extrañar que en el siglo III comiencen a aparecer testimonios vinculados a distintas comunidades que situaban el nacimiento de Jesús en diferentes días del año.

El teólogo norteafricano, Clemente de Alejandría (150-215), nos informa de que

en Oriente algunos fijaban el nacimiento de Cristo el 20 de mayo, otros el 20 de abril y aun otros el 17 de noviembre. Incluso habla de aquellos que «no se contentan con saber en qué año ha nacido el Señor, sino que con curiosidad demasiado atrevida van a buscar también el día» (Clemente de Alejandría, *Tapices* I, 145, 5/6). Unos años después, en el 243, en la obra *De Pascha Computus*, «Sobre el cómputo de la Pascua», su autor nos dice que Jesús nació el 28 de marzo, por la razón de que aquel día fue creado el Sol (Pseudo Cipriano, *De Pascha Computus* 18/19). Existe aún un testimonio anterior, en Occidente, que sitúa la fecha de la Natividad el día 25 de diciembre. Es el primer texto en hablar de esta data. Su autor, san Hipólito (†235), la cita en un comentario sobre el libro de Daniel, pero no podemos tenerla en cuenta dado que la mayor parte de los estudiosos creen que esta mención se intercaló posteriormente, con el deseo de hacer notar la existencia de día tan señalado ya en aquellos momentos tan tempranos del cristianismo.

Tal variedad de cronologías ha llevado a la conclusión de que en este siglo aún no existían celebraciones en torno a la Navidad, y que por tanto la Iglesia no la festejaba como fiesta, pues de ser así hubiese habido discusión sobre el día concreto en el que conmemorarla conjuntamente, tal y como había sucedido con la fecha de la Pascua de Resurrección. Ahora bien, sin duda había cierto interés entre los cristianos, dado que en esta tercera centuria se manejaban muchas fechas y muy variadas para la Natividad, inquietud que no parecía compartir la jerarquía eclesial, si tenemos en cuenta la palabras del obispo de Roma^[8] Fabián (236-250), que llegó a calificar de sacrílegos a quienes intentaron determinar la fecha del nacimiento de Jesús.

A esta circunstancia se sumaba un problema. En realidad no sólo no se sabía el día del nacimiento de Jesús, sino que tampoco se recordaba el año, pues se había olvidado. Los primeros cristianos utilizaban el calendario que mejor conocían, el judío, pero a medida que el nuevo credo fue ganando adeptos dentro del mundo romano, y sus comunidades extendiéndose por el Imperio, el calendario juliano, o romano, sustituyó al hebreo. Además, ambos sistemas de contabilizar el tiempo tenían desajustes y carencias. El calendario judío era de carácter lunar y cada cierto tiempo era necesario añadirle unos días, con el fin de armonizarlo con los calendarios solares, pero no siempre lo lograban a pesar de estos reajustes. Los romanos, por su parte, al igual que los egipcios, seguían un calendario solar, aunque tampoco lograban ajustarlo con precisión en todas las ocasiones. Si tenemos en cuenta que estos fueron los tipos de almanaque por los que se guiaron los antiguos cristianos para deducir la fecha exacta del nacimiento de Jesús, podemos concluir que calcular el año concreto no era un problema pequeño.

EL «PEQUEÑO» ERROR DE DIONISIO EL EXIGUO

En el año 525, un monje originario de Escitia Menor (Dobruja, parte de Rumanía y de Bulgaria), llamado Dionisio el Exiguo (470-544), recibió el encargo del papa Juan I (523-526) de establecer como

año primero de la era cristiana el del nacimiento de Jesús. El religioso era hombre de grandes conocimientos y, tras hacer sus cálculos, concluyó que su Señor había nacido el año 754 AUC —*ab urbe condita*—, esto es, desde la fundación de Roma, antiguo sistema por el que se computaban los años. Pero algo no encajaba, en algún punto del proceso el sabio escita se había equivocado. Por los historiadores de la época sabemos que Herodes el Grande, aquel que supuestamente ordenó la matanza de los inocentes, murió exactamente en el 750 AUC, luego Jesús, que había nacido, tal y como dice el evangelista Mateo (Mateo 2, 1), siendo este monarca, no pudo nacer cuatro años después de que el rey que le persiguió hubiera fallecido. El problema no se ha resuelto, por lo que se ha especulado que el nacimiento en Belén hubo de tener lugar en un momento entre los años 8 y 4 a. C. Podemos constatar, una vez más, que concretar la fecha del nacimiento de Jesús era y sigue siendo complicado.

PRIMERAS NOTICIAS Y SÓLIDAS TEORÍAS

Del estudio de los Evangelios realmente poco se puede concluir al respecto del día exacto de la Natividad de Cristo. Lucas comenta que los pastores que recibieron el anuncio del ángel velaban al raso sus rebaños (Lc 2, 8), lo que en Judea se hacía durante un período del año que abarcaba nueve meses, de marzo a noviembre, esto es, primavera, verano y otoño. Ni siquiera es factible deducir la estación.

Por otro lado cabe pensar que los apóstoles hubieran podido recibir esa información de María, y estos se la transmitiesen a su vez a otros. Es posible que así fuera; sin embargo, si así sucedió, ¿cómo es que ni Lucas ni Mateo la mencionan en sus escritos? ¿No es lógico pensar acaso que si les habló de los hechos del nacimiento, debería igualmente haberles hablado de la infancia y juventud de Jesús antes de comenzar su vida pública? Todo lo expuesto en este párrafo hasta esta línea no son más que especulaciones, y tampoco aportan demasiado a nuestras conclusiones, salvo cierto refuerzo a la idea de que la fecha concreta del nacimiento no se conocía realmente. Contamos por tanto tan sólo con la fecha del 25 de diciembre, una más entre otras trescientas sesenta y cuatro posibles.



Página del Cronógrafo del 345, en la que se encuentra la *Depositio Martyrum*, donde aparece la primera referencia histórica escrita que habla del 25 de diciembre como el día del nacimiento de Jesús.

El primer documento auténtico, y por tanto históricamente contrastado, en el que aparece la fecha del 25 de diciembre es la *Depositio Martyrum*, o «*Los enterramientos de los mártires*», un intento de calendario litúrgico^[9], ilustrado por el calígrafo Furio Dionisio Filócalo, hacia el año 336. La notación dice así: «25 Diciembre: Nacimiento del Sol Invicto. Nace Cristo en Belén de Judá». También san Ambrosio (340-397), obispo de Milán, en su obra *De Virginibus* («*Sobre las vírgenes*» III 1), escrita en el 376 hace referencia a un sermón del obispo de Roma Liberio (352-366), predicado en san Pedro en el año 353, con ocasión de la *velatio* — toma del velo por parte de las religiosas— de la que luego sería santa Marcelina, hermana del propio Ambrosio. En la homilía mencionada Liberio hace referencia al día del nacimiento del Salvador como el 25 del 12.

Ciertamente, para el año 353 ya se celebraba en Roma la fiesta de la Natividad, aunque no de manera exclusiva en su día, ya que en la liturgia se recordaba también el milagro de Caná de Galilea y la multiplicación de los panes y los peces, además de ser el día señalado para la *velatio* de las vírgenes.

Pero ¿cómo, partiendo del desinterés que esta circunstancia despertaba entre los fieles del siglo I, y de la ignorancia total de datos en las centurias siguientes, se había llegado a esta fecha concreta para la celebración de la Navidad?

Desde hace ya tiempo los estudiosos de la liturgia han planteado dos hipótesis. La primera, y más antigua, defiende que la Iglesia quiso sustituir la fiesta pagana celebrada aquel mismo día, en honor del Sol Invicto, por esta solemnidad cristiana, aprovechando así el carácter ya festivo y simbólico de esta jornada para la población, y potenciando el desarraigo de tradiciones paganas entre sus seguidores. La segunda

teoría sitúa la fecha del nacimiento de Cristo el 25 de diciembre a partir del día de su muerte y de valoraciones astronómicas y simbólicas.

Y como solución, el 25 de diciembre, fiesta del Sol Invicto

Hemos visto anteriormente cómo partiendo de la autoridad imperial se implantó en Roma, y a la postre en el Imperio entero, el culto al *Deus Sol Invictus*. La nueva divinidad oficial y su festividad fueron aceptadas en la sociedad romana, y para las fechas en las que el cristianismo estaba ocupado en fijar definitivamente el día del nacimiento de Jesús, esta ya gozaba de gran aceptación.

Según muchos historiadores, la Iglesia, al situar la celebración de la Navidad el propio 25 de diciembre, día del solsticio de invierno para los romanos y del nacimiento de este nuevo dios solar, aprovechaba el carácter sagrado de la fecha señalada para la mayor parte de la población del Imperio, reconduciendo su simbolismo y sentido religioso hacia el propio credo cristiano a la par que procuraba de este modo desarraigar la solemnidad pagana de las vidas de los fieles.

Cierto es que esta teoría cuenta con un gran número de seguidores, y argumentos en su favor; no obstante faltan pruebas más evidentes o positivas de la sustitución de una fiesta por la otra, incluso hay silencio en los escritores eclesiásticos sobre una novedad como la superposición de una festividad sobre la anterior. En todo caso no era extraño el que una religión aprovechara lugares, templos, ritos e incluso personajes de otra doctrina y los transformase en beneficio propio, algo que hoy puede parecer escandaloso y sin embargo en la Antigüedad estaba aceptado. Los mismos cristianos lo hicieron en determinados momentos, si esas imágenes o recursos «reutilizados» no eran contrarios a la fe y ayudaban a comprenderla mejor. De hecho un escritor del siglo I comparaba a Cristo con un ave mitológica que renacía de sus cenizas después de morir calcinada, el fénix. La importancia del Sol y su simbolismo era poderosísima en el mundo antiguo, lo que hace sospechar una permeabilidad del cristianismo hacia semejante iconografía y una utilización alegórica y consciente de la misma.



Mosaico del *Christo Sole* (Roma, siglo III). Valiosísimo testimonio de Cristo representado como el dios solar griego Helios, con su diadema radiante. Para muchos arqueólogos se trata de un intento cristiano por «competir» con el culto pagano al Sol Invicto.

En refuerzo de esta hipótesis existe un resto arqueológico de considerable importancia, un mosaico elaborado a finales de la tercera centuria, aparecido en el techo de una tumba de una de las familias llamadas Julia, y ahora conservado en la necrópolis que hay bajo la basílica de san Pedro en Roma. Pese a que no existe ninguna inscripción asociada al mosaico, o en la propia obra realizada, los arqueólogos italianos lo han denominado «Christo Sole», o el Cristo Sol, pues representa a Jesús como si se tratase del dios griego solar Helios, esto es, conduciendo un carro a través de los cielos y tocado con una diadema de rayos de luz emanando de su cabeza. Los investigadores consideran imposible que se trate de una mera coincidencia, y menos aún cuando este pavimento se fecha a finales del siglo III, momento en el que el emperador Aureliano se encuentra instaurando el culto al Sol Invicto. Más bien lo consideran un medio de combatir al emperador y su nueva devoción, abogando por la identificación del día del nacimiento del dios Sol con la fecha del nacimiento del Hijo de Dios.

Por otro lado es verdad que en ninguna ocasión en el Nuevo Testamento a Cristo se le designa como Sol, aunque sí que se le denomina o compara con la luz. Posteriormente, a fines del siglo IV y en el V, autores como Máximo de Turín, Zenón de Verona y san Agustín ponían frecuentemente en relación a Jesús con el astro rey, y el nacimiento de uno con el otro, pero parece que no lo hacían basándose en la celebración romana, sino en la imagen de Malaquías acerca del sol de la rectitud, como símbolo del dios cristiano: «Pero a los que respetan mi nombre los alumbrará el

sol de justicia que cura con sus alas» (Mal 3, 20). En este sentido un tratado elaborado por uno de los Santos Padres, no anterior al siglo IV, concluye que la fecha del natalicio es el 25 del 12, e incide en la idea expuesta:

No obstante, dicen de este día que es también el del nacimiento del «Sol Invicto». En verdad, ¿quién tan invicto como nuestro Señor, que derribó y venció a la muerte? Y si dicen que ese día es el nacimiento del Sol. ¡Él es el Sol de la justicia!

De solstitiis et aequinoctiis

El mismo san Agustín (354-430) exhorta a los creyentes a que ese día no lo dediquen «al Sol, sino al Creador del Sol», lo cual hace pensar en que existía cierta mezcla de cultos, es decir, que había cristianos que seguían apegados a prácticas o devociones paganas orientados a divinidades solares. Unos años más tarde el papa León I el Magno (440-461) lo confirma en una de sus homilías:

Cuando el sol se levanta al amanecer, hay gente tan tonta que lo adora desde los puntos más altos; hasta hay cristianos que creen actuar piadosamente haciendo lo mismo; así que antes de entrar en la basílica de san Pedro Apóstol, dedicada al único Dios vivo y verdadero, cuando han subido los escalones que conducen al pórtico en la entrada principal, vuelven la cara al sol naciente e, inclinando sus cabezas, se inclinan en honor del disco brillante.

León I el Magno, *Sermón 7*

En otro de sus sermones el prelado advertía:

A la gente sencilla la engañan algunos que tienen la creencia perniciosa de que nuestra celebración de hoy deriva su gran importancia no del nacimiento de Cristo sino, según ellos, de la ascensión del nuevo sol.

León I el Magno, *Sermón 2*

Esta insistencia en que Jesús fuese identificado con el «Sol de Justicia» del que habla Malaquías, en vez de confundirlo con la divinidad pagana bien puede apuntar a que, en sus inicios, el aprovechamiento que la Iglesia hizo de la segunda «contaminó» al primero; o simplemente que la iconografía y cierta significación comunes conducían al error.

Otra teoría, complementaria de las dos expuestas, y no necesariamente excluyente, argumenta que la elección del 25 de diciembre pudo tener como fin erradicar de entre los fieles las fiestas saturnales, celebradas por los romanos en honor al dios Saturno y caracterizadas por los regalos, los juegos, las comidas excesivas, el consumo exagerado de vino, las costumbres licenciosas y la inversión de roles sociales, en las que incluso los esclavos se comportaban como señores, y viceversa. Estas fiestas se celebraban del 17 al 23 de diciembre, y sus prácticas siguieron apareciendo en la misma época del año a lo largo de la Edad Media y del Renacimiento. La proximidad de la Navidad, y quizás de aquí la elección de su fecha, invitaba a los fieles a llevar una vida más ordenada y moral, preocupación constante

de los prelados cristianos. Como podemos ver el asunto es complejo, y difícilmente podremos alcanzar una certeza absoluta sobre si la elección del 25 de diciembre corresponde a una premeditada medida de la Iglesia, que pretendía así aprovechar el carácter sacro de aquella festividad pagana y su fuerte simbología, o si por el contrario fueron otras las razones que llevaron a elegir tal fecha.

EL SIMBOLISMO CRISTIANO DEL SOLSTICIO DE INVIERNO

El solsticio de invierno, celebrado por los romanos el 25 de diciembre, siempre fue una fecha muy considerada por las culturas agrícolas de la Antigüedad. Después del otoño, en el que las horas de oscuridad superan a las de luz a lo largo de la jornada, y tras el solsticio de invierno, el día comienza a alargarse de nuevo y robarle espacio a la noche, un hecho clave de cara a la «resurrección» de la naturaleza en primavera. Para la propia Iglesia fue sencillo dar sentido a esta festividad. El nacimiento de Cristo, celebrado ese mismo día solsticial, representaba el triunfo de la luz y el bien frente a las tinieblas, la victoria de la vida sobre el pecado y la muerte y el renacer de una nueva humanidad iniciada con el nacimiento de Cristo.

La teoría astronómica, una hipótesis consistente

La teoría astronómica de la elección del 25 de diciembre como día del nacimiento de Jesús argumenta que dicha fecha se había calculado a partir del día de su muerte.

A inicios del siglo III, entre los cristianos estaba muy extendida la idea de que Jesús había sido crucificado el 25 de marzo. La clave de la elección de esta fecha estaba en razones de tipo astronómico y simbólico, y es que se creía que ese mismo día había sido creado el orbe.

En el mundo clásico, y según el calendario romano, el equinoccio de primavera tenía lugar el citado 25 de marzo y simbolizaba el renacer de la tierra tras los rigores del invierno. Incluso para los cristianos era la conmemoración del día en el que Dios inició la Creación con la orden divina de «Hágase la luz». Aunque históricamente la fecha era del todo errónea, pues se sabía por los Evangelios que Jesús había muerto durante la Pascua judía, esto es, en primavera, el peso de los argumentos de tipo simbólico era muy grande en la mentalidad antigua. Si el día del equinoccio de primavera se había iniciado la Creación, había de ser esa misma jornada en la que Jesús, con su muerte, redimiese al mundo del pecado, dando comienzo así a una renovada humanidad, la de aquellos que habían recibido el anuncio del Evangelio y seguían a Cristo. Al menos dos escritores antiguos, el romano Hipólito (170-235) y el africano Tertuliano (160-220), defendían esta idea. La exactitud en el cálculo del día venía reforzada por otra cuestión más, las fracciones en las cifras se consideraban imperfecciones, que desvirtuaban el simbolismo de los números, luego Jesús debía haber vivido en la tierra treinta y tres años exactos, no treinta y tres años, nueve meses y diecisiete días, o treinta y tres años y cualquier otra porción de tiempo más, al igual que sucedía con las edades de los personajes del Antiguo Testamento.

Ahora bien, fue en el siglo III cuando el historiador cristiano Sexto Julio Africano (160-240) concluyó que el 25 de marzo había sido el día de la Creación, y por tanto —y he aquí el matiz fundamental—, cuando Jesús fue concebido, esto es, cuando tomó carne mortal en el vientre de su madre, para redimir al mundo, y no cuando vio la luz o fue nacido. La diferencia que apuntaba Julio Africano era esencial, pues valoraba el momento de la Encarnación del hijo de Dios durante la Anunciación, y no durante el Nacimiento en Belén. Así, si se hace una fácil suma, nueve meses después del 25 de marzo tiene lugar el 25 de diciembre, el solsticio de invierno y fecha elegida finalmente por la Iglesia para la celebración de la Navidad.

Bien es verdad que a pesar de que este hombre era brillante en sus escritos, en el siglo III su teoría no tuvo mucha aceptación. Quizás influyó en ello su trayectoria personal, pues había servido en el ejército, como soldado, a las órdenes del emperador Septimio Severo, que había perseguido a los cristianos. Años más tarde trabajó como bibliotecario para Alejandro Severo, gobernante pagano, débil e ineficaz. Con el paso del tiempo sus conclusiones fueron ganando peso y ya en el siglo IV la Iglesia aceptó definitiva y casi unánimemente el 25 de diciembre como fecha de la Natividad.

Esta teoría cuenta con menos seguidores entre los liturgistas que la anterior; sin embargo las dos pueden incluso complementarse. La Iglesia del siglo IV bien hubiera podido tener la intención de sustituir la fiesta pagana del 25 de diciembre y aprovechar su simbolismo, así como la fecha simbólica de la creación del Sol y del mundo, para conmemorar la Encarnación, hoy fecha de la Anunciación del arcángel Gabriel a María.

Sea como fuere, lo cierto es que el vigésimo quinto día del último mes del año se confirmó como el de la celebración de la Navidad. Fue el obispo de Roma Julio I (337-352) el que fijó, para la Iglesia de Oriente, la solemnidad citada en esta fecha en lugar del 6 de enero, tal y como lo hacían al festejar la Natividad junto con la Epifanía. Años más tarde, en el 354, su sucesor Liberio (352-366) designó el 25 de diciembre como fecha oficial e inmutable, solucionando así un problema que había surgido tiempo atrás y que había llegado a preocupar hondamente a la jerarquía cristiana, pues en el siglo III las comunidades habían llegado a manejar más de ciento treinta fechas diferentes para conmemorar el magno acontecimiento.

UNA CONFUSIÓN MUY COMÚN

Se oye con frecuencia que el cristianismo se limitó a sustituir las fiestas paganas por las cristianas, y a los dioses propios del mundo clásico o bárbaro por su propia divinidad. Se cree, por tanto, que únicamente hubo un cambio de nombres y de jerarquías religiosas. Ciertamente la Iglesia promovió la superposición de sus festividades sobre las anteriores, pero con una clara intención de aprovechar el carácter sagrado de aquellas fechas y cristianizar las mismas, de modo que el dios y la teología pagana fuesen anulándose a favor del cristianismo. Por tanto, pese a que compartieran fecha del natalicio, o incluso algunos atributos en ocasiones, el Jesús cristiano no era Mitra, o el Aion, o el Sol Invicto,

denominados con otro nombre, como se dice en ocasiones, pues la propia Iglesia deseaba evitar tal identificación.

Estas divinidades fueron desapareciendo paulatinamente frente al empuje legislativo, y misionero, de un cristianismo apoyado por el Estado desde el siglo IV, que terminó por borrar incluso su recuerdo. No obstante, si bien es verdad que los devotos de cualquier credo no confundían unas divinidades con otras, no es menos cierto que el auge de una de ellas, la sólida tradición de otras y la propia naturaleza humana hicieron que cristianos de aquellos siglos rindiesen culto tanto a Cristo como al Sol Invicto, entre otros dioses. Los textos del papa del siglo V León I el Magno reproducidos en este capítulo así lo prueban.

LA DIFUSIÓN DE LA FECHA DE LA NAVIDAD

Debido a la antigüedad que poseían, y a su pertenencia a la capital del Imperio romano, ahora ya constituido como Estado cristiano, tanto la Iglesia de Roma como su obispo tenían una fuerte influencia sobre las comunidades de la parte occidental del Imperio, de lengua latina en su mayor parte. De aquí es que la citada fecha del 25 de diciembre, una vez fijada de manera oficial como la celebración del natalicio de Jesús, pasase rápidamente a otros lugares tales como Milán, donde seguramente fue introducida por san Ambrosio en el siglo IV, Turín, Rávena y el resto de diócesis de Italia.

Por otro lado, las iglesias de la parte oriental del Imperio, de habla griega en su mayoría, mantenían una buena relación con la comunidad hermana de la vieja ciudad del Tíber, aunque seguían sus propias tradiciones. Desde el siglo III, el día 6 de enero las asambleas orientales celebraban la fiesta de la Epifanía (del griego *epiphaneia*, «manifestación de Dios»), como conmemoración del bautismo de Jesús, siendo el testimonio más antiguo sobre la misma el que nos facilita en sus escritos san Clemente de Alejandría (150-217). La solemnidad gozaba de gran importancia, pues en tal fecha se conmemoraba también, según relata el padre de la Iglesia Efrén el Sirio (306-373), la gran festividad del Nacimiento del Señor y la Adoración de los Magos, además del milagro del agua convertida en vino durante las bodas de Caná de Galilea y la multiplicación de los panes y los peces, con las que el Nazareno alimentó a cinco mil personas.

La celebración de la Natividad de Jesús el 6 de enero era una solemnidad que gozaba de fuerte implantación en la parte oriental del Imperio, sobre todo entre los cristianos egipcios, ya que les permitía transformar o cuando menos rivalizar con la festividad pagana de la diosa Koré y del nacimiento de su hijo Aion. Esta conmemoración gentil, también denominada «La fiesta de la Luz», tenía una gran reputación entre los egipcios, ya que durante la noche del 5 al 6 de enero festejaba el alumbramiento del Tiempo y de la Eternidad en la figura de Aion, una personificación sincrética de Osiris. Su madre, la «Doncella» o Koré, era una virgen, identificada con Isis, cuya procesión, celebrada en Alejandría con toda pompa, conducía a los fieles, que portaban antorchas durante la noche, hasta el templo de

Korion, mientras entonaban un canto: «La virgen ha dado a luz, la Luz aumenta, la Virgen ha dado a la Luz, el Aion». Este culto gozó de tal éxito que pasó a la cultura griega, donde su popularidad creció aún más. Un testimonio muy revelador de tal solemnidad lo encontramos en la obra de san Epifanio:

La víspera de aquel día era costumbre pasar la noche cantando y atendiendo las imágenes de los dioses. Al amanecer se descendía a una cripta y se sacaba una imagen de madera, que tenía el signo de una cruz y una estrella de oro marcada en las manos, rodillas y cabeza. Se llevaba en procesión, y luego se devolvía a la cripta; se decía que esto se hacía porque la «Doncella» había alumbrado al Aion.

San Epifanio, *Penarion* 51

Como podemos ver, las comunidades cristianas orientales tenían motivos sobrados para preferir la fecha del 6 de enero a la del 25 de diciembre como conmemoración de la Navidad. No obstante, muchos de los cristianos que habían estado a favor del título «Sol de Justicia» para Jesús, y del citado 25 del 12, eran orientales, por lo que la fiesta de la Epifanía del 6 de enero fue dejando atrás la idea del natalicio de Jesús, conservando, dada la importancia que tal fecha tenía para las comunidades orientales, la festividad del resto de celebraciones en las que Cristo se había manifestado abiertamente como Mesías. Estas eran como ya se ha dicho su bautismo, las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y los peces y muy especialmente la Adoración de los Magos, que suponía la revelación de Jesús a todos los pueblos de la tierra. Esta última, la fiesta de los Magos, primó entre todas las demás en las comunidades orientales, ya que estaba vinculada a los Evangelios de la Infancia de Jesús, y muy ligada a la Natividad.

Y así, en el 343, el 25 de diciembre se celebraba ya la fiesta de Navidad en las iglesias de Siria del norte. Constantinopla hacía lo propio allá por el 379 y Antioquía en el año 386, siendo san Juan Crisóstomo su introductor ese mismo año. En Egipto costó más desligar la fecha del 6 de enero del nacimiento de Jesús. El asceta, y padre de la Iglesia, Juan Casiano (360/365-435) visitó a inicios del siglo V los monasterios de la región y confirmó que la solemnidad de la Epifanía era aún considerada como el día de la Navidad. Sin embargo, en el año 431 Alejandría había aceptado cambiar el día, y con ella las comunidades egipcias.

La que más resistió fue Jerusalén pues a finales del siglo IV la celebración seguía teniendo lugar el 6 de enero, según el testimonio de la peregrina hispana Egeria. Pocos años después, a inicios de la quinta centuria y gracias a otra viajera hispana, santa Melania (383-439), sabemos que la fiesta había sido trasladada al 25 de diciembre. Sin embargo tras la muerte del obispo que había introducido la fecha común, los cristianos de Jerusalén volvieron al 6 de enero, aceptando definitivamente nuestra fecha en el siglo VI. No es de extrañar por tanto el testimonio de san Jerónimo que nos habla de cierta polémica:

Algunos creen que Cristo nació el día de la Epifanía. No es que reprobemos la opinión de los demás: nos

atenemos simplemente a lo que se nos ha enseñado: [...] Tanto quienes afirman que nació en aquella fecha como nosotros, que sostenemos que su nacimiento tuvo lugar en una fecha como la de hoy (25 de diciembre), rendimos culto a un mismo Señor y acogemos a un mismo Niño. [...] Nosotros sostenemos que Cristo nació en un día como hoy y que luego fue bautizado el día de la Epifanía. Atribuidnos, pues, a nosotros la idea de que separamos nacimiento y bautismo, vosotros que afirmáis que Cristo nació el día de la Epifanía. Si eso es así, ¿cuándo recibió entonces el bautismo, a no ser que consideréis como hecho cierto que naciese y fuera bautizado el mismo día?

San Jerónimo, *Homilía sobre la Natividad del Señor*, 396 y 397

En cuanto a España, debemos decir que según el canon cuarto del Concilio de Zaragoza (380) no parece que se celebrase aún la Navidad el 25 de diciembre, puesto que no se alude a ella y sí a los veintiún días de preparación para la fiesta de la Epifanía. Con todo, hay que tener en cuenta las noticias del abad hispano Baquiaro, de fines del siglo IV, que habla muy claramente de dos fiestas para final e inicio de año. Es, por tanto, razonable pensar que la Natividad se celebraba ya en algunas regiones hispanas solamente.

En cuanto a la fiesta de la Epifanía, tenemos testimonios de su celebración en Occidente en el siglo IV, en concreto en Roma, cargada de las mismas conmemoraciones de las que gozaba en el mundo cristiano oriental, aunque en este caso primaba sobre el resto de solemnidades la manifestación del Niño-Dios a los Magos. A mediados de esta misma centuria, y tanto en la provincia romana de Hispania (España) como en la de la Galia (Francia), el día 6 de enero se bautizaba a los nuevos cristianos, en coincidencia con la fecha en la que se suponía que Juan el Bautista había hecho lo propio con Jesús.

LA BASÍLICA DE LA NATIVIDAD Y LA PRIMERA LITURGIA

Constantino eligió tres lugares en la región [de Palestina] honorados por una gruta mística y los ornó con ricas construcciones, acordando a la gruta de la primera manifestación de Dios las marcas de un digno honor.

Eusebio de Cesarea, *Panegírico de Constantino*, 9

La legalización del cristianismo, y el apoyo imperial que logró gracias a Constantino, permitió la edificación de edificios en los que los fieles podían realizar sus ceremonias y mantener sus reuniones. En este sentido tuvo una importancia especial, dentro del desarrollo de la celebración de la Navidad, la construcción de una basílica en Belén, sobre el mismo lugar en el que había nacido Jesús, y por iniciativa directa de la familia y del propio emperador. Era una manifestación del apoyo explícito a la religión del Nazareno, así como la confirmación de que los hechos allí acontecidos eran fundamentales para la Iglesia y para la fe de los cristianos.

La basílica de Belén en época de Constantino

El obispo Eusebio de Cesarea^[10] (260-340) nos relata en su obra cómo primero santa Helena (247-329), madre del emperador, y luego el propio Constantino I mandaron erigir y embellecer dos templos, uno de los cuales era la basílica que ahora nos ocupa, y que pasó por diferentes etapas constructivas, según se sucedían los acontecimientos históricos:

Inmediatamente hizo consagrar dos templos al Dios ante quien se había prosternado, uno junto a la cueva del Nacimiento, el otro sobre el monte de la Ascensión. Efectivamente, el Dios que está con nosotros por nosotros sobrellevó el someterse al nacimiento, y el lugar de nacimiento en carne mortal recibía el nombre entre los hebreos de Belén. Por esta razón, la piísima emperatriz embelleció con admirables monumentos el lugar donde dio a luz la madre de Dios, engalanando con todos los medios a su alcance la sagrada cueva que allí había. Poco tiempo después, también el emperador hizo honor a ese lugar de nacimiento con oblaciones imperiales, acrecentando la magnánima liberalidad de su madre con objetos de oro y plata, así como con velos de polícromo recamado.

Eusebio de Cesarea,
Vida de Constantino, III, 43, 1-3

La basílica de la Natividad es uno de los lugares sagrados del cristianismo con mayor significado para sus seguidores, por tratarse del lugar en el que se cree que Jesús vino al mundo. Se halla en Belén, muy cerca de los arrabales del sur de Jerusalén, tal y como debía suceder según el vaticinio que realizó el profeta Miqueas, hacia los siglos VIII-VII a. C.: «Y tu Belén-Efratá, pequeña entre los millares de Judá, más de ti me saldrá Aquel que ha de reinar en Israel. Sus orígenes vienen de antiguo, desde días lejanos» (Miqueas 5, 1). Ahora bien, la pequeña población es igualmente un lugar santo para los judíos, pues en Belén nació, 1017 años antes que Cristo, el gran rey David; y se halla la tumba de Raquel, esposa favorita de Jacob, madre de José y Benjamín, y ejemplo de madre judía que había sufrido durante largo tiempo, lo que la ha hecho figura de devoción por parte de los musulmanes.

El intento, del que ya hemos hablado páginas atrás, por parte del emperador Adriano de hacer desaparecer el recuerdo de Jesús sustituyéndolo por el culto a Adonis, al levantar en el entorno de la gruta del nacimiento un bosque sagrado, tuvo como consecuencia el que la localización exacta y el lugar, que ya había sido venerado por los primeros cristianos, se preservasen. En el año 325 la emperatriz Helena, madre de Constantino, identificó fácilmente la cueva e hizo construir sobre ella una basílica con una nave central y dos laterales adornada con magníficos mosaicos de estilo y época constantiniana, aunque fue en el año 590 cuando Justiniano, emperador bizantino, construyó la iglesia de la Natividad que conocemos hoy.

El templo, uno de los más antiguos de toda la cristiandad, se ha preservado gracias a una serie de curiosas vicisitudes históricas. En el año 614, el rey persa Cosroes II invadió Tierra Santa sometiendo a una destrucción sistemática cuantos templos encontró; sin embargo la basílica de la Natividad fue respetada, pues los Reyes Magos representados en la fachada llevaban trajes persas. Siglos más tarde, en

la decimoprimerá centuria, los cruzados apenas la modificaron, reconstruyendo muy pocas, y secundarias, partes de la iglesia, que en términos generales no sufrió los ataques de las diferentes oleadas de conquistadores musulmanes.



Basílica de la Natividad en Belén (s. VI), una de las iglesias más antiguas del mundo y que menos modificaciones ha sufrido.

Ya hemos comentado que su estructura actual corresponde a aquella que a finales del siglo VI levantó el emperador bizantino Justiniano. La entrada a la iglesia y acceso al nártex es una pequeña puerta de 1,22 metros de alto, quizás un recurso para lograr que todos los fieles se inclinen al entrar, o para evitar las profanaciones de los que pretendían entrar a caballo en el templo. El interior está formado por una nave central y cuatro laterales, separadas por columnas de mármol amarillo. Una cripta situada debajo del crucero da paso a la cueva de la Natividad, donde hay tres capillas. La primera, al este, una capilla sobre el lugar donde nació Jesús, señalado por una estrella de plata en el suelo y la inscripción «Hic de Virgine Maria Iesus Christus natus est», esto es, «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María». Este oratorio está coronado por quince lámparas, que representan las quince doctrinas cristianas. Al lado opuesto se encuentran el altar del pesebre, donde estuvo acostado el niño Jesús, y el altar de los Reyes Magos.



Lugar destacado de la gruta de Belén, en el que una estrella de plata marca el lugar donde nació Jesús.

Actualmente el aspecto que ofrece el conjunto de la basílica tiene poco que ver con el que, en su día, debía mostrar la cueva o establo original, pues como consecuencia de la devoción cristiana a lo largo de los siglos ha sido muy decorada, gracias a las diferentes aportaciones de las iglesias cristianas.

La vigilia de la Navidad

Gracias a la viajera hispana Egeria, que vivió en Tierra Santa entre los años 381 y 383, tenemos noticia de la vigilia que en la gruta de Belén realizaban los cristianos la noche del 5 al 6 de enero. Este permanecer en vela, en un ambiente de recogimiento y oración, tenía su fundamento en el deseo de los cristianos de estar despiertos en la solemnidad del nacimiento de su Señor, uno de los acontecimientos clave de su fe. Y así, tras una solemne vigilia en la gruta de Belén, partían en procesión, en medio de cantos y plegarias, hasta Jerusalén, donde llegaban al alba y tenía lugar una segunda celebración.

El día cuarenta después de Pascua, esto es, la feria quinta, el día antes, feria cuarta, todos van a Belén después de la hora sexta para celebrar las vigiliass. Se hacen las vigiliass en la iglesia de Belén, en la cual está la gruta donde nació el señor. Al día siguiente, feria quinta de cuaresma, se celebra la misa a su tiempo; y los presbíteros y el obispo predicann, diciendo lo que es propio del día y del lugar. Después, por la tarde, cada cual regresa a Jerusalén.

Itinerario de la virgen Egeria, 70, 42

La realización de esta ceremonia se extendió rápidamente por la cristiandad y así a partir de los siglos V y VI comenzó a darse en Hispania, Norte de África y Norte de Italia, aunque no fue hasta el siglo VIII cuando se popularizó en toda Europa.

CONCLUSIÓN

En definitiva, un cristiano del siglo V, en el mejor de los casos, podía celebrar la Navidad haciendo un tiempo previo de ayuno y penitencia, que aún no estaba generalizado pero que ya existía en algunas regiones. Igualmente, lo más seguro es que la festejase el 25 de diciembre, con una vigilia o ceremonia en la que participase su comunidad. También celebraría, unos días después, la fiesta de la Epifanía y con mucha suerte, y medios, habría viajado a Tierra Santa y conocería la basílica de la Natividad de Belén. Quizás incluso, por si acaso, algún año en esa misma fecha, tras subir las escaleras que conducían a la entrada de la basílica, inclinó su cabeza saludando al Sol Invicto.

OTRAS FECHAS PARA LA NAVIDAD

Las iglesias orientales, u ortodoxas, se hallan divididas, aún hoy, en cuanto a la fecha de la celebración de la Navidad. En concreto, las de Alejandría, Rumanía, Bulgaria, Albania, Finlandia, Grecia y Chipre aceptaron el 25 de diciembre, celebrándolo a la par que la Iglesia latina. No obstante, la Iglesia armenia lo celebra el 6 de enero, junto con la Epifanía, tal y como hacían los cristianos orientales de los primeros siglos. También en esta misma fecha la festeja la Iglesia ortodoxa de Jerusalén, mientras que un día después lo hace la Iglesia ortodoxa rusa.

La causa está en la negativa de las iglesias ortodoxas a aceptar el calendario gregoriano, y su costumbre de continuar con el viejo calendario juliano, el mismo que implantó Julio Cesar en el año 46 a. C. Este sistema se seguía utilizando en el siglo XVI, aunque atrasaba cada año once minutos y catorce segundos, por lo que el papa Gregorio XIII (1572-1585) ordenó reformarlo el año 1582. Para esa fecha, y debido al desfase «juliano», el equinoccio de primavera sufría un retardo de diez días. En todo caso, las iglesias ortodoxas fieles al primer calendario lo celebran el 6 de enero para el mundo occidental, pero en su propio anuario ese día es 25 de diciembre.

Con todo, la mayor diferencia corresponde a los cristianos coptos, sirios y etíopes, que agrupan el Nacimiento y el resto de manifestaciones de la divinidad de Jesús en una sola celebración, la de la Epifanía, que tiene lugar el 19 de enero.

II

La Navidad en la Edad Media, siglos de solemnidad y grandeza

De la caída de Roma al descubrimiento de América
del año 476 al año 1492



Coronación de Carlomagno como emperador en Roma,
el 25 de diciembre del año 800.

Preparaciones, pesebres y ceremonias

Del siglo VI al siglo XIII

INTRODUCCIÓN

Contrariamente a lo que se cree, la Edad Media no fue una época oscura, dominada exclusivamente por terrores milenaristas, fanatismos religiosos, despóticos monarcas y sanguinarios caballeros. Ciertamente hubo momentos de este cariz y personajes de tal condición, como a lo largo de toda la historia, y el período fue duro, terriblemente en determinados años, en cuanto a las condiciones de vida de la población; sin embargo, no debemos ocultar otras realidades luminosas que pertenecieron igualmente al Medievo y cuya gestación hunde sus raíces en él, haciendo de estos casi mil años de duración un momento de gran interés y avance para la humanidad.

La evolución de las tradiciones navideñas durante estos siglos es una buena muestra de lo dicho. Continuando con la dinámica iniciada en la Antigüedad, el tiempo de preparación y la liturgia fueron definiéndose y ganando en significado y solemnidad. En el deseo de contemplar lo celebrado, comenzaron a darse las primeras representaciones, en imágenes o vivientes, de los misterios de la Navidad. El arte se volcó en estos temas, y los mejores virtuosos de cada siglo dejaron su magín y devoción plasmados en sus obras. La celebración incluso rebasó fronteras y culturas y generó, por medio de diversos cauces, una cocina propia del tiempo litúrgico, cuyos característicos platos hoy seguimos consumiendo llegadas las señaladas fiestas.

Pero no fueron solamente la consolidación de ceremonias emblemáticas, tales como la Misa del Gallo, y el nacimiento de grandes tradiciones, como el belén o los dramas litúrgicos, las aportaciones de los hombres del Medievo a la fiesta de la Natividad y a la cultura occidental en general. Aún más importantes fueron la fe y el profundo sentido religioso de que dotaron a tales manifestaciones; sentido lleno de significados y valores trascendentales para sus propias vidas; expresión de principios comunes a toda Europa que marcarán buena parte de su cultura e historia, más allá de siglos y fronteras. Este reconocimiento de tales principios y creencias como algo esencialmente bueno se convirtió en tradición a imitar y en código superior de vida y conducta al que aspirar, conscientes de su valor incluso entre aquellos que no las practicaban.

No podría haber manifestaciones artísticas tan bellas, ni culturalmente tan sólidas y benéficas, como las que se dieron durante el Medievo de no haber detrás un gran ideario que extrajese lo mejor del hombre; y la Navidad formó parte de ese ideario.

A LA ESPERA DEL NIÑO. EL SENTIDO ADVIENTO MEDIEVAL

La celebración del nacimiento del Hijo de Dios supuso para los cristianos, casi desde el inicio de tales festividades, un período del año en el que se intensificaba la vida espiritual, a través de catequesis, homilías y ceremonias específicas, y de una sentida alegría. Para conmemorar un acontecimiento de tamaña importancia, era conveniente realizar una esmerada preparación espiritual, a fin de que el fiel pudiese después vivir intensamente las fiestas y liturgias de Navidad. Este era, y sigue siendo hoy, para los cristianos el sentido del tiempo llamado Adviento, cuyo origen histórico se remonta a los primeros siglos del cristianismo, aunque fue durante la Edad Media cuando alcanzó su pleno desarrollo, motivo por el que lo tratamos en este capítulo.

El término «Adviento» procede de su homónimo latino, *adventum*, que significa «llegada» o «advenimiento», y era empleado en Roma para referirse a la venida de un personaje de alto rango, el emperador. La Iglesia asimiló el vocablo aplicándolo a la llegada de Cristo, aunque en una doble faceta que caracteriza desde sus inicios la teología de este tiempo litúrgico: por una parte indicaría la natividad de Jesús, su venida al mundo como hombre; por otra, su retorno glorioso y definitivo al final de los tiempos, la *Parusía*.

Muchos especialistas creen que los inicios del Adviento se encuentran en los ayunos que realizaban los catecúmenos las semanas anteriores a recibir el bautismo. No olvidemos que eran adultos los que lo recibían, realizando la preparación al citado sacramento al menos, y según las dispersas noticias que tenemos, desde el siglo IV.

En España, un canon del Concilio de Zaragoza (380-381) invitaba a los fieles a frecuentar la asamblea desde el día 17 de diciembre y hasta el 6 de enero, esto es, durante las tres semanas que precedían a la fiesta de la Epifanía, fecha en la que, siguiendo el uso oriental, se celebraban los bautismos, ya que en esa misma jornada la liturgia recordaba el bautismo de Jesús en el Jordán. El propio concilio hace algunas indicaciones a los cristianos con el fin de orientarles en los días de preparación: frecuentar las asambleas de fieles, evitar las fiestas paganas celebradas en ese período, pues llevan a la dispersión, prescindir de penitencias extravagantes, tales como caminar descalzos, escaparse a los montes, etcétera.

La iglesia gala del siglo V iniciaba sus ayunos el 11 de noviembre, festividad de su gran patrón san Martín de Tours († 397), extendiéndolos hasta el citado 6 de enero. Como los sábados y los domingos las privaciones se relajaban, al final el tiempo de abstinencias sumaba un total de cuarenta días, conocidos como la cuaresma de san Martín, e incluía, de forma casual, el tiempo previo, y de Navidad, dentro esta penitencia que pretendía realzar la importancia de la Epifanía equiparándola a la Pascua. Cuando finalmente, entre las comunidades cristianas occidentales, la fiesta de la Natividad se impuso sobre la celebración del bautismo de Jesús, y luego de los Reyes Magos, el período de renuncia y expiación se mantuvo, pero sólo hasta el 25 de diciembre, solemnizando así este día.

Como podemos ver en el caso galo, el más representativo de cuantos conocemos, el Adviento nació de manera indirecta. En el resto de las regiones del Imperio romano el proceso debió de ser similar, aunque no sistemático, de aquí las diferencias, por ejemplo de duración, de entre tres y seis semanas, que existían entre unas comunidades y otras. Lo que era común a todas era el sentido penitencial y preparatorio de este tiempo, así como el incremento de meditaciones, predicaciones, oraciones y ayunos.

El establecimiento definitivo y la generalización del Adviento tuvo lugar entre la cuarta y la sexta centuria. A Roma no llegó de manera cierta hasta el siglo VI, que conocemos, pues el papa León I el Magno (440-461), tan prolífico en comentarios a las escrituras y sermones navideños, no lo cita en ningún momento. Fue el pontífice Gregorio I (590-604), el que ya en la sexta centuria redujo su duración de seis a cuatro semanas, instituyendo una misa dominical cada uno de los cuatro domingos previos a la Navidad. Este debió de ser el siglo en el que se instauró este espacio preparatorio en muchas partes de la cristiandad.

A partir de la mencionada fecha encontramos múltiples noticias sobre su existencia, además de curiosas variaciones según los estados. La primera cita de cuantas conocemos pertenece a las actas del Concilio de Tours, en Francia (567); poco después aparece otra en el Concilio I de Macón (Saona y Loira, Borgoña, Francia) (581). Ya hemos dicho que la Iglesia gala, en el siglo VI, mantenía sus ayunos entre la fiesta de san Martín y el día de Navidad aunque, según este último concilio, sólo el segundo, cuarto y sexto día de la semana. En las islas británicas las abstinencias se observaban los miércoles y los viernes, y en algunos otros lugares no existía distinción alguna, para las penitencias, entre el Adviento y las semanas ordinarias del año. La Iglesia griega, por su parte, guardaba igualmente cuarenta días de ayuno antes de Navidad, aunque tal costumbre no fue establecida hasta el siglo XIII.

En cualquier caso, tardase mucho o poco en ser introducido en el conjunto de la cristiandad, el Adviento, nacido al final del mundo antiguo y definido, y desarrollado en los primeros siglos de la Edad Media, fue para los cristianos de este período un tiempo en el que seguir fielmente las recomendaciones de la Iglesia, así como una época de penitencia e introducción al sentido de la Navidad.

Y ANTES QUE EL BELÉN FUE EL PESEBRE. LA FUERZA DE LA IMAGEN

Poco tiempo después del establecimiento y generalización definitiva del Adviento, en el siglo VII, tuvo lugar el nacimiento de una tradición que gozó de gran aceptación, y que se encuentra en el origen de otra de nuestras más habituales costumbres. El sentido que pronto se dio a esta nueva práctica, reforzada por el poder que la imagen tiene sobre los hombres, al materializar lo que tan sólo se puede imaginar, hizo de

ella un elemento valioso y muy popular para las celebraciones del nacimiento de Jesús. Nos estamos refiriendo a la colocación de pesebres.

Según los relatos evangélicos, Jesús, al poco de nacer, fue recostado en un pesebre: «[...] y encontraron a María y José, y al niño acostado en el pesebre» (Lucas 2, 16). De hecho, este recipiente es el único elemento del que se nos habla de entre los que había en el establo, o gruta, de la Natividad; un objeto que pasa inadvertido en nuestras navidades actuales y que sin embargo fue de enorme importancia en el pasado, pues está inserto en los orígenes del belén.

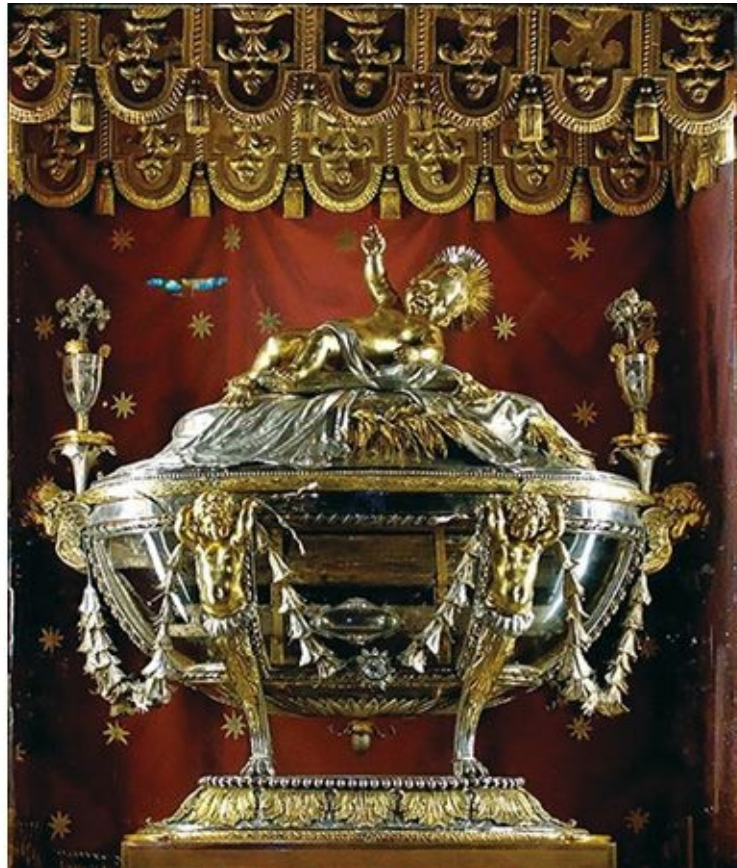
Una de las primeras noticias sobre la devoción que despertaba la contemplación de la que había sido la primera cuna de Jesús nos la proporciona san Jerónimo en una homilía pronunciada el 25 de diciembre del año 400, en la propia cueva del nacimiento:

¡Ay, si pudiera contemplar aquel pesebre en el cual reposó el Señor! Hoy en día, en honor a Cristo, hemos limpiado la suciedad de aquel lugar y lo hemos adornado con objetos de plata, aunque para mí tiene más valor aquello que se quitó. Propio es de paganos el oro y la plata; la fe cristiana prefiere, en cambio, aquel otro pesebre lleno de estiércol. Aquel que nació en ese pesebre rechaza el oro y la plata.

San Jerónimo, *Homilía sobre la Natividad del Señor*, 393

Los lamentos del santo se centraban en la inexistencia, ya en esa época, de la «cuna» original, y de que en su lugar se hubiera situado un comedero de plata, lujo innecesario al que san Jerónimo, según relata, hubiese preferido renunciar con tal de contemplar el auténtico. Según las fuentes de que disponemos, este debía de ser un recipiente de barro, sostenido por unas tablillas montadas en forma de caballete.

Pero el momento en el que el fervor por las reliquias del pesebre alcanzó su cima fue a partir del siglo VII, cuando el papa Teodoro I (642-649) hizo traer de Belén los restos que allí quedaban —a juzgar por la observación de los mismos se trataba tan sólo de las tablillas que sostenían la artesa sagrada—, depositándolos, en parte, en la basílica de Santa María la Mayor, en Roma^[11]. Desde esta misma fecha y a lo largo de toda la Edad Media, el Pesebre se hizo indispensable en todas las iglesias, abadías y catedrales de la cristiandad, durante el tiempo de Navidad. Sus formas eran variadas, podía tratarse de simples troncos huecos de abeto, denominados en Italia, primer país en el que se dio esta costumbre, *tettotie*; o auténticos pesebres en los que no está claro si ya se depositaban o no representaciones del Niño Dios, pero que en cualquier caso evocaban el comedero que sirvió de improvisada cuna al pequeño Jesús^[12].



Tablillas del pesebre de Jesús, recogidas dentro de un relicario de plata, donado por la duquesa de Villahermosa. Se halla en la basílica de Santa María la Mayor, en Roma.

Algunos estudiosos de las tradiciones que nos ocupan señalan la importancia que el material del que estaba elaborado el tronco o pesebre, la madera, tenía para muchas de las culturas antiguas no cristianas, y cuyas tradiciones en la séptima centuria aún se hallaban vigentes, lo que pudo facilitar la aceptación de este emblema navideño. La creencia en el Árbol de la Vida era común a todas las tradiciones anteriores, así como la asociación de la madera con un símbolo de vida. En el hemisferio norte, la llegada del solsticio de invierno, muy próximo a la celebración de la Navidad, y el avance del invierno apagaba, y sigue haciéndolo, la vitalidad de la naturaleza, acortando los días y sumiendo la existencia en las sombras. Era entonces cuando los leños cobraban un sentido pleno, al proporcionar gracias al fuego luz y calor y anticipar el renacer de la naturaleza en primavera y el rebrote de los árboles. Diversas costumbres en torno al tronco de invierno, que se quema o golpea, se conservan aún en varias regiones de España tales como Aragón, Cataluña o Andalucía, ligadas a la festividad de la Navidad y como vestigio, probablemente, de aquellas ancestrales costumbres en nuestro país.

Por otro lado, la madera o leño del pesebre pronto pasó a formar parte de las reflexiones, predicaciones, leyendas e incluso cancioneros medievales de la Natividad. Por un árbol llegó la condenación del mundo, el Árbol de la Ciencia del bien y del mal, del que comieron Adán y Eva en el Paraíso; por otro árbol, el Árbol de la Cruz, en el que murió Cristo crucificado, se redimió al género humano. La madera estaba presente constantemente en el taller de carpintería de san José, y por

tanto en la vida de Jesús; una madera restauradora que, al contacto con los enfermos de cuerpo y alma, los sanaba de sus males, tal y como cuenta la historia de santa Helena, madre del emperador Constantino, en el momento de descubrir, allá por el siglo IV, la «Cruz Verdadera»^[13] en la que estuvo clavado el Mesías.

Dejando por ahora a un lado los significados que se dieron a los pesebres, lo cierto es que el papa Teodoro I, con su idea de traer las reliquias a Europa, dio inicio a una tradición que está inserta en el origen más profundo de lo que hoy son nuestros belenes tradicionales. Y así, las «cunas» se convirtieron en el primer elemento navideño que gozó de representación en las casas y templos de la cristiandad; en un icono cristiano, que, fundamentalmente, recordaba el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho a su pueblo en el Antiguo Testamento; la humildad con la que Cristo había querido venir al mundo y, en definitiva, la llegada de este mismo Mesías.

LA MISA DEL GALLO, ALEGRÍA Y SOLEMNIDAD PARA EL INICIO DE LA NAVIDAD

Una vez transcurridas las semanas del Adviento, caracterizadas como hemos visto por la penitencia y la oración, llegaba el tiempo navideño y su primera gran cita, la Nochebuena. Ese 24 de diciembre, tras la sobria cena, última propia de los ayunos del tiempo de preparación, los fieles acudían a la Iglesia a medianoche, a celebrar la Misa del Gallo, en el deseo de orar y velar en el momento en el que se pensaba que aconteció el nacimiento de Jesús, justo las doce de la noche del 24 al 25 de diciembre.

Desde los primeros siglos de la Edad Media, el papa, cabeza de la Iglesia, hacía lo propio, a la misma hora, en la basílica de Santa María la Mayor en Roma, aunque aquí, siguiendo la tradición que desde finales del siglo IV regía en Jerusalén, sólo celebraba la primera de las tres eucaristías de las que se componía el ceremonial de esta gran festividad. Al alba del día de Navidad, el sumo pontífice se trasladaba a la basílica de san Pedro, donde oficiaba la segunda de las misas, para finalmente celebrar la tercera eucaristía, ya de día, en la iglesia de Santa Anastasia, una mártir muy venerada en Constantinopla y su Imperio^[14].



MIGUEL ÁNGEL, *Sibila délfica* (siglo XVI). Capilla Sixtina, Vaticano. Estas profetisas, como grandes adivinas de la Antigüedad, pese a ser paganas parece que habían ya anunciado el nacimiento de Jesús. Algunos pasajes de la obra de Virgilio se prestan a esta interpretación.

El sentido profundo de tal magnificencia litúrgica respondía a elevadas razones de orden espiritual, perfectamente explicadas en cuatro versos medievales que dicen:

El día de la Navidad se celebran tres misas;
 la primera significa el nacimiento sagrado de Cristo;
 la segunda anuncia las felicidades que Cristo nos trae;
 la tercera figura la realización de las promesas de la

[Ley Santa.

Los monasterios y catedrales, por su parte, realzaban la liturgia de esa noche proclamando con solemnidad los anuncios del profeta Isaías, las homilias de los papas León I el Magno y Gregorio I el Grande, los escritos de san Agustín, el prólogo del Evangelio de san Juan, la genealogía de Cristo, e incluso los textos de los oráculos sibilinos^[15] que hacían referencia al nacimiento del Mesías:

La edad postrera
 ya llegó del oráculo de Cumas:
 nace entero el gran orden de los siglos;
 vuelve la Virgen ya, vuelve el reinado
 primero de Saturno, y al fin baja
 estirpe nueva desde el alto cielo.
 Sólo casta Lucina atiende amante
 al niño que nos nace, a cuyo influjo,
 muerta la edad de hierro, una áurea gente

en todo el mundo va a surgir: Apolo,
tu hermano, reina ya.

Virgilio, *Bucólicas*, Égloga IV

Fue la primera de las tres misas citadas la que recibió el nombre de «Misa del Gallo», y la que se popularizó y celebraba el pueblo a partir del siglo VIII, en todo el mundo cristiano, haciéndose así desde entonces y hasta la actualidad. Su nombre procede de una vieja leyenda que cuenta cómo un gallo que habitaba en el establo de Belén, encaramado en lo más alto del mismo aquella noche primigenia de la Navidad, fue el primer animal en anunciar el nacimiento del Mesías con su canto. Tal y como lo veían los hombres del Medievo, si el gallo con su tonada revelaba de ordinario la llegada del nuevo día, era normal que hiciera lo propio con un nuevo período y amanecer para la humanidad, el de la llegada de Cristo para vencer a la oscuridad del pecado y de la muerte. Además, en la Edad Media, este animal aún conservaba el carácter simbólico que tenía para las culturas paganas antiguas, que veían en él un símbolo de renacimiento y fecundidad, por su vinculación a la salida diaria del sol. Desde estos siglos remotos y hasta inicios del siglo XX, un niño ubicado en el coro, o bien uno de estos animales, llevados a la iglesia a tal efecto, realizaba el canto del gallo en medio de la misa, recordando así la particular ceremonia en la que se estaba participando.

Estudios con mayor consistencia argumentan que la denominación de «Misa del Gallo» procede de la hora a la que se celebraba este oficio litúrgico, la medianoche, momento en el que, para los romanos, se iniciaba el nuevo día, y al que denominaban «canto del Gallo». En los campamentos legionarios, uno de los cambios de guardia tenía lugar a las tres de la madrugada, avisándose del mismo haciendo sonar una trompeta llamada, curiosamente, *gallus*.



Primera página de la obra *Alleluia Nativitas*, del músico francés Perotín el Grande (siglo XIII). Esta obra fue encargada por las autoridades eclesiásticas para el día de Navidad del año 1198, contribuyendo a la solemnidad de la liturgia navideña, al igual que otras composiciones medievales.

Ahora bien, en la liturgia de la medianoche del día de Nochebuena, además de solemnidad y recogimiento, también había jolgorio y grande regocijo entre el pueblo que participaba en la misma. Llegada la hora los fieles acudían a sus parroquias portando flautas, tambores, panderos, triángulos, castañuelas, silbatos... Comenzada la Eucaristía, uno de sus momentos culminantes llegaba con el canto del *Gloria in excelsis Deo*, el actual Gloria, un himno que hasta el siglo VI estaba reservado exclusivamente para ser entonado en la Misa del Gallo. Tras las lecturas y la homilía, y posiblemente durante el ofertorio, pues no sabemos con certeza cuándo tenía lugar, se desarrollaban unas pequeñas representaciones teatrales —*officia*—, relacionadas con diferentes momentos del nacimiento e infancia de Jesús. Clérigos ataviados convenientemente, o gentes del lugar, escenificaban el anuncio de los ángeles a los pastores, la adoración de estos al Niño, realizada siempre por los propios del lugar, o la postración de los Magos de Oriente ante el pequeño Jesús. Estas breves funciones tuvieron su origen en el siglo X con el objetivo de enriquecer la ceremonia.

La representación más habitual era la de la propia Sagrada Familia, costumbre muy extendida por la geografía española, especialmente por tierras mediterráneas, desde Cataluña a Andalucía, aunque también en Castilla, y no exenta de ciertos

riesgos. Unas semanas antes de Nochebuena, en los pueblos o ciudades, se acordaba con alguna pareja joven que acabase de tener un niño su participación en la señalada liturgia, invitando al marido a dejarse crecer la barba, para presentarse en las fechas de la Natividad con aspecto envejecido. Llegada la misa de Nochebuena, la familia, con su hijo recién nacido, y convenientemente vestida para la ocasión, era colocada en el presbiterio, de cara al pueblo, representando a aquella Sagrada Familia de Belén. A lo largo de la ceremonia la joven madre acariciaba y atendía al niño, como es natural, a lo que el pueblo respondía con gestos de aprobación; sin embargo, cuando el padre, que personificaba a san José, hacía lo propio provocaba el abucheo de los fieles, los insultos, y las exigencias de que se le afeitase. De este modo, tan primario, los feligreses manifestaban su convicción de que Jesús era hijo de Dios, y no de José.

Tales espectáculos, en especial los que se daban entre la fiesta de los Santos y la Navidad, terminaban con frecuencia en excesos y despropósitos tales que el propio papa Inocencio III (1198-1216) acabó prohibiéndolos en el año 1207, y con ellos las ficciones en los templos:

De vez en cuando, tienen lugar en las propias iglesias espectáculos teatrales, y no sólo se introducen, con fines de escarnio, mascaradas monstruosas, sino que también, en los tres días de fiesta que siguen a la Natividad de Cristo, los diáconos, los sacerdotes y los subdiáconos, por turnos, ostentando las extravagancias de su propia locura, con sus propios gestos, con obscenas exaltaciones a la presencia del pueblo, degradan el decoro sacerdotal.

Inocencio III, *Compilatio Tertia*, 1207

En todo caso, la fe y devoción del pueblo eran grandes, y la prohibición no duró demasiado, pues la contemplación del misterio de la Natividad conmovía a los fieles. No es de extrañar, por tanto, que el momento cumbre de regocijo y algarabía en la Misa del Gallo fuese la adoración del Niño Jesús, pues las gentes hacían sonar los instrumentos que habían llevado, entonaban cantos, que quizás fuesen de tema navideño, antecedentes de los villancicos, e incluso liberaban pajarillos que habían sido capturados los días previos con el fin de soltarlos esa misma noche, en ese preciso momento. La alegría ya no cesaba en los siguientes días, tal y como lo vivían los hombres del Medievo, las penitencias del Adviento habían pasado y las promesas de Dios se habían cumplido; el Mesías había nacido, el tiempo de Navidad había comenzado.

Teatros y belenes, la Navidad toma forma

LOS AUTOS DE NAVIDAD, EL PUEBLO REPRESENTA SU FE

Un apartado especial, por su trascendencia para nuestra cultura occidental, merece el surgimiento de los llamados autos de Navidad, también conocidos como dramas litúrgicos, farsas eucarísticas o, siglos después, autos sacramentales. Dichos autos eran representaciones dramáticas figuradas, interpretadas generalmente por clérigos, que desarrollaban los episodios más importantes de la vida de Jesús, en coincidencia con los tiempos litúrgicos que marcaba el calendario cristiano: la Navidad, la Pasión y la Resurrección. Tienen gran importancia pues están, junto a otros factores, en el arranque del Belén, en cuanto que tales dramas materializaron, por vez primera, los acontecimientos de la Natividad, convirtiéndose en la primera de sus manifestaciones plásticas, además de constituir el auténtico origen de nuestro teatro actual, que nace aquí, en las iglesias y durante el Medievo, una vez extinguido muchos siglos atrás el teatro clásico grecorromano.

Este último contaba ya con una faceta relacionada con las vivencias religiosas, los «misterios», ficciones alegóricas centradas en algunos episodios de la mitología, en las que participaban los fieles iniciados como espectadores, y en ocasiones incluso como actores^[16]. Sin embargo, no está aquí el origen del drama religioso medieval. Este es hijo natural del desarrollo de la liturgia católica, y no una imitación de los modelos del teatro clásico, que había expirado con la caída del Imperio romano. Su muerte se debió a la hostilidad del cristianismo, que no veía con buenos ojos las representaciones, por tratarse de un homenaje al dios Dionisos, y a la indiferencia de los posteriores pueblos bárbaros. Sin embargo ambos momentos del género teatral comparten una misma actitud, pues los rituales de cualquier religión tienen cierta dosis de carga dramática, o teatral, en la medida en que lo que permanece oculto por el misterio, o la divinidad, se materializa a través del rito y se representa.

Algunos historiadores creen que el cristianismo, casi desde sus primeros momentos, representó episodios concretos de la historia sagrada. La estudiada disposición de las figuras en algunos sarcófagos paleocristianos, que desarrollan el tema de la adoración de los Magos, o la existencia de la ópera sacra bizantina, desarrollada en las iglesias desde el siglo VI con apoyo de decorados y atrezzo, hacen pensar que pudo tener su antecedente en algunas dramatizaciones cristianas de los primeros siglos; pero faltan los datos, por lo que esta afirmación no deja de ser una conjetura. En realidad, y hasta donde sabemos, el origen del drama litúrgico se pierde en un momento indeterminado de nuestro pasado medieval. Teniendo en cuenta que el más antiguo de estos textos está fechado en el siglo X, los estudios sitúan sus principios dentro de un arco cronológico que abarca el tránsito de la Alta a la Baja Edad Media.

Diversos estudios defienden que el inicio de tales dramas estuvo en los monasterios, donde las ficciones se convirtieron en un desarrollo plástico de la liturgia. A partir de la adaptación de textos bíblicos, y siempre con un cierto margen para la inventiva, se teatralizaba el texto sagrado, procurando no desvirtuar su esencia. Era normal que los religiosos quisieran ver plasmados los misterios de su fe, pues tal contemplación despertaba su imaginación y alentaba la devoción, tal y como luego sucedió al resto del pueblo cristiano. No es de extrañar, ya que lo visual muchas veces causa mayor impacto que lo relatado o escrito. La acción representada logra con mayor facilidad la inmersión completa del espectador en la historia que se narra.

Las primeras obras debían tener una duración breve, estaban interpretadas por clérigos de los propios cenobios, adecuadamente ataviados, y escritas y representadas en latín. Con el paso del tiempo estas ficciones abandonaron los claustros para salir a las iglesias locales, llegando así al común de los fieles. Los religiosos fueron paulatinamente, y sólo en parte, sustituidos por actores aficionados, o profesionales, pero, en todo caso, laicos. El latín culto quedó recluido en el monasterio, y fueron su vertiente vulgar y luego las lenguas vernáculas las que se escucharon en las funciones. Simultáneamente su extensión creció, el drama fue desarrollándose y ganando en vigor, a la par que se incorporaban canciones y tradiciones populares a la representación, solemnizando así y haciendo más reconocible y propio el drama representado, que no era otro que el nacimiento del Hijo de Dios.

A juzgar por los textos de que disponemos, el momento a partir del cual estos autos religiosos recibieron un fuerte impulso fue el siglo XI. Llegado el tiempo de Adviento y Navidad, las *scholae* o «escuelas» de clérigos que los interpretaban se trasladaban a los pueblos y ciudades para representar allí los episodios más importantes del período litúrgico: el anuncio a los pastores, el descubrimiento de la estrella, la adoración de los Magos, etcétera.

Ahora bien, no todo era recogimiento y fervor en tales ocasiones. Las mismas fuentes escritas de la época también nos relatan cómo, en ocasiones, tales teatros desembocaban en excesos y libertinajes turbulentos, en los que participaban incluso estos religiosos, a los que se refieren como *mimos*, *histriones*, *scurrae* y *joculatores*. Autores como Agoberto de León u Otón Vercelli, entre los siglos IX y X, condenaban estos espectáculos y advertían del peligro que suponían no sólo los desenlaces ocasionales y desordenados de tales ficciones, sino el que en las iglesias se celebrasen más a menudo representaciones que eucaristías, sustituyendo esta por aquellas. Más que elocuentes son las palabras del teócrata Geroh de Reichersberg, que en el siglo XII denunciaba: «hay sacerdotes que no se dedican al ministerio de la Iglesia y el altar, sino más bien a obras de avaricia, vanidad y espectáculos».

Ya hemos visto páginas atrás cómo, para evitar que se dieran semejantes situaciones, el papa Inocencio III prohibió las representaciones en el año 1207. Pero la prohibición no duró mucho, pues pocos años después hubo de modificarse aquella

norma, debido al fervor que las ficciones más respetuosas despertaban entre los fieles cristianos:

Con la cual condena no se prohíbe presentar el pesebre del Señor ni a Herodes, los Magos, el llanto de Raquel y sus hijos y cosas similares, que inducen el ánimo de los fieles más a sentimientos de comunión y piedad que de lascivia, como en Pascua se representan el sepulcro del Señor y otras escenas para excitar la devoción.

En España, y en concreto en el reino de Castilla, la situación debía de ser similar, pues los monarcas, en total conformidad con el papa, adoptaron idénticas medidas hacia las mismas fechas:

Pero representación hay que pueden los clérigos hazer: así como de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en que muestra cómo el ángel vino a los pastores e cómo les dijo cómo era Jesucristo nacido. E otrosí de su aparición como los tres Reyes lo vinieron a adorar. E de su resurrección, que muestra que fue crucificado e resucitó al tercero día, etc.

Alfonso X el Sabio, *Las siete partidas*, Partida I

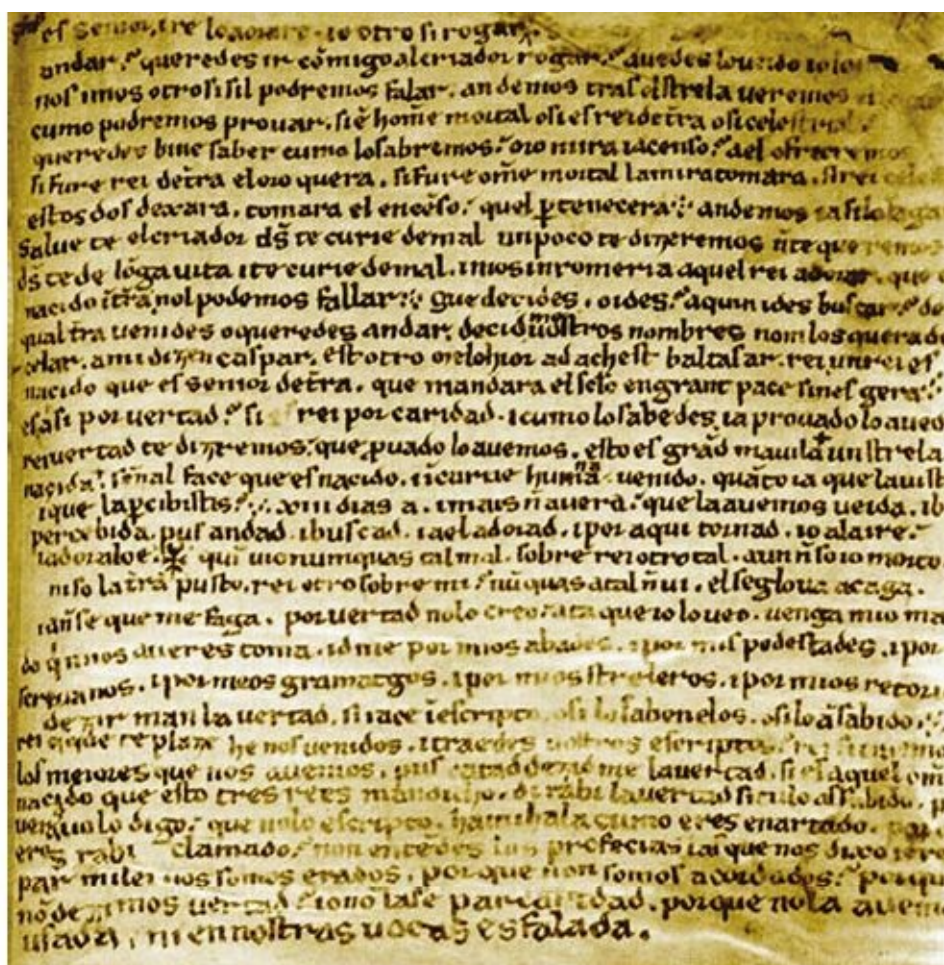
El primer drama litúrgico que conocemos se remonta al siglo X y es de origen anglosajón, aunque depende posiblemente de una obra benedictina francesa anterior. Poco tiempo después comenzaron a desarrollarse otros *officia* —oficios o funciones—, litúrgicos navideños: *officia pastorum*, *officia stellae*, *officia magorum*, es decir, funciones u oficios de los pastores, de la estrella, de los Magos... que finalmente confluyeron en el gran *Ludus Nativitatis*, o Juegos de Navidad. Algunos temas se repiten con mayor frecuencia que otros o, cuando menos, ha llegado un mayor número de ellos a nuestros días. Tan sólo los *officia* litúrgicos dedicados a los Magos fechados entre los siglos XI y XIV suman un total de veinte textos, hallados en lugares tales como Besanzón, Limoges, Ruán, Nevers, Estrasburgo, Viena...

Los textos dependían, en gran medida, de las Escrituras, pero para su elaboración también se acudía a las homilías de santos y predicadores notables, a la tradición exegética e incluso a los Evangelios apócrifos, siempre y cuando no introdujesen errores graves de fe o contradijesen los escritos canónicos. Estos autos solían ser representados durante la misa solemne de la fiesta correspondiente, Navidad o Epifanía, en el momento de la lectura del Evangelio, o bien inmediatamente antes o después del ofertorio, e incluso fuera de la misa, al final de los maitines y antes del *Te Deum*.

Con el fin de comprender mejor y llegar a apreciar en lo que valen dichos dramas, queda adentrarnos en la lectura de una de estas antiguas piezas, la única descubierta hasta el momento en España, el antecedente de nuestro teatro y una puerta abierta al alma del hombre medieval.

El Auto de los Reyes Magos

Era el año 1783 cuando el canónigo de la catedral de Toledo, don Felipe Fernández Vallejo, se hallaba consultando un códice de comentarios bíblicos, propiedad de la biblioteca de la propia basílica. En el interior del texto unas hojas manuscritas llamaron su atención. Eran, en concreto, ciento cuarenta y siete versos de métrica variada, redactados en un accesible castellano y con influencias mozárabes. A juzgar por el tipo de letra debía de haber sido elaborado en el siglo XII. Consciente de haber descubierto algo que valía el esfuerzo de conservarlo, don Felipe, futuro arzobispo de Santiago de Compostela, lo transcribió en su libro *Memorias y disertaciones*. Acababa de ser descubierto el primer drama litúrgico medieval castellano, y por ende, la primera obra de teatro española.



Página original del *Auto de los Reyes Magos*, del siglo XII, que apareció en la Catedral de Toledo. Se trata de una representación navideña medieval centrada en el tema de los Magos y es nuestra obra de teatro más antigua. Se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Así es, el *Auto de los Reyes Magos*, también denominado *Representación de los Reyes Magos*, es nuestro texto teatral más primitivo. Lamentablemente se trata tan sólo de un fragmento que formaba parte de una obra más amplia, de autor desconocido. Algunas hipótesis defienden la idea de que el creador del texto fue un clérigo benedictino, dado que este tipo de pieza teatral religiosa fue introducida en España por los monjes fundadores del monasterio de Santo Domingo de Silos, que a su vez lo habían aprendido en la abadía de Cluny (Francia).

El texto, en sí mismo, aunque mutilado, tiene gran interés, y goza de peculiaridades propias poco comunes, o incluso inéditas, en otras obras similares europeas. El fragmento conservado se halla dividido en siete escenas, presentando la primera de ellas a cada uno de los tres buscadores reales por separado. Estos aún no se conocen, pero todos ellos han realizado un gran, y común, descubrimiento, la estrella de la que hablan los Evangelios de la infancia, signo celeste del nacimiento del Salvador. Destaca en este sentido Melchior, que se define como «estrellero» — estudioso de las estrellas—, y nunca como rey, algo que tampoco harán los demás en todo el drama. Sus nombres son muy significativos, ya que en los evangelios canónicos no aparecen; de hecho, los tres citados son los mismos que han llegado hasta nosotros hoy: «Melchior, Gaspar y Balthasar»; siendo mencionados, por vez primera, en un apócrifo del siglo VI, el *Evangelio armenio de la infancia de Jesús*. Por tanto, en su elaboración se emplearon los textos canónicos, de cuyo planteamiento de la historia nunca se separaba el texto, algunos apócrifos y cierta imaginación.

GASPAR

Dios criador, ¡cuál maravilla!
¡No sé cuál es aquesta estrella!

Agora primas la he veida.
Poco tiempo ha que es nacida.

¿Nacido es el Criador
que es de las gentes señor?
Non es verdad, no sé qué digo.

Todo esto non vale un figo.

Otra noche me lo cataré.

Si es verdad, bien lo sabré.

¿Bien es verdad lo que yo digo?

En todo, en todo lo prohío.

¿Non puede ser otra señal?

(Pausa)

Aquesto es y non es ál;
nacido es Dios, por ver, de fembra
en aqueste mes de diciembre.
Allá iré [d]o que fuere, adorarle he,
por Dios de todos lo tendré.

(Pausa)

¿En todo, en todo es nacido?

Non sé si algo he veído;

iré, lo adoraré

y pregaré y rogaré.

MELCHIOR

Val, Criador, a tal hacienda
¿fue nunca alguandre fallada
o en escritura trovada?

Tal estrella non es en cielo,
de esto soy yo buen estrellero;
bien lo veo sin escarno

que un hombre es nacido de carne
que es señor de todo el mundo.
Así como el cielo es redondo;
de todas gentes señor será
y todo siglo juzgará.

BALTHASAR (*Solo*)

Esta estrella non sé dond viene,
quien la trae o quien la tiene.
¿Por qué es aquesta señal?
En mis días non vi a tal.
Ciertas nacido es en tierras
aquel que en pace y en guerra
señor ha de ser de oriente,
de todos hasta en occidente.
Por tres noches me lo veré
y más de vero lo sabré.
¿Es? ¿Non es?
Cudo que verdad es.
veer lo he otra vegada,
si es verdad o si es nada.
(*Pausa*)
Nacido es el Criador
de todas las gentes mayor;
bien lo veo que es verdad,
iré allá, por caridad.

Auto de los Reyes Magos, escenas I y II

En una escena posterior los Magos se encuentran, ponen en común su descubrimiento y deciden hacer el camino juntos hasta encontrar al Salvador. En este acto se plantea el desarrollo de uno de los puntos más llamativos de nuestra obra, la prueba a la que someterán al pequeño Jesús como forma de saber si realmente es Dios, es Rey o tan sólo hombre. El autor, yendo más allá de los textos canónicos, «fuerza» al Niño-Dios a desvelar su verdadera naturaleza, al ligar cada uno de los dones a una de estas tres condiciones:

MELCHIOR

¿Cómo podremos probar si es hombre mortal
o si es rey de tierra o si celestial?

BALTHASAR

¿Queredes bien saber cómo lo sabremos?
Oro, mirra, incienso a él ofreceremos;
si fuere rey de tierra, el oro querrá;
si fuere hombre mortal, la mirra tomará;
si rey celestial, estos dos dejará,
tomará el incienso que l'perteneceerá.

LOS DOS

Andemos y así lo fagamos.

Desgraciadamente no contamos con el desenlace de este episodio, que sin duda tenía lugar en el momento de la adoración, una vez que los tres estrelleros habían llegado ya hasta Belén y descubierto al recién nacido. Es de suponer, a decir de algunos estudiosos, que Jesús escogiese los tres regalos, quizás en un orden determinado, según su importancia y desvelando así las tres calidades de Cristo.

En la quinta de las escenas, y tras trece días desde el descubrimiento de la estrella, los Magos llegan ante Herodes y le anuncian la gran nueva:

LOS TRES REYES A HERODES

Sálvate el Criador, Dios te curie de mal,
un poco te diremos, non te queremos al,
Dios te dé longa vida y te curie de mal;
imos en romería aquel rey [a] adorar
que es nacido en tierra, no l'podemos fallar.

Auto de los Reyes Magos, escena V

Al igual que en los Evangelios, Herodes convence a los Magos de que él también desea adorar al Mesías recién nacido:

Pues andad y buscad,
y a él adorad,
y por aquí tornad.
Yo allá iré,
y adorarle he.

Auto de los Reyes Magos, escena V

La sexta escena es un largo monólogo del rey de los judíos, que teme por su trono y hace llamar a sus sabios:

HERODES

¿Quién vio nunca tal mal?
¡Sobre rey otro tal!
¡Aún non soy yo muerto
ni so la tierra puesto!
¿Rey otro sobre mí?
¡Nunca a tal non vi!
El siglo va a zaga;
ya non sé qué me faga.
Por verdad no lo creo
hasta que yo lo veo.
Venga mío mayordoma
que míos haberes toma.

(Sale el MAYORDOMO)

Idme por míos abades,

y por mis podestades,
y por míos escribanos,
y por míos gramatgos,
y por míos estrelleros,
y por míos retóricos;
decirme han la verdad, si yace en escrito,
o si lo saben ellos, o si lo han sabido.

(*Salen los SABIOS de la corte*)

Auto de los Reyes Magos, escena VI

Finalmente, en la última escena, los rabinos hacen su aparición e intentan responder a las dudas de Herodes. Estos tienen un papel destacado en la escena, síntoma de la familiar presencia de los judíos dentro de la sociedad española del momento, aunque intentan engañar a su monarca, lo que les confiere un cierto grado de astucia y perversidad. El texto queda aquí interrumpido dejando incompleto el parlamento mantenido, la escena y el drama en general.



Participantes en el *Auto de los Reyes Magos*, a mediados del siglo XX, en Fuente Álamo (Murcia). En esta localidad se viene representando el citado auto desde mediados del siglo XVIII.

El auto completo fue publicado, por vez primera, en el año 1863, por Amador de los Ríos. Su primer estudio en profundidad lo realizó, en el año 1900, Menéndez Pidal, que fue quien le dio el nombre por el que hoy lo conocemos, y se sigue representando: *Auto de los Reyes Magos*.

Afortunadamente este auto de Navidad, cuyo original se custodia en la Biblioteca Nacional en Madrid, se sigue representando en diversas poblaciones y hogares españoles, como se ha hecho durante siglos. Desde el año 2001, y entre la jornada de Año Nuevo y los días previos a la Epifanía, tienen lugar una serie de funciones en la basílica de la Asunción de Colmenar Viejo (Madrid), protagonizadas por miembros

de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y por jóvenes de esta villa.

Y EN AQUELLA NOCHEBUENA NACIÓ EL BELÉN

Cuenta Tomás de Celano, religioso franciscano, biógrafo y contemporáneo de san Francisco de Asís, que en el mes de diciembre del año 1223, en la población de Greccio, en el valle toscano de Rieti (Italia):

Había en aquel entorno un hombre bueno y de vida piadosa, al que san Francisco apreciaba mucho, ya que a pesar de ser noble y muy estimado por todos, era sencillo y apreciaba mucho la humildad del espíritu. Dos semanas antes de Navidad, san Francisco, como hacía con frecuencia, le llamó para decirle: «Si quieres celebrar el nacimiento de Jesús en Greccio, haz lo siguiente: Quiero representar al Niño nacido en Belén para que pueda verse con la pobreza que nació, por la falta de las cosas necesarias para un recién nacido, cómo fue puesto entre una mula y un buey».

Tomás de Celano, *Tratado de los Milagros*

El noble en cuestión, Giovanni Vellita, preparó aquello que Francisco le había solicitado, disponiendo en una gruta o establo un buey, una mula y un pesebre con paja, en el que se recostó una imagen de madera del recién nacido. Una joven pareja, ataviada para la ocasión, hizo las veces de José y María, mientras que los campesinos representaron a los pastores, ángeles y Magos. Convocado el pueblo de Greccio a este lugar, aquella noche del 24 de diciembre, para celebrar la Misa del Gallo, comenzó la ceremonia, y un san Francisco emocionado por la contemplación de aquello que tantas veces había imaginado, la humildad de la encarnación del hijo de Dios, predicó enternecido, transmitiendo sus sentimientos a los presentes. Según cuenta Celano en su historia, en un momento determinado de la predicación, el santo de Asís tomó la imagen del niño en sus brazos, cobrando esta vida y naturaleza humana al instante y durante unos momentos. Los presentes, sobrecogidos, contemplaron el milagro y divulgaron rápidamente la noticia del mismo por las poblaciones vecinas.

Los fieles, al conocer el prodigio, concluyeron que Dios había manifestado su deseo de ser adorado, también a través de representaciones e imágenes, lo que levantó *de facto* y ayudó a que se hiciera *de iure* la citada prohibición de Inocencio III de la que hemos hablado anteriormente. Y así, ya en el siglo XIII, comenzaron a elaborarse figuras navideñas que habrían de ocupar, tanto en templos como en hogares, un lugar privilegiado. Italia, y más en concreto sus regiones de Toscana y Umbría, fue el primer lugar en el que se desarrolló esta costumbre, para saltar poco después al resto de la cristiandad. Acababa de nacer el belén.

El camino que llevó hasta este momento del nacimiento de la tradición había sido largo. Ya hemos visto en páginas anteriores tanto la importancia que los restos del pesebre de Jesús habían adquirido, despertando la devoción por este objeto entre los fieles, como la popularidad de las representaciones de *officia* o dramatizaciones en las iglesias cuando llegaban los tiempos litúrgicos más destacados, entre ellos la

Navidad. Estas primeras materializaciones de reliquias importantes, en forma de cunas o troncos vacíos, o de pasajes evangélicos más o menos adornados alentaron el gusto por la visión de las escenas y personajes principales de la Natividad, constituyendo los auténticos antecedentes del belén.



Belén de Arnolfo di Cambio, realizado en 1289 como parte de la tumba del papa Bonifacio VIII. Es uno de los más antiguos del mundo. Actualmente se encuentra en la basílica de Santa María la Mayor en Roma.

La difusión de la costumbre de colocar belenes^[17] se debió fundamentalmente a la labor de los padres franciscanos, y de las hermanas clarisas, rama femenina de la orden, y auténticas introductoras de los Niños-Jesús, y su devoción, en conventos y hogares. De hecho, fue la propia santa Clara la que logró que en todas las iglesias y conventos franciscanos se comenzara a instalar un pesebre, que muy a menudo acogía una imagen del recién nacido, vestido con ropajes auténticos.

Resulta muy arriesgado decir cuál, pero por los datos que tenemos hasta ahora parece ser que el belén más antiguo de cuantos se conservan en Europa, entendiendo por tal aquel que se hace con figuras y no con personas, es el del monasterio de Füssen (Baviera, Alemania), que data del año 1252, y del que aún se conservan algunas imágenes. Un poco más tardío es el que el escultor Arnolfo di Cambio, famoso como autor del proyecto arquitectónico de la catedral de Florencia, realizó en mármol blanco como parte del sepulcro del papa Bonifacio VIII (1294-1303), y que se conserva en parte en la basílica de Santa María la Mayor de Roma.

El belén llega a España

Tras el milagro de Greccio y el nacimiento de la tradición belenista no tardó mucho tiempo en llegar esta costumbre a España, gracias como ya hemos dicho a la labor de la orden franciscana, a través de las riberas mediterráneas, cuyos puertos conectaban

los diferentes reinos. De aquí que las noticias y conjuntos más antiguos que tenemos en nuestro país se localicen en los territorios de la antigua Corona de Valencia, aunque la mayor parte de las imágenes sueltas se encuentran en Castilla y León. Sin duda, la historia del belén completo más antiguo que conservamos en España ilustra bien cada uno de los aspectos que hemos comentado.

Corría el año 1480 cuando del puerto de Génova partió un barco mercante en cuyas bodegas viajaba, entre otros productos, un hermoso belén obra de unos conocidos artistas, los Alamanno, padre e hijo, Pietro y Giovanni. Tras un tiempo de navegación sobrevino una fuerte tormenta que, en plena noche, sacudió la nave con violencia. Tal era la fuerza de la galerna que el barco perdió el rumbo y los marineros comenzaron a advertir el terrible peligro en el que se encontraban sumidos, y que muy posiblemente les llevaría a la muerte. En la peor de las fases del temporal el vigía divisó una luz a lo lejos que resultó ser un trozo de tierra, en concreto del convento franciscano de Jesús, en la isla de Mallorca (España).

Llegados a la misma con bien, fueron acogidos por los mismos frailes de cuyo convento provenía el brillo que les había guiado. Al día siguiente el capitán de la nave, agradecido como estaba al cenobio, ofreció al padre abad un obsequio, cualquiera de las mercancías que escogiera de entre las que llevaba en las bodegas del barco. El buen fraile no lo dudó, y al ver el magnífico belén que portaban hizo saber al oficial que esa era su elección. No obstante, poco después el capitán, arrepentido de su oferta, decidió hacerse a la mar sin dar cumplimiento a su promesa. Al llegar a la nave, los marineros levaron anclas y desplegaron las velas, que pronto se hincharon gracias al viento que soplaba, sin embargo el barco no se movía del sitio en el que se encontraba. Tras insistir en las maniobras el capitán comprendió lo que sucedía: sólo cuando hubiesen cumplido la promesa hecha al abad, el mismo Dios que les indicó el camino, salvándoles de una muerte segura, les permitiría partir. Y así fue.

El belén al que hace referencia esta vieja leyenda no es otro que el del Hospital de la Sangre de Palma de Mallorca, el conjunto completo más antiguo de cuantos tenemos en nuestro país. Leyenda al margen, lo más probable es que, siguiendo la tradición propia de la orden, uno de los monasterios italianos lo enviara a sus hermanos franciscanos de Mallorca por orden del superior. También es posible que los propios hermanos Alamanno lo tallasen en la propia isla, pues era costumbre de la época que los artistas viajaran de cliente en cliente, siendo en estos casos los cenobios los principales interesados en tales obras.



Belén del Hospital de la Sangre de Palma de Mallorca. Obra de los Alamanno, familia de escultores originarios de Italia, realizada hacia 1480. Se trata del conjunto completo más antiguo de cuantos tenemos en España.

Ahora bien, esta magnífica obra une a su calidad la condición de conjunto íntegro, con todas sus piezas: la Virgen, san José, el Niño, seis ángeles, la mula y el buey; pero para estas fechas, hacía mucho que en España se conocían los belenes. De aquellos otros primeros tan sólo nos quedan algunas piezas sueltas. La más antigua de cuantas conservamos está fechada en el siglo XIII y procede de la parroquia de san Millán, en la localidad de Baltanás, en Palencia. Se trata de una imagen de la Virgen y el Niño que pertenece a la escena de la huida a Egipto. Otras figuras sueltas, e igualmente del siglo XIII, se han encontrado en las islas Baleares. También tenemos noticias de que en el año 1300 la catedral de Barcelona ya exponía un belén completo. Esta afición debió de extenderse al pueblo en poco tiempo, pues los escritos hablan de un comerciante francés que vendía imágenes de nacimientos, durante la Navidad de 1475, en el pórtico de la iglesia de Santa Catalina en Barcelona.



Imagen de la huida a Egipto de Baltanás (Palencia). La estatuilla es del siglo XIII y es la primera «figurita» de Belén que tenemos en España. Su fecha confirma la temprana llegada de la tradición belenista a nuestro país.

Evidentemente es muy difícil que podamos encontrar aún figuritas populares tan antiguas, no ligadas por tanto a grandes abadías o basílicas, pues no sólo el paso del tiempo perjudicó su pervivencia, sino también los materiales perecederos en las que se realizaban, como el barro, la tela, etc. Del mismo modo tales representaciones no debían de considerarse objetos de valor como para ser conservados, sino fácilmente sustituibles, lo que da más valor a las pocas muestras que tenemos.

Por último cabe señalar que pese a estar lejos ya de la Nochebuena de 1223 en Greccio, el impacto de aquella Misa del Gallo sigue sintiéndose hoy en los templos y fieles cristianos, que han conservado una curiosa tradición, y es que no sólo la colocación de belenes en sus hogares recuerda los mencionados hechos. Evocando aquel milagro del santo de Asís, por el cual una imagen del Niño Dios cobró vida, los cristianos, ya desde el final de la Misa del Gallo, y tras cada una de las eucaristías del tiempo litúrgico navideño, pasan a besar y adorar la imagen del pequeño Jesús durmiente, al igual que san Francisco hizo, simbolizando así la «esperanza» de que el Mesías Niño despierte al recibir el calor y afecto del alma del fiel.

UN BELÉN COMPLETO

El belén es la representación de los principales hechos de la Natividad de Jesús, realizada con figuras móviles, enmarcadas dentro de un escenario. Cada uno de los sucesos reproducidos tiene como fin

trasladar una enseñanza, o motivo de meditación, al devoto, por lo que realmente se trata de una catequesis.

Los belenes han ido sumando escenas a lo largo de sus más de setecientos años de historia, inspirándose tanto en los Evangelios canónicos como en los apócrifos. Algunas de las composiciones son comunes en todas estas creaciones, y otras, más peculiares, solamente se dan en determinados países. Para que un belén sea completo no debe faltar: la anunciación del arcángel san Gabriel a María, comunicándole que va a ser la madre del Redentor; la visitación de María a su prima santa Isabel, para prestarle su ayuda durante el embarazo de esta última; el portal de Belén, más conocido como el Nacimiento; el anuncio del ángel a los pastores; la adoración de los Magos; la matanza de los inocentes y la huida a Egipto.

Típicas de los belenes españoles son las escenas de los desposorios de san José y María, la petición de posada en Belén, el Niño y su madre en la fuente de la vida, o la carpintería de Nazaret, un elemento pasional, ya que en ella se encuentra presente la madera, material a partir del que se elaborará la cruz, o los clavos, con los que un joven Jesús aparece jugando o hiriéndose sin querer. Como referencia a la Pasión también aparece la calavera, situada distraídamente en algún punto del escenario.

Igualmente, tienen cabida grupos populares de diferentes regiones españolas, que introducen al pueblo dentro del acontecimiento. Son frecuentes los aguadores, castañeras, pescadores, panaderos, lavanderas u otros personajes. Cada uno de ellos suele ir vestido con el traje típico de su provincia.

LAS REPRESENTACIONES DE LA NATIVIDAD Y SUS REVELADORES PERSONAJES

Uno de los aspectos más desconocidos y, sin embargo, más atractivos de las representaciones medievales de la Natividad es el de su simbolismo. El símbolo, en sí mismo, es un signo (una palabra, figuración, fenómeno natural...), que representa algo directa o indirectamente. En el caso que nos ocupa, eran una serie de imágenes, las del belén, que servían para trasladar un mensaje que el común de los hombres del Medievo comprendía perfectamente, pues el símbolo tiene la capacidad de desvelar el sentido profundo que se transmite por medio de lo representado. En el mundo medieval, la iconografía sobre el Nacimiento de Jesús se hallaba menos delimitada que en la actualidad. Sus artistas, contrariamente a lo que se cree, gozaban de una total libertad para la creación, gracias a lo cual generaron obras pictóricas y escultóricas de gran variedad en la figuración y de un simbolismo tan pródigo en significados y mensajes como no se ha conocido en ningún otro momento de la historia. Tal fue la riqueza del espíritu medieval.

Ya hemos visto anteriormente cómo el primer elemento del Belén en hacer su aparición en los hogares y templos cristianos fue la cuna, o pesebre, que acogió a Jesús. Tiempo después se colocó la imagen del propio pequeño, siendo muy antiguas las primeras representaciones de este, y de finales del siglo XII o inicios del XIII las primeras tallas de bulto redondo. La importancia que los franciscanos tuvieron en la difusión de la devoción al Niño durmiente la hemos comentado páginas atrás. No así la costumbre, muy extendida entre los muros de las clausuras femeninas, sobre todo las dominicas, de que las novicias llevaran consigo una imagen de cera del Niño Dios en el momento de entrar en el cenobio. Llegado el tiempo litúrgico del Adviento, además de efectuar los ayunos y ejercicios espirituales correspondientes, las jóvenes

dedicaban una especial atención a las citadas figurillas, a las que acunaban y cuidaban como si del propio Niño Jesús se tratase, materializando así los preparativos que el alma efectuaba para acoger el nacimiento de su Señor.

Volviendo de nuevo a los belenes, es preciso hablar en segundo lugar, pues aparecieron antes que José y María, del buey y la mula, o el asno en ocasiones, en consonancia con la profecía del profeta Isaías: «El buey conocerá su dueño y el asno el pesebre del Señor. Israel no conoce, mi pueblo no discierne» (Isaías 1, 3).

Ambas acémilas adquirieron en poco tiempo un poderoso valor simbólico, tanto por su carácter como por los hechos que de este se derivaban. La mula, animal estéril y terco por excelencia, encarnó al pueblo de Israel, aquel que desde la perspectiva cristiana fue incapaz de reconocer al Mesías aun habitando entre ellos, y le llevó a la muerte; y todavía tiempo después, pertinaz en su falta y pese a todas las señales, en plena Edad Media seguía sin hacerlo. De aquí el que la mula, en las representaciones propias de este tiempo, frecuentemente negase su aliento al Niño Dios, comiese la paja del pesebre que le servía de acomodo o incluso apareciese coceando y mordiendo al pequeño. En contraste con esta, el buey, bruto de condición mansa, trabajadora y obediente, personificaba a la Iglesia, que se inclina y sirve a su Señor, por lo que el animal aparecía protegiendo al Niño, ofreciéndole su cálido aliento^[18]. Algunos mosaicos del siglo v ya muestran este antagonismo teológico entre ambas bestias, así como un gran número de obras medievales, entre otras el códice de *La Grande e General Estoria* del Real Monasterio de El Escorial.



Fragmento correspondiente al códice de *La Grande e General Estoria* (s. XIII) del Real Monasterio de El Escorial. En él se recoge una ilustración en la que podemos ver a la mula, que representa al pueblo judío, mordiendo al Niño Jesús.

El siguiente personaje en materializarse en las figuraciones de la Natividad, y uno de los más destacados, fue la Virgen María, que a diferencia de lo que pasó con su esposo José, gozó prácticamente desde los inicios de su representación de características bien definidas. Tal y como cantaban los poetas castellanos en la Edad Media, la juventud y majestuosidad eran dos de las cualidades que adornaban a su Señora, exteriorizando la belleza de su alma. Tras las primeras manifestaciones artísticas medievales de María, que partían de rígidos modelos bizantinos, como la *Theotokos* —o la Virgen como trono del Niño—, la citada imagen adquirió expresiones más elaboradas, y populares, tanto en sus vestiduras como en sus poses y actitudes.



BOTTICELLI, Sandro. *Natividad mística* (1501). En esta obra que representa el nacimiento de Jesús, destaca la actitud orante de María, contemplando a su hijo, la mula comiéndose la paja del pesebre y la pose malhumorada de José. Tres mensajes evidentes en las obras navideñas medievales.

Antes del siglo XIV, María aparece postrada, indicando así que el parto acaba de tener lugar. A partir de estas fechas, y en buena medida gracias a las revelaciones de santa Brígida de Suecia (1303-1373), que incidiendo en la aceptada virginidad de María, había declarado que el alumbramiento de Jesús se había producido con la

limpieza con la que la luz atraviesa un cristal, esto es, sin dañar la pureza de su madre, la postura de la Virgen se modificó y pasó a dominar la actitud orante o contemplativa de su hijo, que se halla recostado en el manto materno. Un buen ejemplo de tales escenas lo encontramos en el retablo de la iglesia de Báscones de Valdivia (Palencia), o en la famosa *Adoración de Magos*, de la parroquia del Salvador, en Cifuentes (Guadalajara), realizada en Flandes a finales del siglo xv.

Pero si hay una figura realmente rica en formas de representación, y por tanto de significados, ese es san José, el carpintero de Nazaret, pese a aparecer casi en último lugar en el portal, después de las acémilas, María e incluso los ángeles. La información histórica que sobre el padre legal de Jesús tenemos es muy escasa, tratándose apenas de algunas referencias en los Evangelios:

En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

San Lucas 1, 26-27

Desde hace siglos la primera de las características que llaman la atención de san José es su avanzada edad, más aún en comparación con su esposa María. Estas imágenes hunden sus raíces en el mundo bizantino, y en la propia Edad Media, y pese a que en realidad no se conocía, ni entonces ni hoy, la edad real del carpintero de Nazaret, su representación avejentada conllevaba una intención clara: demostrar que este anciano no podía ser el padre biológico de Jesús, dada ya su prolecta vida. Simultáneamente, y en ciertas obras, su aspecto desentona todavía con mayor fuerza, dado que frente al porte regio y majestuoso de su joven esposa el marido era caracterizado con rasgos acusados de llaneza, asemejándose a un plebeyo o campesino, o cuando menos a un criado de la casa.

En algunas otras obras se destaca el carácter hebreo y la incompreensión del personaje en relación a los hechos que está viviendo. En las primeras representaciones de la Natividad, en las que se retrata a san José, allá por el siglo vi, este aparece ataviado con un sombrero típicamente judío, personificando así la sinagoga o el viejo credo de Israel, que no reconoce al Mesías. De manera ocasional, a su lado se colocaba al profeta Isaías, que le explica con paciencia las escrituras y el misterio del nacimiento virginal de Jesús. Especialmente llamativas son las pinturas o tallas en las que un José malhumorado, y en segundo plano, da la espalda al pesebre y al resto de protagonistas del Nacimiento, que le recuerdan su deshonor. Artistas como Juan de Flandes, en la tabla de la Epifanía de Cervera de Pisuerga, o aquel autor anónimo que realizó el Belén de Carrión de los Condes efectuaron trabajos de estas características.

Hemos podido comprobar que, iconográficamente, buena parte de los artistas del Medievo no trataron bien a san José. El deseo de ensalzar la belleza y bondad de María, así como la condición de primera creyente de esta, y el atrevimiento de su

esoso al dudar de ella (Mt 1, 19-24), condenaron al bueno de José a convertirse en todo aquello que más distara o se opusiera a las extraordinarias cualidades marianas.

Ahora bien, hacia finales de la Edad Media, nuestro personaje varió sustancialmente, y presentó actitudes más activas, serviciales y que evidenciaban su aceptación del misterio de la Encarnación. Así, en determinadas creaciones, mientras María permanece junto al Niño, en actitud contemplativa, José prepara sopas al pequeño, lava las sábanas del mismo, realiza tareas domésticas o incluso llega a trocear sus propios pantalones con el fin de hacer de ellos pañales para el recién nacido. Su retrato, en algunos momentos descalzo, indica una comprensión total de lo que en el establo está aconteciendo, y ante el momento sagrado que vive actúa como lo hizo Moisés en presencia de Yahvé: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada» (Éxodo 3, 5). Tiempo después, ya en el siglo XVI, santa Teresa contribuyó enormemente a la reivindicación de la figura de san José, al hacerle patrón de la orden carmelita reformada, con lo que su apariencia será rejuvenecida, su rostro dotado de alegría y su persona incorporada plenamente a la acción principal que se desarrolla.



Relieve de la Adoración de los Magos, de finales del siglo XV. Parroquia de San Salvador, en Cifuentes (Guadalajara). Obsérvese cómo un anciano san José da la espalda a la escena principal, pues la Natividad de Jesús constituye una afirmación de su deshonra.

En definitiva, para los hombres de la época los belenes constituían mucho más que unas meras representaciones plásticas de los misterios de la Navidad. Eran motivo de meditación y de identificación con los personajes que en ellos aparecían y con las enseñanzas transmitidas a través de sus escenas: la necesidad de ser fieles a

Dios, como el propio buey lo había sido; de servir a los más necesitados, como María lo había hecho con su prima Isabel; o de aceptar el misterio que suponía un dios humilde, como los propios Magos lo habían aceptado, entre otros aprendizajes. En los belenes se encontraban modelos a imitar y comportamientos a rechazar; en conclusión, algo muy relacionado con ellos mismos y que les hablaba de su propia vida espiritual.

SERPIENTES, OVEJAS, GITANAS Y ÁNGELES

Tradicionalmente, los belenes españoles han contado con estos cuatro personajes. La serpiente, que representa a aquella del Paraíso, que llevó a Adán y Eva al pecado, simbolizando la caída del hombre. Las ovejas, omnipresentes durante siglos en la mayor parte de nuestra geografía, que encarnan al pueblo de Dios guiado por el Buen Pastor, que no es otro que el niño que nace en el Belén. Las gitanas, por su parte, gracias al don que desde hace siglos se les ha atribuido para ver el futuro, personifican a las sibilas romanas que anunciaron el nacimiento del Niño Dios. Por último, los ángeles, los anunciadores de la buena noticia del nacimiento del Redentor, que frecuentemente aparecen tocando instrumentos cuya melodía acuna al Niño para que duerma y descanse de sus sufrimientos. Se abunda así en la metáfora del sueño, muy presente en los belenes y usanzas navideñas. No es casualidad que los primeros villancicos que se compusieron, hacia finales de la Edad Media, fuesen nanas o canciones de cuna.

Grandes protagonistas de la Navidad medieval

Del siglo XIII al siglo XV

LOS REYES MAGOS Y SU LARGO CAMINO DE REELABORACIÓN: DE ORIENTE A COLONIA

Hace ya algunos capítulos hemos visto la importancia y desarrollo que adquirió, durante los últimos siglos del Imperio romano, la figura y devoción a san Nicolás. Ciertamente, el culto a los Magos surgió en este mismo tiempo histórico, llegando a dominar de forma exclusiva la popular fiesta de la Epifanía, que con tantas celebraciones destacadas contaba en sus inicios. Ahora bien, si la conmemoración del obispo de Myra creció y se difundió durante los siglos finales del Imperio romano de manera especial, el tiempo de los Magos de Oriente en este sentido fue la Edad Media, en la que el interés por su historia, la definición de sus rasgos y atributos, el gusto por su representación y la piedad que despertaban crecieron extraordinariamente.

El largo camino de definición vivido por sus majestades de Oriente

La dificultad para determinar las características más importantes de personalidades tan destacadas, en los primeros momentos de la vida de Jesús, se encuentra en buena medida en la escasez de datos que ofrecen los Evangelios con respecto a estas:

Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? [...] y llegando a la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron y, abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra.

Mateo 2, 1-11

Prácticamente lo único preciso era el punto cardinal desde el que llegaron las ofrendas realizadas, y su actitud de reconocer en el pequeño Jesús al Mesías de la humanidad. Esta última cuestión, la del sentido de su visita y adoración, fue la que dotó desde los primeros siglos del cristianismo de tal trascendencia a los Magos, ya que representaban, tal y como siguen haciéndolo en la actualidad para los fieles cristianos, a los gentiles buscadores de la verdad, aquellos hombres que sin ser judíos descubrieron en Jesús no sólo al Mesías esperado por el pueblo de Israel, sino al Redentor de los hombres, ante el que habían de postrarse. De aquí que la festividad de la Epifanía, o «manifestación», fuese finalmente dominada por estas tres figuras a las que Dios, siendo tan sólo un niño, ya se reveló, y no por el bautismo de Jesús o

por el milagro de las bodas de Caná, tal y como sucedía en la Antigüedad.

Pero, aunque la significación de la solemnidad fuese evidente, faltaban muchos aspectos por desvelar: su origen, edades, formación, sabiduría, relación entre ellos, caminos tomados después de los hechos acontecidos en Belén... A tal labor se aplicaron teólogos y exégetas desde muy pronto, elaborando gran cantidad de teorías sobre estos y otros interrogantes. Las respuestas encontradas, es decir, los significados que se atribuyeron a los diferentes rasgos de sus personas, y el sentido que a tales personajes se dio se confeccionaron contando con los datos de los que se disponía en la época: relatos de viajes, textos literarios, históricos, etc., hilvanados ora desde la reflexión, ora desde la devoción, como consecuencia de la propia fe de sus autores y como un servicio hecho a esa misma confesión, con lo que al paso de los siglos la imagen histórica de los tres monarcas fue pasando a un segundo plano frente a sus aspectos simbólicos y religiosos, que cobraron todo el protagonismo.

Uno de los primeros interrogantes que se resolvió fue el de su número, que no consta en los Evangelios canónicos. Durante las primeras centurias de vida de la Iglesia, y dada la ausencia de informaciones en este punto, la cifra de monarcas fluctuó entre dos y varias docenas, según podemos contemplar en algunas obras tardorromanas. Fue Orígenes, estudioso de la escritura del siglo II, quien tempranamente concluyó que eran tres los personajes llegados hasta Belén, pues parecía lógico pensar que el número de ofrendas presentadas a Jesús debía corresponder con la misma cantidad de oferentes.

Un aspecto oscuro, al que pronto se dio solución, fue el de su condición de magos, ya que la magia estaba claramente prohibida en la Biblia y resultaba escandaloso que algunos de los primeros hombres en inclinarse ante el Niño Dios fueran nigromantes. En esta ocasión fue el escritor Tertuliano el que ya en el siglo III en su obra *Contra Marción* advertía de que los tres sabios eran considerados en Oriente casi como reyes, argumento que apareció de nuevo a mediados del siglo VI, bien afianzado y apasionadamente defendido por figuras de la talla del arzobispo Cesáreo de Arlés (470-542). La liturgia propia del día de la Epifanía no tardó en adaptarse a esta reflexión, por lo que en poco tiempo la condición monárquica de los tres hombres primó por encima de su carácter mágico.

El proceso de elaboración de las características e imagen de los Magos continuó, y hacia mediados del siglo V el papa León I, en sus celebrados sermones navideños, retrataba en cierto modo el «estado de la cuestión». El pontífice insistía en la importancia que tenía la fiesta de la Epifanía, celebrada el 6 de enero, y advertía que pese a algunas costumbres debía ser la única oficiada en la liturgia de aquel día. En esta misma línea, en el año 447 escribía una carta a los obispos sicilianos en la que les recriminaba su costumbre de celebrar el bautismo de los catecúmenos en la citada fecha, señalándoles que esta jornada debía ser preservada exclusivamente para la fiesta de los tres reyes. También, en sus prédicas, remarcaba el rasgo esencial de la solemnidad, esto es, el significado que revestía el que estos hombres, ajenos al pueblo

de Israel, se presentasen ante Jesús en sus primeros momentos de vida y le adorasen: el sentido universal del Evangelio y la misión redentora de Cristo para toda la humanidad, no sólo para el pueblo elegido. Tengamos presente que el cristianismo aún se hallaba en plena expansión y no había llegado a muchas regiones de Europa. Por último, llama la atención que el papa León hable ya del valor de las ofrendas reales, en íntima correspondencia con la triple condición de Jesús. A este se le ofreció oro, pues era rey; incienso por tratarse de Dios, y mirra por ser un hombre que además había de morir joven. Tal sustancia se empleaba habitualmente en los procesos de tratamiento de los cadáveres, antes de ser inhumados.

Dos testimonios del siglo VI nos indican que para esta centuria los conceptos expuestos ya habían penetrado, al menos en buena parte de la Iglesia y por tanto de la sociedad latina. El primero de ellos es el *Evangelio armenio de la infancia de Jesús*, texto apócrifo, no admitido por la Iglesia, pero con una notable peculiaridad, los nombres de los tres monarcas, que no aparecen en la obra de san Mateo:

Los Reyes Magos eran tres hermanos: Melkón, el primero, que reinaba sobre los persas; después Baltasar, que reinaba sobre los indios, y el tercero, Gaspar, que tenía en posesión el país de los árabes.

Evangelio armenio de la infancia de Jesús

Hemos de decir que estos nombres no fueron los únicos barajados durante el proceso de definición de los Magos, pues diversos autores y tradiciones habían dado otros, e incluso señalado diferentes procedencias, aunque en Occidente prevaleció la información dada por el texto armenio. Por otra parte, y como en el mismo fragmento podemos observar, tanto el número de los reyes como su condición real estaban en plena consonancia con las reflexiones de Orígenes y Tertuliano.

El segundo de los testimonios es el famoso mosaico bizantino de la basílica de san Apolinar el Nuevo (Rávena, Italia), realizado el año 520. En él se representa a los tres Magos como hombres de raza blanca, vestidos a la usanza persa, con diferentes edades y portando sus presentes, bajo un encabezamiento en el que aparecen sus nombres. Tal y como señalaba en sus escritos el famoso monje anglosajón Beda el Venerable (673-735), Melchor, el más anciano, portaba oro; Gaspar, hombre maduro, incienso, y Baltasar, en plena juventud, mirra. Sus edades, las tres del hombre, juventud, madurez y vejez, indicaban que cualquier momento de la vida era bueno para postrarse ante Dios.



Mosaico de los Reyes Magos (año 520). Basílica de San Apolinar el Nuevo de Rávena, Italia. Destaca en esta obra que pese a su antigüedad ya se hallan definidas las edades de los Magos y sus nombres.

Aún habrían de pasar varios siglos para determinar definitivamente sus razas. En el siglo VI, y por ende en la Antigüedad, tal y como hemos visto en el mosaico señalado, se consideraba que los tres Magos eran blancos, algo que no encaja con nuestra visión actual. En la definición y consolidación de este aspecto, así como en el desarrollo de la devoción y espiritualidad en torno a los tres sabios, tuvo gran importancia el libro titulado *Excerptiones patrum, collectanea et flores*, del ya citado Beda el Venerable, redactado teóricamente en el siglo VIII, aunque algunos estudios lo datan en el siglo XII. Gracias a este texto se consagraron definitivamente aspectos tales como los nombres, las edades, el color de los vestidos o el sentido de los presentes, entre otros.



Tríptico de Covarrubias (Burgos), siglo XV. En esta Adoración de los Magos aparece ya el rey Baltasar como un hombre de raza negra, muestra de la universalidad del mensaje cristiano. Destaca en el monarca una cruz al cuello, signo pasional que prefigura el destino de Jesús.

En cuanto al significado de los regalos entregados por los Magos de Oriente, el libro coincidía plenamente con lo expuesto por León I en sus homilías, ahondando luego en el asunto y valor de su origen. Los Magos procedían, según la misma obra, de los continentes conocidos en la época, y que fueron habitados por cada una de las tres estirpes de descendientes de Noé: Asia, poblado por la familia de Sem; Europa, ocupado por la de Jafet, y África, en el que se asentaron Cam y sus descendientes. Esta visión tardó en penetrar en la iconografía cristiana; de hecho hemos de esperar al siglo xv, momento en el que Europa comienza a interesarse por la exploración costera de África, para ver la transformación de uno de estos personajes en un hombre de raza negra, con el fin de señalar así la proyección universal del mensaje cristiano, que no distinguía entre edades o etnias. Entre las primeras obras que adoptaron la nueva raza destacan el célebre Tríptico de Covarrubias (Burgos), del siglo xv, o en el magnífico trío de Reyes Magos de Melgar de Fernamental (Burgos), de la misma época.



FERNANDES, Vasco. *Adoración de los Magos*, (1504). Catedral de Viseu, Portugal. En el deseo de mostrar que el mensaje de Jesús era para todas las razas del mundo, a partir del descubrimiento de América en algunas obras se retrata a la nueva raza, representada en un cuarto rey mago con rasgos amazónicos.

El mismo proceso se dio en los primeros momentos del descubrimiento de América. Los tres reyes, como representantes de toda la humanidad, se convirtieron, temporalmente y sólo en algunas obras, en cuatro. Una de ellas es la que se realizó para el retablo mayor de la catedral de Viseu (Portugal), donde Vasco Fernandes, autor de la *Adoración de los Magos* (1504), retrata junto a las tres figuras tradicionales a un cuarto Rey Mago, tocado con un penacho de plumas multicolores y portando una larga azagaya amazónica en sus manos.

Las valiosas reliquias de los Reyes Magos, objetos del fervor general

Una vez bien definidos, el fervor por los tres monarcas de Oriente no hizo sino crecer

a lo largo de todo el Medievo. A la preocupación por resolver cuantas dudas suscitaban sus personas, signo del interés que despertaban en la cristiandad, se suma la atención que teólogos, exégetas, pontífices, etc., les prestaron en sus obras y predicaciones. No es casualidad que durante el período medieval el tema de la adoración de los Magos fuese el más representado en el arte, junto con el de la Natividad.

Ahora bien, siendo importantes los aspectos hasta aquí tratados en torno a la figura de los reyes, para el auge de su popularidad y devoción les dio un trascendental impulso, ya en el siglo XII, la reaparición de sus restos o reliquias, que les conferían un nuevo protagonismo. Su historia desde que salieron de Belén sin avisar a Herodes del hallazgo del Niño (Mt 2, 12), según una leyenda medieval, les llevó hasta la ciudad de Tarso (Tarsus Çayi, Mersin, Turquía), en la antigua provincia romana de Cilicia, desde la que se embarcaron hacia la India donde años después el apóstol santo Tomás les bautizó y les consagró como obispos, tras lo cual dedicaron sus vidas a la evangelización. A su muerte fueron enterrados juntos en la población de Sava, la actual Saveh, cerca de Teherán (Irán). Mucho tiempo después, ya en el siglo IV, la emperatriz santa Helena hizo llevar sus restos a Constantinopla, donde reposaron hasta la llegada de san Eustorgio.

Este sacerdote fue hombre de reconocidas virtudes y obispo (343-349) electo de la diócesis de Mediolanum (Milán, Italia), tras la muerte del carismático san Ambrosio. Para ser ratificado en el cargo viajó a Constantinopla, donde el emperador Constantino le confirmó en su puesto. Tras concluir con éxito este trámite, solicitó al soberano que le permitiese llevarse los restos de los Magos de Oriente, que la emperatriz santa Helena había depositado en la capital. Constantino consintió en el traslado y, tras un viaje no exento de prodigios, el nuevo obispo de Milán los instaló dentro de un único sarcófago, en la parroquia que él mismo tutelaba y que años más tarde llevaría su nombre.

Tiempo después, la catedral de san Giorgio acogió los sagrados restos, pero en cualquier caso fue en Milán donde reposaron hasta el año 1158, cuando el emperador germano Federico Barbarroja (1152-1190) atacó y saqueó Milán en el transcurso del conflicto entre el emperador y el papa Adriano IV (1154-1159). En pleno pillaje de la ciudad, el archicanciller imperial Raynaud de Dassel, que era a la par arzobispo de Colonia (Alemania), se dirigió a la catedral, con el objetivo de apoderarse de las valiosas reliquias y trasladarlas a su ciudad, y así lo hizo. Para albergar como se merecían tan destacados restos, en el siglo XIII se levantó una catedral denominada de los Tres Reyes de Colonia, en la que aún hoy se encuentran depositados sus cuerpos.



Catedral de Colonia (Alemania), siglo XIII. Templo conocido como la catedral de los Tres Reyes Magos y dedicado a ellos, que alberga los restos de los santos monarcas, una vez arrebatados a Milán por el emperador Federico Barbarroja.

De poco sirve que comentemos ahora la polémica y el abanico de teorías acerca de si los restos habían sido olvidados, confundidos o conscientemente silenciados en las fuentes italianas, así como las causas del trato y la difusión que recibieron después por parte de sus nuevos depositarios en Alemania. Lo único cierto por el momento es que para los hombres del Medievo los cuerpos de Melchor, Gaspar y Baltasar se hallaban en la citada catedral de los Tres Reyes, hasta donde muchos peregrinos se acercaban a rendirles culto. En torno a las reliquias pronto surgieron leyendas, como la que protagonizó un abad cisterciense español, procedente de Castilla, Pedro de Gumiel, que tuvo el privilegio de quedarse a solas, y en silencio, dentro de la catedral frente al sarcófago que albergaba los sagrados restos. Al salir de allí, aseguró haber oído claramente música de flauta y un relinchar de animosos caballos, que procedía del interior de la tumba.

Sin embargo, no era esta la única noticia que se tenía acerca de la última morada de los Magos. El famoso viajero Marco Polo, cuyo libro de *Viajes*, también conocido como *Libro de las maravillas*, gozó de enorme popularidad desde el momento de su publicación, elata que a finales del siglo XIII fueron descubiertos los cuerpos

incorruptos de los Tres Reyes Magos en la mencionada ciudad persa de Sava, información que encaja con la historia del traslado de las reliquias que efectuó santa Helena, en el siglo IV. Él mismo decía haber visitado la tumba:

En Persia se halla la ciudad de Sava, de donde partieron los tres Reyes Magos cuando vinieron a adorar a Jesucristo. En esta ciudad están enterrados en tres grandes y magníficos sepulcros. Encima de los cenotafios hay un templete cuadrado, muy bien labrado. Estos sepulcros se hallan el uno junto al otro. Los cuerpos de los Reyes están intactos, con sus barbas y sus cabellos. El uno se llamaba Baltasar, el otro Gaspar y el tercero Melchor.

Marco Polo, *Libro de las maravillas*, XXXI

Como puede verse los datos ofrecidos son contradictorios. Por un lado el veneciano Marco Polo hablaba en presente, como si los cuerpos estuvieran allí todavía; sin embargo se refería a un cenotafio, o sea, una «tumba vacía». Esta información, debatida también en la actualidad, hay que encuadrarla a juicio de algunos historiadores en el panorama político de finales del siglo XIII, donde los enfrentamientos entre ciudades italianas —Milán y Venecia en este caso— eran frecuentes; y tanto entre ellas como con el propio Imperio germánico, que había arrebatado las sagradas reliquias y al que merecía la pena ningunear con informaciones de este tipo. Muy posiblemente estamos ante un juicio demasiado actual, propio de nuestra mentalidad contemporánea, habituada a propagandas y opiniones públicas.

A pesar de lo dicho, ciertamente había intereses, pero en este caso iban en la dirección de hacer sonar la noticia del traslado de los cuerpos. La principal beneficiaria era la propia realeza alemana, que promovió enérgicamente el culto a los tres monarcas sabios, con los que se «entroncaba» directamente, subrayando de este modo el carácter sagrado del Imperio. Y así, la fiesta de la Epifanía se convirtió en la fecha predilecta y oficial para la coronación de reyes y emperadores germanos. Sirva como ejemplo el caso de Enrique, conde de Luxemburgo (1308-1313), consagrado el 6 de enero de 1309 en Aquisgrán (Renania del Norte-Westfalia, Alemania) como rey de Alemania; y el mismo día, dos años más tarde, en Milán como rey de Italia. El tres veces rey germano, que ceñía las coronas de Borgoña, Italia y Alemania, se veía así reflejado en aquellos santos monarcas y en sus tres coronas, pues consagrado por Dios como emperador era vasallo de este, al igual que aquellos tres hombres lo habían sido desde su nacimiento en Belén. Por ello los emperadores alemanes, al arrodillarse frente al altar de la catedral el día de la Epifanía, en el día de su coronación, repetían lo que habían hecho los Reyes Magos. Como soberanos que eran ellos mismos, los tomaban como patronos y les imitaban como modelo perfecto de monarca, al postrarse ante el Niño y reconocer la divinidad de Jesús.



Sarcófago que acoge los restos de los Reyes Magos, depositados en la catedral de Colonia (Alemania).

SAN NICOLÁS Y SU CRECIENTE DEVOCIÓN EN EL MEDIEVO

A lo largo del Medievo el fervor por la figura de san Nicolás creció extraordinariamente, como en realidad no había dejado de hacerlo desde el momento de su muerte. Ya hemos dicho que fue venerado muy pronto en el Imperio bizantino, en Grecia y en general en el mundo católico oriental. Su culto en Occidente se inició en Alemania, gracias al matrimonio del emperador Otón II el Rojo (967-983) con la princesa bizantina Teofanía, en el año 972. En este mismo siglo x, los vikingos, pueblo navegante por antonomasia, lo adoptaron como santo protector, introduciendo su devoción en Rusia, donde se convirtió en patrón del país.

Su popularidad era tal que su propio cuerpo se convirtió en una mercancía valiosa, por lo que unos comerciantes del sur de Italia lo robaron en el año 1087 de la catedral de Myra, trasladándolo a Bari (Apulia, Italia) donde de nuevo se le dio sepultura en la catedral de san Esteban el 9 de mayo del mismo año, aunque no sin antes vender buena parte de sus restos como reliquias. Hasta mediados del siglo XIII la fiesta del santo se celebró en primavera; sin embargo, a partir de esta fecha se trasladó al 6 de diciembre, asociándola con la entrega de regalos a los niños por parte de este prelado que recorría en burro los pueblos y ciudades.

Para esta misma centuria, san Nicolás era ya patrón de Ámsterdam y repartía presentes entre los niños la noche del 5 al 6 de diciembre, fecha de su festividad hasta el siglo XVII, en el que esta se trasladó al día 25 del mes. A lo largo del siglo XIV, los muchachos que formaban parte de los coros de las veintitrés iglesias dedicadas al santo en los Países Bajos gozaban de la prerrogativa de ganar cierta cantidad de dinero, así como de descansar el día del venerado patrón. Unos años después, llegada tal celebración en las escuelas monásticas los alumnos eran recompensados, o castigados, por un profesor vestido de anciano y venerable obispo Nicolás. Tocado con su mitra, y portando un báculo, procedía a repartir los regalos que guardaba en un

abultado saco entre la mayor parte de sus alumnos, así como algún que otro varapalo a los estudiantes más revoltosos con las varillas que sujetaba en la otra mano. Sin lugar a dudas, fueron los muchachos los que sirvieron de vehículo de esta tradición al llevarla a sus propios hogares.

Pero fue en estos siglos medievales cuando el santo sufrió un proceso de metamorfosis, al unirse la imagen del obispo de Myra con leyendas locales y figuras paganas estrechamente vinculadas al renacimiento vegetal. Así comenzó a ser identificado y a tomar atributos del Padre Invierno de los escandinavos, de los generosos ancianos Knecht Ruprecht y Berchta de los germanos o de los diferentes gnomos y espíritus de la naturaleza de los celtas. Habitualmente, estos seres no sólo tenían una función simbólica en sus culturas, sino que agasajaban a los niños con regalos llegado el invierno o el Año Nuevo, tal y como sabemos que hacía ya san Nicolás desde mediados del siglo XIII durante la noche del 5 al 6 de diciembre. Fruto de este proceso nacieron los míticos Kolya en Rusia; Niklás en Austria y en los cantones suizos alemanes; Svaty Mikulas en Chequia y Eslovaquia; Sinter Klaas en los Países Bajos o Father Christmas en Gran Bretaña, entre otros muchos de diversos lugares.



Postal antigua en la que aparece san Nicolás tal y como se le representa en Holanda, vestido de obispo de edad avanzada.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD, UN PROTAGONISTA MATERIAL

Es complicado determinar dónde arranca y cuándo el árbol de Navidad. Las noticias directas son pocas y las costumbres precristianas relacionadas con los árboles y los bosques tantas que los estudiosos no se ponen de acuerdo. Sin embargo, en lo que todos parecen coincidir es en su origen pagano, muy ligado a las celebraciones del solsticio de invierno y al «combate» contra la muerte que este suponía para la naturaleza.

Hemos citado ya en el apartado relacionado con la tradición de colocar pesebres, al inicio de esta parte del libro, la gran importancia que las culturas precristianas

concedían a la madera como símbolo de vida, pues en su interior se hallaba luz y calor. Prácticamente todos los pueblos de Europa, pero especialmente los del Norte, creían, aún en la Edad Media, que dentro de cada árbol habitaba un espíritu y que llegado el otoño, cuando el árbol, habitualmente un roble, perdía sus hojas era porque el espíritu había abandonado su seno. Era común el que tales seres fuesen considerados benéficos, por lo que una vez al año los campesinos se dirigían al bosque con obsequios que depositaban al pie de los árboles, pidiendo a sus moradores protección para ellos, sus familias, ganados y cosechas. Llegado el solsticio de invierno, cuando los días comenzaban a alargarse, aquellos hombres adornaban con cintas, piedras de colores u hojas verdes las desnudas ramas del roble, en un intento de animar así el retorno del espíritu arbóreo, el rebrote de la planta y, en general, una nueva floración de la naturaleza.

Pero, además, las plantas y árboles de hoja perenne eran estimados como auténticos amuletos contra la mala suerte, las brujas o los demonios. Las acículas del boj, el enebro, la píceo, el alerce, el acebo, el pino o el abeto servían de auténticos escudos contra estos seres maléficis. Y no era solamente su capacidad para herir o pinchar, sino su color. El verde es el signo de la vida en la naturaleza, tono propio de la primavera y el verano frente a los colores apagados del invierno. Los árboles y arbustos perennifolios simbolizaban el triunfo de la existencia. El escritor John Stow, en una de sus obras, nos ofrece una imagen de Londres en el siglo xv, en tiempo de Navidad. La importancia que sus habitantes concedían a estos elementos de la naturaleza, como amuletos ante el mal y propiciadores de un buen año, es muy evidente.

Durante la Navidad, todas las casas, así como las iglesias parroquiales, se engalanaban con acebo, hiedra, laurel y cualquier planta verde que se encontrase en aquella época del año. En la calle, las fuentes y los postes estaban adornados del mismo modo.

John Stow, *The Survey of London*, 1598

La integración de estos signos favorecedores dentro del mundo cristiano debió de ser sencilla. Cuenta una historia que san Bonifacio (680-754), el evangelizador de Alemania, al observar la devoción que por un árbol determinado tenían los habitantes del norte de Europa, tomó un hacha y lo cortó. Este representaba al Yggdrasil, el gran árbol del universo de la mitología nórdica, en cuya copa moraban los dioses, en el Asgard, al contrario que en sus raíces, donde se encontraba el Helheim o reino de los muertos. San Bonifacio plantó en su lugar un pino, árbol de hoja perenne dotado de los significados que ya hemos comentado, adornándolo con manzanas y velas, que representaban el pecado original y la redención de Cristo, respectivamente.

Sabemos que en pleno Medievo el 24 de diciembre era el día de Adán y Eva, y que las gentes del pueblo, o quizás un grupo de actores o clérigos, representaban la historia del Jardín del Edén que se narra en el Génesis (2, 17-23). Antes de la función, los actores recorrían la ciudad, junto con «Adán», llevando consigo un árbol

adornado con manzanas, el Árbol de la Vida. El alzamiento del Árbol del Paraíso en la jornada previa a la Navidad se generalizó rápidamente. Las manzanas que colgaban recordaban el fruto que Eva ofreció a su compañero, según el relato bíblico. Llegada la noche, y tras la celebración de la Misa del Gallo, el árbol del pecado se convertía en árbol de la salvación pues, una vez había comenzado la Navidad, las ramas se iluminaban con velas. Cristo, como nuevo Adán, había inaugurado una nueva humanidad, transformando la muerte en vida y la oscuridad en luz. El árbol se remataba con la estrella de Belén, un signo más de la luz que brilló y condujo en la oscuridad a pastores y Magos hasta el portal de Belén.

Algunos estudiosos hablan de triunfo del abeto frente al roble gracias a su forma triangular, que evocaba la Santísima Trinidad. El vértice superior recordaría a Dios Padre y los dos inferiores a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Otros, simplemente, consideran que el abeto se extendió debido a razones históricas que veremos más adelante.

En cualquier caso, a mediados del siglo VIII se cortó en Alemania el primer abeto al que se denominó «Árbol del niño Jesús» como un elemento más de las celebraciones navideñas. De él se colgaban dulces y manzanas principalmente, siendo la primera noticia escrita del «Árbol de Navidad» del año 1184, en Alsacia. Algunos otros estudiosos dicen que, plenamente definido, con sus frutas y luces de adorno, apareció en esta misma región europea en el siglo XIV y se difundió paulatinamente por Alemania. Las bolas de colores y la colocación del belén a sus pies llegarán siglos después.

LA ESTRELLA DE NAVIDAD

Tradicionalmente la estrella que se coloca en los abetos de Navidad, y en los belenes, se representa como un cometa, esto es, como astro con cabeza y cola y no como una sencilla luminaria con cierto número de puntas. El fenómeno celeste constatado que tuvo lugar entre los años 8 y 4 a. C., y que pudo dar lugar a la famosa estrella de Belén, se cree que fue una supernova o una conjunción planetaria pero no un cometa. El que desde la Edad Media se representase de este modo se debió a la acción del gran pintor italiano Giotto di Bondone (1267-1337), que observó el paso del cometa Halley en el año 1301 y lo representó como la estrella de Belén en su obra *la Adoración de los Magos* de la capilla de la Arena de Padua, realizada entre 1305 y 1306. El poderoso influjo de este autor sobre los pintores posteriores hizo el resto del trabajo. En el año 1986, en recuerdo y homenaje a este artista y su obra, la Agencia Espacial Europea bautizó como Misión Giotto la sonda espacial que se aproximó al cometa Halley con el objetivo de estudiarlo, en una acertada y hermosa asociación entre el arte y la ciencia.



GIOTTO, *La adoración de los Magos* (1305-1306). Fresco en la capilla de los Scrovegni, Padua (Italia). Obra clave para comprender la fisonomía de la estrella de Belén en nuestras representaciones, dado que se trata del cometa Halley, que el propio pintor pudo contemplar.

Comidas propias, otras celebraciones y alegrías navideñas

LA SURTIDA MESA DE NAVIDAD: CAPONES, GALLOS Y GANSOS, ROSCONES, MAZAPANES Y TURRONES

Cada uno de los aspectos de los que ya hemos hablado de la Navidad podría convertirse, por sí mismo, en un libro o cuando menos en un capítulo mucho más amplio. Sin embargo, y sin desmerecer a otros, este que iniciamos ahora goza de una amplitud inmensa, dada su cotidianidad y variedades nacionales, regionales y locales. Por ello hablaremos tan sólo de los platos más frecuentes y de los más relacionados con España.

El origen de la cena de Nochebuena y de la comida del día de Navidad es casi tan viejo como la propia fiesta y, de algún modo, tiene su antecedente en los antiguos banquetes que celebraban los romanos con motivo de las saturnales, fiestas de las que ya hemos hablado y con las que recibían el Año Nuevo. Tales ágapes tenían un carácter festivo y propiciatorio, y eran comunes a todas las religiones de la Antigüedad. Ciertamente es que en la cristiandad medieval la costumbre era la de ayunar durante el 24 de diciembre, esto es, el día de Nochebuena, tratándose la cena de esta jornada de una frugal colación, pues aún se estaba en tiempo de Adviento y por tanto de ayuno, y a la espera de la Misa del Gallo, tras la que se iniciaban las fiestas navideñas, y en ocasiones se hacía una segunda cena más festiva. La comida más abundante del año era la del 25 de diciembre, la propia del día de Navidad, para la que se reservaban los mejores y más caros alimentos: corderos, cochinitos, besugos, embutidos... Fue ya en la edad Moderna, en el siglo XVI, cuando la cena de Nochebuena pasó a celebrarse, entre algunos sectores sociales, con una abundancia similar a la de la comida del siguiente día.

Evidentemente, en cada región, las viandas que proporcionaba el medio natural marcaban el tono de la mesa, así como las posibilidades económicas de cada cual. No obstante hay platos que se generalizaron pronto y cuya aceptación, convertida en costumbre, ha llegado hasta nuestros días. Este es el caso de las aves como plato central de la cena de Nochebuena o de la comida de Navidad. La usanza de cocinar un ganso, un gallo, un capón o un pavo, una vez que este fue traído de América, es muy antigua y se remonta de nuevo al mundo clásico grecorromano. Para este, las aves migratorias, entre ellas algunos ánades, representaban el renacimiento de la naturaleza, pues su retorno al final del invierno traía consigo el anuncio de la primavera. Poner en la mesa un ave como plato central constituía un acto favorecedor del buen tiempo, con el que se solicitaba el fin de los rigores invernales. En época bizantina, dentro del mundo cristiano, el ave que se consumía en tales banquetes solía ser la pintada, o gallina de Guinea; sin embargo desde el siglo VI lo más común fue el

capón, el pollo castrado y engordado para la comidas de Navidad. Ya en el siglo XIII, la nobleza provenzal prefirió el gallo, siguiendo con el simbolismo de fertilidad y resurrección al que ya hemos hecho referencia al inicio de este capítulo. Tal costumbre pronto cruzó la frontera, al ser adoptada por los condes de Urgell y, posteriormente, extenderse por toda Cataluña hasta más allá del siglo XIX. El consumo de gansos y ocas fue tan elevado a lo largo de la Edad Media que a punto estuvieron estas especies de extinguirse en ciertas regiones europeas, algunas de las cuales aún hoy lo mantienen como tradicional comida navideña, en concreto Francia, Alemania, Gran Bretaña y Holanda. En cuanto a los pescados como plato central de la fiesta, destacaban en las zonas costeras y curiosamente en Madrid, donde a finales del siglo XV ya se consumía besugo de forma habitual: «... Y besugada tendréis si la pasáis en Madrid», nos dice un autor de la época refiriéndose a la Navidad. El método de elaboración era muy similar al actual, pues se cocinaba al horno con pan rallado, ajo, cebolla, perejil y las típicas rajitas de limón, imprescindibles para disimular el sabor y el olor que ya desprendía el citado pescado tras pasar varios días en las carretas de los maragatos procedente de los puertos del norte.

Un aspecto especialmente típico y variado de la gastronomía navideña es el referente a los dulces, cuyos representantes más famosos y populares son el mazapán, el turrón y el célebre roscón de Reyes. Parece ser que una vez más hunden sus raíces o, al menos, toman forma tal y como hoy los conocemos durante la Edad Media.

El mazapán tiene un origen incierto. Algunos de nuestros estudios actuales lo sitúan en el mundo árabe, desde donde tras pasar por Chipre, Sicilia o Venecia llegó hasta nosotros. Otros sitúan su nacimiento en esta última ciudad, e incluso en Alemania. Sin embargo hay serios estudios que afirman que nació aquí, en España, en concreto en la ciudad de Toledo, en el convento de San Clemente el Real. Su historia nos habla de cómo en uno de los asedios que sufrió la ciudad por parte de los musulmanes la comida empezó a escasear. Ante la precariedad de la situación, las religiosas del citado convento recordaron que en sus despensas almacenaban gran cantidad de almendras. Sin mucho más que aportar, machacaron las almendras mezclándolas con miel hasta formar una pasta espesa que trocearon y distribuyeron entre los defensores cristianos de la ciudad. Este hecho tuvo lugar en el año 1214 y fue conocido en las crónicas de la época como «el año del hambre».

Junto a este dulce navideño destaca el turrón, cuyas primeras noticias escritas se encuentran en el famoso libro *Las mil y una noches*, en el que se recogen cuentos y tradiciones orales árabes antiquísimas y donde se habla de una golosina muy similar a nuestro turrón de Alicante, cuyo precedente debió de ser el *alajú* o alfajor del Mediterráneo oriental. Su procedencia por tanto sería árabe, aunque se han apuntado otras posibles raíces, tales como las fenicias, griegas, judías o romanas. Fuera como fuese pronto se identificó con un dulce propio de la cocina española, recibiendo su nombre del término catalán *torró*, que hace referencia a la pasta con la que se elabora el citado manjar, o según otros investigadores al confitero barcelonés que lo inventó,

don Miguel Torr6, dato que sirve para sustentar la teor3a de su origen espa1ol. La primera noticia escrita que tenemos en Espa1a est1 fechada en el a1o 1453, en Valladolid, y se debe a la reina Mar3a de Trast1mara (1401-1458), esposa de Alfonso V de Arag3n, que escribi6 a las monjas del convento de Santa Clara de Barcelona:

Venerable abadesa: por cuanto aqu3 no hay tal disposici6n ni saben hacer bien los turr6nes como vosotras ah3, os pedimos y encargamos as3 afectuosamente como podemos, que por amor y complacencia nuestra, en vuestro monasterio, vos nos hag1ais hacer turr6nes que sean finos y buenos, los cuales queremos as3 para darlos al Ilustr3simo Rey de Castilla, nuestro hermano, as3 como para Nos.

En Alicante, por su parte, tambi3n reclaman la «paternidad» del turr6n, pues entre otros motivos en el siglo xv Jijona ya contaba con varios artesanos turroneros.

Finalmente, el rosc6n de Reyes tiene una vez m1s un origen pagano. En el transcurso de las saturnales romanas, toda la sociedad sin distinci6n de clases, nobles, plebeyos y esclavos, com3a una gran torta circular en cuyo interior se hallaba un haba. El afortunado que la encontraba en su porci6n era nombrado «rey de la fiesta» y todos los presentes hab3an de obedecerle como a tal, de manera que se romp3an las barreras entre clases. Esta tradici6n se cristianiz6, al igual que otras, y segu3a celebr1ndose de similar modo en el Occidente cristiano all1 por el a1o mil, momento en el que la torta recib3a el nombre de «pastel de Reyes» y serv3a para cerrar las fiestas navide1as. En ocasiones, y seg3n los pa3ses, el monarca era elegido, como en el sur de Francia, y el haba se sustitu3a por un anillo o por una moneda, pero en cualquier caso el agraciado era coronado rey por un d3a.

Y con este bollo dulce, y su fiesta de la Epifan3a, se cerraba, al igual que en la actualidad, el tiempo de Navidad con la esperanza de que el a1o reci3n estrenado colmase los anhelos de aquellos que hab3an vivido y festejado estos d3as, o cuando menos les permitiese llegar a ver el fin del a1o para poder volver a celebrarlas.

EL ORIGEN DEL PANETTONE

Cuenta una leyenda que el pan dulce conocido como *panettone*, o panet6n, naci6 en la corte de Ludovico el Moro, duque de Mil1n, en el a1o 1450. La Navidad de ese mismo a1o se estaba celebrando con gran esplendor en la corte de dicho noble. En su mesa se hab3an servido los mejores y m1s confeccionados platos, pero en el momento de sacar el postre el cocinero se percat6 de que este se hab3a quemado. Fue entonces cuando un mozo de cocina, llamado Toni, le ofreci6 un pan que 3l mismo hab3a elaborado con la masa y algunos ingredientes sobrantes: az3car, nueces y frutas secas y brillantadas. De ah3 su nombre: *il pane di Toni* o *panettone*. El bollo gust6 mucho y su consumo se extendi6 por Italia y cruz6 el Atl1ntico en el siglo XIX de la mano de los emigrantes italianos. Actualmente su presencia es habitual en las mesas navide1as de Argentina, Ecuador, Venezuela, Brasil, Bolivia y Per3.

Y TAMBI3N SE CELEBRABA LA NAVIDAD EN LA ESPA1A MUSULMANA

Cuentan los historiadores musulmanes, y es algo probado por extraño que parezca, que en la España islámica, al-Ándalus, la Navidad era una fiesta muy celebrada. Así, el *milád*, o nacimiento de Jesús, era un festejo de larga tradición ya en el siglo XIII y se esperaba con mucho interés por parte de los andalusíes, que lo preparaban con toda clase de detalles. Es más, la festividad existía antes incluso que la del nacimiento del profeta Mahoma, *máulid*, que no tuvo carácter oficial en al-Ándalus hasta el siglo XIV. El monarca de Ceuta, Abu-l-Qasim al-Azafí (1249-1278), justificaba en un escrito la innovación que suponía celebrar el nacimiento del Profeta:

Las gentes se sienten tentadas a preguntarse acerca del nacimiento de Jesús (sobre Él sea la paz), y es mucho lo que unos y otros se preguntan por Él. ¿No sería más natural que se preocupasen y conocieran lo que se refiere al nacimiento de nuestro profeta Mahoma (Dios lo bendiga y salve)?

Abu-l-Qasim al-Azafí, *Kitab ad-durr al-munazzam*

Hasta cierto punto tal celebración era normal, pues Jesús para el islam es un profeta más que anunció la llegada de Mahoma. Su libro sagrado, el Corán, le dedica una parte destacada de la sura 3, denominada: «La familia de Imran». Pero también debió de influir, en buena medida, la convivencia constante con los cristianos, especialmente la que se daba en ciudades musulmanas tales como Zaragoza, Tortosa, Alicante, Toledo, Granada, Sevilla, Córdoba, etc. El asunto preocupaba desde antiguo a las autoridades islámicas, tal y como manifestaba el segundo califa ortodoxo Umar ibn al Jattáb († 644), que advertía de lo inconveniente de aceptar palabras y costumbres de las religiones del Libro: «Apartaos de las fiestas de los cristianos y judíos porque la cólera divina caerá sobre ellos en sus reuniones, y no aprendáis su forma de hablar para que no toméis nada de su carácter».

Mucho tiempo después, hacia las décadas finales de la presencia musulmana en España, la situación no había cambiado, pues el jurista Al-Wansharisí (1430-1508) insistía en este aspecto, amonestando a los musulmanes norteafricanos y a los andalusíes al afirmar:

Guardaos de honrar el domingo y el sábado y de dejar de trabajar en ambos días y en las fiestas de los cristianos. Trabajad todos los días, incluso los viernes hasta la llamada a la oración, y cuando hayáis terminado volved a vuestras ocupaciones, a vuestras tareas y a los asuntos de vuestros maridos y vuestros hijos, y no dejéis de trabajar asiduamente ni honréis un día abandonando el trabajo, como no sea el día de ruptura del ayuno y el de los sacrificios, que son días propios para comer, beber y dar gracias a Dios.

Cit. por Balaña i Abadía, P.,
en *La Navidad en...*, p. 91

Y es que en al-Ándalus se habían adoptado muchas celebraciones ajenas a su propia tradición religiosa. De hecho, también conmemoraban la Nochevieja, el día de Año Nuevo, el 24 de junio, día del nacimiento de san Juan Bautista, y el Jueves Santo o «jueves de abril». Cada una de estas fechas disponía de su propia cocina, y se distinguía elaborando unos platos determinados. El citado «jueves de abril», en

Egipto, se cocinaban platos cuya base eran las lentejas; en Siria, se hacía lo propio con otros preparados a partir de huevos o de arroz. También la Navidad entre los musulmanes tenía sus alimentos determinados, además de la costumbre de hacerse regalos. El ya citado Abu-l-Qasim al-Azafí comenta en su obra:

A más de preocuparse tanto por estas festividades y preguntar por ellas y guardarlas y darles buena acogida, los musulmanes han añadido innovaciones y hechos reprobables que han inventado, dejando perder tradiciones preclaras, con mesas que disponen y preparan para sus hijos y sus mujeres, en las que juntan toda clase de frutas y toda serie de objetos de valor escogidos. En estas fiestas se hacen unos a otros preciosos regalos que han elegido de antemano, y pasteles en forma de ciudades en los que forman e inventan diversas figuras.

Abu-l-Qasim al-Azafí, *Kitab ad-durr al-munazzam*

El asunto debió de preocupar a los más ortodoxos, pues en los tratados de jurisprudencia islámicos hay bastantes consultas sobre la licitud de conservar dichos regalos, así como sobre el consumo de los alimentos preparados. Las respuestas de los alfaquíes suelen ser duras: no deben aceptarse regalos, ni ingerir carne de animales que no hayan sido sacrificados por el rito islámico. Curiosamente, algunos autores culpaban a las mujeres musulmanas de la aceptación de tales solemnidades, y de ejercer un influjo grande sobre sus maridos con tal fin:

Una de las razones más importantes de esta innovación, y uno de sus móviles más poderosos, es el que los hombres presten acatamiento a las mujeres al hacer preparativos y honrar estas fiestas, y el dejarse llevar por ellas dócilmente año tras año, hasta el punto de que se han asentado firmemente en sus corazones y han tomado forma en su mente, y su ánimo está anhelando la llegada de esas fiestas.

Abu-l-Qasim al-Azafí, *Kitab ad-durr al-munazzam*

En definitiva, las conmemoraciones del nacimiento de Jesús en la España musulmana son una muestra más del poderoso encanto y atracción de la Navidad, así como una prueba de lo lejos que, por lo común, estamos de conocer bien a los hombres y los comportamientos medievales.

LA ALEGRÍA EN LA NAVIDAD MEDIEVAL

La Edad Media fue un período de la historia mucho más alegre de lo que comúnmente se ha creído y se nos ha transmitido, hecho que hemos señalado ya en la introducción de la presente parte de la obra. No obstante, llegados a este punto, conviene que dediquemos un apartado específico a tal euforia, a fin de que podamos llegar a una mejor comprensión de lo que fue la citada época y, principalmente, sus celebraciones de Navidad, momento del año presidido por una especial e intensa animación.

La fiesta como concepto y su desarrollo son desde antiguo algo muy ligado a la religión en general y a la Iglesia en particular. Al igual que Dios había dedicado un

día al descanso tras culminar la Creación (Génesis 2, 2), el cristianismo concebía, y sigue haciéndolo, la existencia del hombre como un trabajo a realizar, cuyo fin era llegar a la fiesta eterna. Esta imagen, y el propio término, se han encontrado siempre muy presentes en la liturgia y la doctrina, así como la actitud constante de espiritualización del ocio, anticipo de la felicidad definitiva que habría de llegar después de la muerte. De este modo lo vivía el hombre del Medievo, que integró dentro del calendario cristiano el enorme bagaje de festividades paganas, profanas, civiles y por supuesto religiosas que traía desde antiguo. La Iglesia medieval acogió tales festejos, cristianizándolos en la medida de lo posible, o simplemente conviviendo con ellos, y ofreciéndoles cobertura como una manifestación celebrativa más del pueblo de Dios.

Buena muestra de la importancia de la fiesta es el dato que ofrecen varias fuentes escritas bajomedievales españolas, que hablan de un centenar de días festivos al año entre domingos y fiestas de guardar, incluyendo en estas las de los santos patronos de las poblaciones. En el año 1482, en Barcelona había veintisiete fiestas que santificar, además de la dominical de cada semana; Valencia, por su parte, tenía en el año 1331 veintinueve fiestas; Chinchilla (Albacete) a finales del siglo xv celebraba treinta y tres; y en Palencia, según el sínodo de 1345, había cuarenta jornadas de este tipo. Eran tantos los días señalados que las propias autoridades tomaron medidas al respecto. En el sínodo de la iglesia de Toledo, convocado por el arzobispo don Jimeno de Luna y celebrado el año 1366, se exponen ya los peligros que el excesivo ocio conlleva para las personas y el trastorno que para gentes con pocos recursos suponía el que tantos días al año no se trabajase y por tanto no percibiesen jornal alguno. Años después, en 1377, el obispo Gutierre de Toledo propone en el sínodo de la iglesia de Oviedo: «abreviar la muchedumbre de fiestas, porque los omnes traballen et el diablo no les falle ociosos, porque los pobres se agravian por la muchedumbre de fiestas».

La Navidad era un período de especial concentración de celebraciones y por tanto de alegría. Dando un rápido repaso a lo ya descrito páginas atrás, las expresiones dichas presidían la Misa del Gallo, las funciones sobre la Natividad y sus episodios principales, la colocación de belenes y los primeros cantos navideños o villancicos. La elaboración de determinados dulces o platos, la adopción de la fiesta por los musulmanes y la entrega de regalos en torno a estas fechas son tres muestras más de este gozo al que acompañaba la fe, centro de las solemnidades vividas, además de algunos excesos.

En este sentido, hemos de señalar que las fiestas navideñas medievales conllevaron muy a menudo un cierto grado de desenfreno, como el que ya hemos visto al hablar de las representaciones de autos. Y es que, a pocas semanas del fin del año, y coincidiendo con el tiempo litúrgico de la Natividad, la fiesta y la alegría se desbordaban dando protagonismo también a lo profano; eran las *Libertates decembris*. Festejos como el del Asno, *Festum asinorum*; o el del Obispillo,

Episcopus puerorum, abrían la puerta a la burla de la autoridad, al juego, a las bromas y a las licencias de todo tipo. De gran arraigo en Europa eran las Fiestas de Locos, *Festum stultorum*, celebradas entre el día de Navidad y el de Reyes. Trasunto de las saturnales romanas, y conmemorada en fechas similares, la celebración consistía en una procesión irreverente y obscena, presidida por su propio pontífice, su particular clero y su asamblea de fieles. Tal comitiva salía de la iglesia principal y recorría las calles de la población entonando cantos desvergonzados, emitiendo críticas a las instituciones y al poder, burlándose de cuanto se les antojaba. Estaba formada por hombres de toda clase y condición, también los más serios y piadosos, además de por religiosos, que ocultaban sus rostros detrás de máscaras grotescas, prolongando la diversión durante la noche. La mascarada incluía también una «misa» de ritual pagano, celebrada en la catedral, como aquella que «ofició» Pierre de Corbeil, arzobispo de Sens, en el año 1220, y en la que los prelados bailaban delante del altar y los «fieles» lanzaban el grito eufórico de las bacanales, la invocación sagrada al dios Baco: «¡Evohé! ¡Evohé!». De poco sirvieron las recomendaciones y censuras hechas por la propia Iglesia y sus autoridades en reuniones y concilios como el de Roma, del año 742. Las Fiestas de Locos siguieron dándose hasta finales del siglo XVI, cuando finalmente se implantaron castigos para los que participaran en las mismas.

LA FIESTA DEL OBISPILLO O DE LOS SANTOS INOCENTES

La fiesta del Obispillo fue originalmente una jornada celebrada por monaguillos y niños de coro, que por un día tomaban posesión de los sitials de los canónigos y elegían a un compañero al que revestían de «obispillo», o rey de los inocentes, debiendo este comportarse como tal. Era una jornada dedicada a la broma y a la burla del clero, pues los sacristanes y los muchachos clavaban monedas en el suelo, elaboraban con ayuda de pasteleros tortas muy saladas o colocaban monigotes de papel en la espalda de los más incautos. La fiesta nació en el siglo V, y dado el tono subido de la misma y las «ridículas profanaciones» de las que hablan las crónicas, fue prohibida en diversos concilios, entre los siglos XII y XVI. La celebración del Obispillo es el origen de nuestro día de los Santos Inocentes, el 28 de diciembre, en el que se conmemora el sacrificio de los niños a los que ordenó matar Herodes el Grande con el objetivo de acabar con Jesús al poco de nacer.



Grabado en el que se representa la fiesta del Obispillo, en plena Edad Media. La procesión está presidida por el niño elegido como prelado, siendo este festejo el origen de nuestro día de los Santos Inocentes.

Pero no había unas conmemoraciones específicas en las que dar rienda suelta a las pasiones. También, y aunque de forma menos organizada, era habitual que en estas fechas se produjeran abusos durante las celebraciones cotidianas. A partir del siglo XII son numerosas las quejas que han quedado recogidas a cuenta de las orgías, los excesos en la bebida y la gula que se daban en el ámbito de los cabildos catedralicios y de los claustros de los monasterios. En Inglaterra, el *Apocalipsis de Golia* describe con cierta aprobación y una afilada ironía estos y otros vicios. Su raíz más inocente se encuentra en las Escrituras, y en las imágenes que estas emplean para hablar de la salvación del hombre. La gran comida del día de Navidad prefigura el banquete de amor, presidido por Cristo, del que hablan los Evangelios, y al que todos se hallan convocados, una vez llegado el Reino de Dios. La comida y la bebida del día 25 de diciembre tienen por ende un carácter sacro, pues tanto los nobles y prelados, como el clero y el pueblo, anticipan en esa mesa navideña la vida eterna y feliz que les ha sido prometida a la vez que les une figuradamente a los santos y difuntos que les han precedido y disfrutaban ya del ágape sagrado. Es en el transcurso de estas festivas comidas cuando la celebración se desborda y la alegría abre la puerta a los excesos que la autoridad eclesiástica intentará frenar.

Las autoridades civiles, por su parte, también contribuían al regocijo general con medidas extraordinarias, tales como las que adoptó el rey de Noruega, Haakon el Bueno, a mediados del siglo X, al hacer coincidir la Fiesta de la Cerveza, acontecimiento muy celebrado entre su pueblo en pleno invierno, con la solemnidad de la Navidad. Esta se festejaba con grandes banquetes, y había de durar, según las

leyes emitidas por el monarca, hasta que en cada casa se hubiera bebido una media de 17,5 litros de cerveza, cantidad insuficiente para algunos fieles, que pronto veían terminar sus celebraciones. El rey, finalmente, hubo de permitir que se duplicara la cantidad de cerveza a cambio del pago de una tasa.

También en España encontramos disposiciones especiales durante las fiestas de Navidad. Tal es el caso de Murcia donde, en el año 1470, la autoridad municipal permitió jugar a los dados fuera de las «tahurerías» o casas de juego; o en el de Paredes de Nava (Palencia), donde se promulgaron disposiciones similares y se levantó temporalmente la prohibición de esta diversión.

A la vista de tantos gozos, bromas y placeres, resulta muy evidente el carácter alegre de aquella sociedad medieval, y más aún de sus solemnidades navideñas. Sin embargo no hemos de caer en el error de concluir que las festividades religiosas eran una mera excusa para permitir desvaríos y vicios; una vez más debemos tener en cuenta la diferencia existente entre aquellos tiempos y los nuestros. Y es que en la Edad Media no existía separación estricta entre lo profano y lo sagrado, tal y como la entendemos actualmente. Fue durante el Barroco (ss. XVII y XVIII) cuando se produjo esta censura y no antes. Tengamos presentes las funciones teatrales medievales, de profundo sentido religioso, y donde es habitual encontrar elementos licenciosos, burlescos o cómicos. O también los templos y catedrales, donde junto a imágenes bíblicas y escenas de la vida de los santos aparecen temas populares e imaginería sexual y escatológica. No había para el hombre medieval choque entre lo clerical y lo popular, o entre lo sagrado y lo profano, sino integración de ambos elementos en sus templos, representaciones, imágenes, fiestas y existencia.

Y junto a estos jolgorios y festejos el hombre vivía su fe de manera totalmente natural. Sirva como ejemplo el caso de Murcia en el siglo XV, donde tenemos bien documentadas otras actividades, más ordenadas, también características de estas fechas, y comunes al conjunto de la cristiandad. Entre la Nochebuena y la Epifanía era muy notorio el incremento de las ceremonias religiosas, ajustadas al tiempo litúrgico, así como la costumbre de que las familias se visitaran, en señal de afecto y amistad. También se daba un aumento de las obras de caridad, se cantaban villancicos y se daban aguinaldos. El concejo concedía tales gratificaciones a las personas que trabajaban para él, en reconocimiento de la eficacia en el desempeño de su trabajo, o también a personas y comunidades menesterosas y dedicadas a los pobres, como por ejemplo a los frailes franciscanos, a las monjas de Santa Clara y a los necesitados de la ciudad. Destaca en las fuentes escritas el caso de Juan Sánchez Manuel, hijo del conde de Carrión, que ya en la ancianidad padecía «extrema pobreza», por lo que el aguinaldo ofrecido era «para que atienda a su mantenimiento».

Tales prácticas piadosas y caritativas generaban igualmente alegrías, en este caso espirituales, que se sumaban a las anteriormente expuestas, de tipo mundano; ambas son manifestaciones de un hombre, como fue el del Medievo, en el que los diferentes aspectos de su naturaleza humana se encontraban en armonía y afloraban con

naturalidad. Un mundo, sin duda, de gran interés y cuya comprensión no resulta sencilla desde nuestros actuales presupuestos mentales. Estamos, por tanto, ante un reto y una invitación a seguir estudiando.

Para concluir, un hombre de estos siglos consideraba la Navidad uno de los momentos más importantes del año, tan sólo superado por la celebración de la Pascua. Iniciaba su preparación varias semanas antes, durante el tiempo de Adviento, en el que practicaba ayunos y penitencias para llegar espiritualmente preparado a Nochebuena. Al final de esa misma jornada participaba en la alegre Misa del Gallo, donde contemplaba ya un pesebre vacío, la adoración de los pastores o una personificación de la Sagrada Familia. Al final de la misma se desbordaba la fiesta y el jolgorio, y quizás tomaba parte en algunos excesos. En los días siguientes, acudía de nuevo al templo, donde a partir del siglo XIII dedicaba algún tiempo a mirar el belén, parándose en sus escenas y personajes más destacados, cuyo significado conocía perfectamente. Acudía a las ceremonias, rezaba y disfrutaba de las representaciones de autos de Navidad y, según dónde y quién, en su casa, adornada con ramas verdes o incluso con un abeto decorado, se consumían panes dulces, turrónes, mazapanes y roscón de Reyes en el transcurso de las comidas y cenas más copiosas del año. Este hombre pudo peregrinar en algún momento a la tumba de los Magos en Colonia, o sus hijos recibir regalos del obispo san Nicolás. Y aprovechando las fiestas, visitó a sus familiares y seres queridos, repartió limosnas e incluso, en su alegría desbordada, dio rienda suelta a algunas de sus pasiones y formó parte del cortejo de locos, cuyas procesiones y ceremonias profanas tanto gustaron a los hombres del Medievo.

CARLOMAGNO, EMPERADOR DE LOS FRANCOS

25 de diciembre del año 800

Siguen siendo un enigma histórico las causas que llevaron al papa León III (795-816) a nombrar a Carlomagno (800-814), casi por sorpresa, rey de romanos, esto es, emperador. Los méritos territoriales, políticos, culturales, y el apoyo decidido al papado del rey de los francos (771-814) son bien conocidos, y logros a tener en cuenta. Sin embargo, ¿conocía los planes del pontífice el gran Carlos? Y si no es así, ¿por qué aceptó?

Se han dado muchas razones, no obstante, y aunque no tenemos la certeza total de que esta fuese la razón definitiva, el destino del Imperio romano, aún vigente en Bizancio, preocupaba a ambas figuras. Ese mismo año, el trono de Constantinopla se hallaba ocupado por una mujer, la emperatriz Irene, la cual había despojado del trono a su hijo Constantino y había ordenado que le sacaran los ojos para evitar su posible acceso al poder. Por tanto, Irene no era una emperatriz legítima. Además, el Imperio romano de Oriente, pese a mantener posesiones en Italia, no había sido capaz de cumplir sus compromisos políticos y mantener la seguridad y el orden. Según algunos estudiosos, urgía encontrar un hombre fuerte.

Poco antes de aquella Navidad, Carlomagno decidió acudir a Roma en ayuda del papa León III, acosado por los partidarios de su antecesor ya fallecido. Tras confirmar al pontífice en su cargo, y apaciguar la situación, la mañana del día de Navidad acudió a la basílica de san Pedro, se arrodilló

frente a su tumba y comenzó a orar. Entonces el papa se aproximó a él discretamente y en un gesto inesperado le colocó la corona imperial sobre la cabeza. Al momento el pueblo allí reunido aclamó a Carlos: «¡A Carlos Augusto coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!». Al momento el papa se arrodilló ante los pies del nuevo emperador y los clérigos comenzaron a recitar la letanía de la coronación mientras la asamblea aplaudía. Carlomagno ya era el señor de cristianos.

III

La Navidad en el mundo hispánico, un mero cambio de formas y un continente por predicar

Del descubrimiento de América a la Revolución francesa
del año 1492 al año 1789



Misioneros españoles bautizando indígenas en América.

Las piadosas festivas Navidades de nuestros Siglos de Oro

Siglos XVI y XVII

INTRODUCCIÓN

Una vez superada la Edad Media quedaron fijadas las ceremonias y liturgias propias de la Navidad, por lo que en este nuevo período de la historia, la Edad Moderna, apenas habrá modificaciones al respecto. Las principales fiestas y tradiciones, y el sentido de todas ellas, habían sido ya bien elaboradas y estaban firmemente asentadas en el pueblo cristiano. Por tanto, en estos siglos vamos a presenciar pocas novedades de calado; más bien podemos hablar de cambios en las formas, pues el fondo, constituido por la fe de aquellos hombres y el significado de estas Pascuas, no se había alterado.

Asistiremos, eso sí, a un adelanto de las alegrías navideñas, a las nuevas formas de aderezar la mesa para las principales comidas del año, a las divertidas fiestas nocturnas en las casas de los amigos y familiares más queridos y a la gran temporada navideña de teatro, la gran pasión de los españoles de la época. Entre las novedades del período hay que destacar el nacimiento de algo tan significativo como los villancicos; también la creación del juego de la lotería, la misma de nuestro 22 de diciembre, y la llegada de los primeros belenes hispano-napolitanos.

A lo largo de estos capítulos podremos observar cómo existía ya un cierto grado de secularización en algunas celebraciones. Esto es cierto, pero su grado era muy leve y carente de una intención totalizadora. No olvidemos la profunda religiosidad de los hombres de estos siglos presididos por reformas espirituales y guerras de religión, más aún en el caso de España, potencia hegemónica internacional, plenamente identificada con el catolicismo y la Contrarreforma.

En este sentido hemos de decir que el capítulo se centrará fundamentalmente en torno a nuestro país. España, por aquel entonces, ya había definido y desarrollado los aspectos y costumbres esenciales que caracterizaban nuestra Navidad; ocupaba una posición preeminente en el mundo, tanto en el plano político como en el territorial, ideológico y cultural; contaba con una gran riqueza de tradiciones; vivía intensísimamente estas solemnidades, y desde su posición de primera potencia, trasladaba sus principios y modos de vivir la Navidad a los territorios de su vastísimo Imperio. De aquí que en este capítulo hablemos también, aunque en mucha menor medida, de algunos territorios de la Monarquía Hispánica, como eran Flandes, Italia y América; especialmente de esta última, por tratarse de la tierra que recibió enteramente la cultura española en una de las mayores epopeyas de la historia: el

descubrimiento, la conquista, la civilización y la evangelización de un nuevo mundo.

LAS PREPARACIONES PREVIAS Y LA MUY CONCURRIDA MISA DEL GALLO

Poco o nada variaron en lo esencial las preparaciones previas a la Navidad y la liturgia propia de esta durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Desde que, entre finales del mundo antiguo y los primeros siglos del Medievo, las ceremonias quedaron definidas y ganaron en desarrollo y solemnidad, no se dieron variaciones sustanciales más allá de las formas externas. El Adviento siguió iniciándose cuatro domingos antes del día de Navidad, con el mismo sentido preparatorio y penitencial que siempre había tenido desde hacía ya siglos. Las expiaciones y ayunos, las liturgias y las predicaciones se intensificaban durante estas semanas, y las autoridades por su parte ayudaban a las mismas con el cierre temporal de tahurerías, o casas de juego, y prostíbulos. Tales medidas eran habituales en la España de la época, pues la identificación con el catolicismo era total. Además, como decía el fraile agustino fray Dionisio Vázquez, predicador del emperador Carlos V: «Si la vigilia fuere grande, mayor será la fiesta».

Llegado el día de Nochebuena, y tras la cena, el pueblo asistía masivamente a medianoche a la Misa del Gallo. Nadie faltaba en España a tal celebración, pues se consideraba que junto a la fiesta del Corpus Christi y la Semana Santa, la Navidad era una de las tres grandes fiestas de la cristiandad y la citada misa su punto de partida. Las fuentes escritas nos cuentan cómo todo el país se congregaba en los templos, y cómo la celebración religiosa y posterior fiesta se prolongaban durante la noche. El día de Navidad del año 1581 el rey Felipe II, que se hallaba en Lisboa, escribía a sus hijas: «la pasada noche me acosté a las tres porque se acabó poco antes la Misa del Gallo...». La importancia de la fecha era tal que cofradías y asociaciones de toda clase tenían por costumbre organizar diferentes actos, entre los que destacaba la mencionada ceremonia religiosa, y los posteriores festejos. Conocido es el caso de Lope de Vega, que durante muchos años celebró la Nochebuena en la Cofradía del Caballero de Gracia, ubicada en la calle del mismo nombre. El popular poeta solía llevar a comediantes y músicos, en ocasiones de la compañía de Riquelme, para lo que pedía el coche al duque de Sessa. El cochero, un tal Francisco, debía estar en la casa de Lope a las diez de la noche y recogerle de nuevo en la Cofradía a las dos de la mañana, lo que da un margen de cuatro horas en el transcurso de las cuales tenían lugar la misa y los posteriores bailes y juegos. Dada la masiva asistencia de los españoles a estos actos, no extraña el que los moriscos de Granada aprovecharan la circunstancia, la noche del 24 de diciembre del año 1568, para sublevarse intentando apoderarse del Albaicín, tras proclamar rey a Abén Humeya.

Y si bien es verdad que prácticamente no hubo cambios en lo esencial de los ritos y la espiritualidad, no es menos cierto que ya en el siglo XVI se dio una transformación en cuanto a las manifestaciones externas. Por un lado, y pese a la

presencia aún de ciertos restos, se habían abandonado casi del todo los excesos medievales, debido a las medidas que habían tomado las autoridades eclesiásticas frente a las Fiestas de Locos y otros jolgorios por el estilo. Por otra parte, cada vez se observaba menos la costumbre de celebrar la Nochebuena con una frugal cena, la última propia de los ayunos del Adviento, y vivir las horas restantes de preparación con un recogimiento grande, hasta el inicio de la Misa del Gallo. No tenemos razones para dudar de la fe de los hombres del XVI, más bien todo lo contrario; sin embargo anticiparon las celebraciones y alegrías, llevándolas a la propia cena del día 24, tal y como hacemos actualmente, pues grande era el gozo que provocaba la inminencia de la fiesta de la Navidad.



MURILLO, Bartolomé Esteban: *Sagrada familia del pajarito* (1650). Museo del Prado, Madrid. La imagen de san José hacía ya tiempo que se había dulcificado e incorporado plenamente a la escena, a diferencia de lo sucedido en determinadas representaciones de la Edad Media.

CENAS DE NOCHEBUENA Y COMIDAS DE NAVIDAD, LA FIESTA A LA MESA

La cena de Nochebuena era un momento especial, tanto en los conventos, donde se guardaba el ayuno hasta el día siguiente, como en los hogares en los que se mantenía la abstinencia, por tratarse tal colación del hecho previo al inicio de la Navidad, así como por constituir el último acto de las penitencias del Adviento. En las casas y palacios donde ya se anticipaba la alegría navideña, con una gran cena el propio día 24, esta suponía el arranque de los regocijos que caracterizaban el período litúrgico que nos ocupa.

Tenemos algunos testimonios de lo que se consumía tal noche, o al mediodía de la jornada de Navidad, tratándose estas dos comidas de las más abundantes del año.

Hemos de advertir que la variedad de platos en nuestro país era inmensa y que surtir la mesa en cada región dependía de sus costumbres y del acceso a determinados alimentos, por lo que hacer un inventario completo daría, cuando menos, para un capítulo aparte. Nos centraremos, por consiguiente, en los elementos más comunes a todas ellas, exclusivos en muchos casos de nuestras mesas españolas.

El besugo cogido en el Cantábrico de Santander o en la zona que corresponde al actual País Vasco era el pescado que se consumía en estas mismas provincias, así como en la Meseta. En Madrid, estaba ya presente en el siglo xv, generalizándose a partir de 1600. Ya hemos citado, en el capítulo anterior, los versos del poeta y cronista Pedro de Gratia Dei († 1530) que hacen referencia a esta afición de los madrileños por el mencionado pescado:

Besugada teneredes
si la pasáis en Madrid,
grato pescado gallego,
besugos del Cantabrí.

La verdura con la que se acompañaban, prácticamente en toda España, en el siglo xvii, los diferentes platos era el cardo, que se vio desplazado, el siglo siguiente, por la lombarda. En la decimoctava centuria, en Madrid, este repollo morado formaba parte de la cena típica de Navidad, compuesta además de sopa de almendras, besugo al horno y pavo asado. En la Castilla rural, y refiriéndonos ahora al ámbito de ambas Castillas, sin embargo el lugar de privilegio lo ocupaban los corderos, cochinitos y cabritos.

En Cataluña, pero también en el centro de la Meseta, debido a los orígenes y significados ya comentados en anteriores apartados, eran los capones los protagonistas de la mesa. Así lo reseñó Agustín Moreto (1618-1669) en una de sus obras:

¿Pues qué hay para cenar?
Unos capones
que imagino que cantan en la cena
un villancico de la Nochebuena.

El parecido en la Corte, Madrid (1665)
Agustín Moreto

El gran poeta don Luis de Góngora (1561-1627) asoció capones y mazapanes al hacer un recordatorio de Florián, cantor de la Capilla Real conocido por su magnífica voz y su buen apetito:

Para que me deis en pan
y en adobo un Florián,
suavísimo bocón,
si le visten al capón,
sotana de mazapán.

Alicante, por su parte, surtía a través de los artesanos de Jijona, muy numerosos desde el siglo XVI, de turrónes de fama al resto de España. También se consumían en los postres de los hogares españoles mazapanes, barquillos y suplicaciones, unos dulces, estos últimos, muy similares al barquillo, elaborados con azúcar muy fina, harina amasada y laminada cortada con un instrumento especial, y cocinados al horno. Lope de Vega (1562-1635) se refiere a ello en *La doncella Teodor*:

Tuvieras una mujer
que adora este mentecato,
como un turrón de Alicante...
que sabe y quiebra los dientes,
dulce y dura como un canto.

La doncella Teodor (1610-1612) Lope de Vega

También Tirso de Molina (1579-1648), en unos versos muy significativos, dice:

Busca dientes de diamante,
porque las mujeres són
por lo dulce de turrón;
por lo duro, de Alicante.

Y aunque de origen muy anterior, aún se consumía el roscón de Reyes. La costumbre de elaborar el citado pastel dulce provenía de época romana, manteniéndose a lo largo de la Edad Media. Pero fue a partir de 1701 cuando recibió un considerable impulso gracias a la presencia de los soldados españoles en los territorios de nuestro Imperio, en concreto en Flandes, donde adquirieron el hábito de comerlo en tales fechas y lo trajeron a España una vez licenciados.

Evidentemente, en lo relativo a las costumbres gastronómicas populares en nuestro país, faltan muchos alimentos, regiones y particularidades de las que hablar, pues tan sólo hemos tratado el asunto de modo superficial. No obstante, interesa ahora centrarnos en las cenas y comidas festivas de las clases superiores, desde los nobles y más pudientes hasta el rey, con el fin de completar nuestra visión sobre el tema.

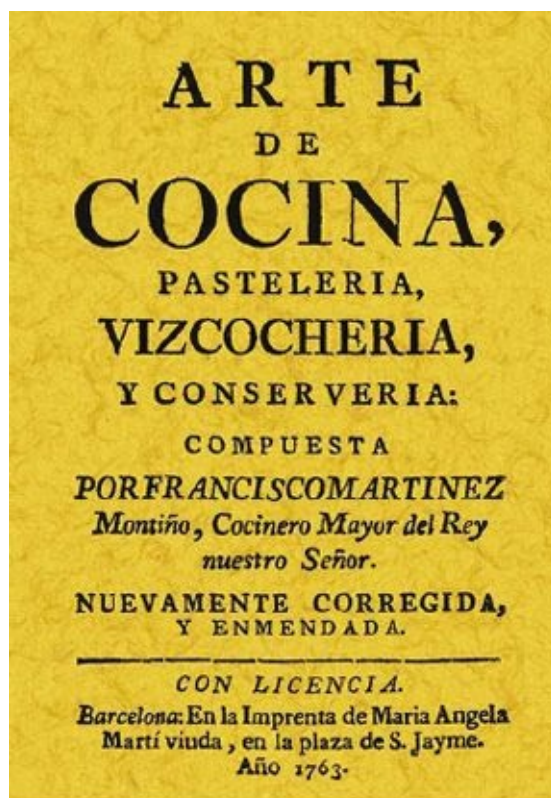
Las mesas nobiliarias se hallaban bien surtidas, tal y como veremos en el siguiente texto. Bien es verdad que este hace referencia a una comida dada por el presidente del Consejo de Aragón, el cardenal de Borja, en uno de los días del tiempo de Navidad al rey Felipe IV; sin embargo es ilustrativa para nosotros, pues los historiadores coinciden en afirmar que tal banquete es un buen ejemplo del despliegue de medios, platos elaborados y delicadezas que se hacía por estas fechas en las mesas aristocráticas.

El eminentísimo cardenal de Borja... después de haber besado las manos de S. M. y dándole las buenas Pascuas, tuvo en su casa una famosa comedia... (que dio al Consejo supremo de Aragón del que era presidente) y al día siguiente les dio una famosa comida como se acostumbraba; los platos calientes fueron noventa, y otros tantos de principio y postres; el adorno de la mesa fue grande, púsose en ella un

castillo de mazapán de costras de azúcar, de vara y media de alto, y en su concavidad y pórtico la Adoración de los Reyes, con figuras de media vara, con muchos camellos. El rey nuestro señor en figura de pastor, a quien acompañaba el príncipe, tan parecido en el rostro que hasta hoy no se ha sacado retrato semejante, y todo de azúcar. A los lados, otros dos (castillos) de jalatina [jalea transparente] con sus torreones, unos llenos de peces vivos, nadando como por el aire; otros llenos de pájaros, que era todo admiración. También estaba allí Orfeo y atraía animales de alcorza con su melodía: seguía una danza de figuras todas de manteca y azúcar y un carro que le tiraban cuatro águilas en que venían unos salchichones de Italia; otro... en que venían unos perniles, al parecer enteros, pero todos hechos lonjas con gran sutileza; otro a quien seguía una galera con todo lo necesario, y cada forzado de ella traía una fuente de natas; otra galera de lo mismo; otros dos navíos cuyos faroles eran de manteca y azúcar, y a los lados unos bergantines que traían moscateles y otras frutas...

Cartas de Jesuitas, 3 de enero de 1640

Los estudios afirman que las pitanzas de las mesas de los nobles de mayor alcurnia, en estos días festivos, no diferían apenas de las que se ofrecían al monarca en el Alcázar Real de Madrid.



Portada del libro de cocina de Francisco Martínez Montiño, publicado en 1662. Entre sus páginas se encuentra la minuta de un espléndido menú de Navidad para la mesa del Alcázar Real de Madrid.

A este respecto, el mejor testimonio de cómo había de ser la comida «adecuada» el día de Navidad en la mesa real nos lo ha dejado Francisco Fernández Montiño, cocinero de Felipe IV, en su libro *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería*, publicado en 1611. En el escrito se explica cuáles habían de ser y cómo se habían de servir hasta treinta y seis platos, sin contar los postres:

Banquetes por Navidad: perniles con los principios, ollas podridas, pavos asados con sus salsas, pastelillos saboyanos de ternera hojaldrados, pichones y torreznos asados, platillo de artaletes de aves sobre sopas de natas, bollos de vacía, perdices asadas con salsa de limones, capirotada con solomo, salchichas y perdices, lechones asados, con sopas de queso, azúcar y canela, hojaldres de masa de

levadura, con enjundia de puerco, pollas asadas.

Segundo: capones asados, ánades asados con salsa de membrillos, platillo de pollos con escarolas rellenas, empanadas inglesas, ternera asada con salsa de orugas, costradas de mollejas de ternera e higadillos, zorzales asados sobre sopas doradas, pastelones de membrillos, canas y huevos mejidos, empanadas de liebres, platillos de aves a la tudasca, truchas fritas con tocino magro, ginebradas.

Tercero: pollos rellenos con picatostes, ubres de ternera asada, gigotes de aves, platillo de pichones ahogados, cabrito asado y mechado, tortas de cidra verdes, empanadas de pavos en masa blanca, besugos frescos cocidos, conejos con alcaparras, empanadillas con pies de puerco, palomas torcaces con salsa negra, manjar blanco, buñuelos de viento.

Las frutas que se han de servir en esta vianda son: uvas, melones, limas dulces o naranjas, pasas, almendras, orejones, manteca fresca, peras, camuesas, aceitunas, queso, conservas y suplicaciones.

Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería, 1611
Francisco Martínez Montañón

Tampoco faltaban en la colación real de día tan señalado los dulces típicos españoles, pues sabemos que en la comida del 25 de diciembre de 1680 se sirvieron a la reina y sus damas:

... entre toronjas, dorados limones y turrónes de Alicante, un variopinto escudo de mazapán, con las armas de Castilla y León y monárquica corona para su Majestad; y otros cinco escudos, también de mazapán, para sus damas.

Cit. por A. Martín del Olmo,
Las Navidades..., p. 190

Llama la atención lo expuesto hasta aquí por lo elaborado, abundante y variado de los alimentos, muchos de los cuales perviven desde entonces en nuestras mesas navideñas. Evidentemente, cada cual organizaba su banquete según sus posibilidades, pero había en todos los estamentos un deseo de que la cena de Nochebuena y la comida de Navidad fuesen las más exquisitas y pródigas del año. Sin duda, era una manifestación del gusto por los placeres de la cocina, del poder económico y del escalafón social de cada quien, pero no olvidemos que en la devota España de los siglos XVI y XVII eran ante todo una manifestación externa de las alegrías espirituales que traía la Navidad.

CELEBRACIONES PASCUALES NOCTURNAS AL CALOR DEL HOGAR

La celebración de la Navidad, en la España del Imperio, se vivía de puertas adentro, especialmente en el caso de las clases altas. La aristocracia y la alta burguesía organizaban reuniones en sus hogares, en las que los familiares y amigos más cercanos disfrutaban de la plática, las representaciones, los bailes y el sarao en general. De hecho se consideraba que esta era la época del año adecuada para las veladas y, de manera muy destacada, para la conversación. El escritor de finales del XVI e inicios del XVII Lucas Hidalgo, en sus *Diálogos de apacible entretenimiento*, pone en boca de uno de sus personajes la inquietud por terminar un interesante

coloquio que ha tenido lugar en Carnestolendas, esto es, en Carnaval. La respuesta que recibe es que habrán de esperar hasta la Navidad, por ser la estación más apropiada:

DOÑA MARGARITA: ¿Cuándo nos tornaremos a juntar a gozar destes tan agradables ratos, señor Fabricio?

FABRICIO: Arabién está, que si por la vecindad no se murmurare de nuestra conversación y viéremos que se recibe con gusto lo pasado en estas Carnestolendas, nos volveremos a juntar para las noches de Navidad, que son a propósito para formar segunda parte de nuestra conversación, con el favor del Cielo.

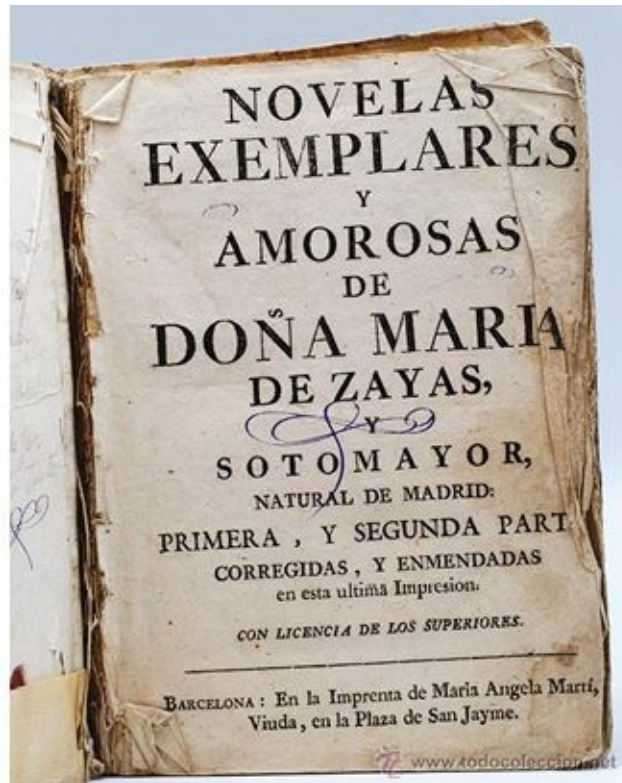
Diálogos de apacible entretenimiento, Valladolid, Sebastián de Cormellas,
1603
Gaspar Lucas Hidalgo

Muy reveladora en cuanto a la forma de pasar las noches de Pascuas es la obra de la escritora andaluza Mariana de Carvajal titulada *Navidades de Madrid y noches entretenidas en ocho novelas*, publicada en Madrid en 1663. La autora, nacida en Jaén, reflejó con realismo aquello que mejor conocía, la vida íntima de la pequeña nobleza y burguesía madrileñas. Su obra se desarrolla en el domicilio de una viuda rica y hermosa, doña Lucrecia de Haro, que reúne en su casa, próxima al Prado, a vecinos y amigos de uno y otro sexo durante las noches del tiempo de Navidad. En tales veladas, además de conversación, hay novelas, recitales de poesía, música y baile. En un sentido muy similar habla Matías de Aguirre a través de su obra *Navidades en Zaragoza*, publicada en 1645, en la que, entre otros asuntos, se narra cómo en una casa particular se representa una comedia durante cuatro noches.

Uno de los libros más completos para conocer tales festejos, y con el que mejor podemos hacernos idea del desarrollo de estas reuniones, es el titulado *Novelas amorosas y ejemplares*, escrito por María Zayas y Sotomayor (1590-¿1661?). En él se nos hace un detallado inventario de cada una de las divertidas noches que acontecen entre Nochebuena y Año Nuevo, a la par que nace una historia de amor entre dos de sus protagonistas:

Pues como fuese tan cerca de Navidad, tiempo alegre y digno de solemnizarse con fiestas, juegos y burlas, habiendo gastado la tarde en honestos y regocijados coloquios, porque Lisis con la agradable conversación de sus amigas no sintiese el enfadoso mal, concertaron entre sí (pues el vivir todas juntas en una casa, aunque en distintos cuartos, cosa acostumbrada en la Corte, les facilitaba el verse a todas horas) un sarao, entretenimiento para la Nochebuena, y los demás días de Pascua, convidando para este efecto a Don Juan...

Novelas amorosas y ejemplares, Zaragoza, 1637
María de Zayas



Portada de la primera edición de *Novelas ejemplares y amorosas* de María de Zayas, publicada en 1663. Texto muy ilustrativo de las diversiones propias de las fiestas de Navidad.

La primera velada es la Nochebuena, en la que todos se juntan en casa de Lisis. La sala está bien iluminada, el brasero de plata alimentado por fuego y diversos olores y los asientos de los músicos cerca de la cama de Lisis, que se halla ligeramente indispuesta. El sarao en cuestión se inicia con una gallarda, el canto de un romance, dos novelitas que se cuentan públicamente, música, danzas al cargo de bailarines expertos y una abundante cena después de la cual, al oír las campanas de la iglesia del Carmen, en la calle del mismo nombre, acuden a la Misa del Gallo.

Y después de haber dado fin a la danza, dieron principio a una sumptuosísima colación, que Lisis tenía prevenida para sus convidados, donde en competencia las ensaladas de los dulces y los dulces de muchas suertes de frutas que en la mesa se sirvieron, como en tales noches es costumbre, se mostró el buen gusto del dueño. [...] Tocaron a Maitines en el Carmen, y determinados a oírlos con la Misa del Gallo, para dormir descuidados, avisados para la segunda noche, se despidieron de Lisis y su madre, que no quisieron oírlos.

Novelas amorosas y ejemplares, Zaragoza, 1637
María de Zayas

La segunda noche se inicia con algunos graciosos bailes y un entremés, seguidos de un romance cantado, la narración de otras dos novelas, y un baile final, la Danza del Hacha. E igualmente, con pasatiempos similares, transcurren los demás días. Al final del quinto, se anuncian los esponsales de Lisis y don Diego para el día de Año Nuevo, fiesta de la Circuncisión de Jesús.

Entre las diversiones habidas en aquellas noches invernales, también tenían lugar bromas y juegos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros gracias a la

literatura de la época. De nuevo Lucas Hidalgo, en sus *Diálogos*, nos habla de:

Un caballero harto alcanzado de moneda y que lo procuraba disimular cuanto podía, estaba la noche de Navidad en conversación con otros amigos; y preguntándole uno dellos que qué pensaba hacer aquella noche, respondió que había de comprar un mazo (como chico) y con él andarse dando de puerta en puerta [...].

Diálogos de apacible entretenimiento,
Valladolid, Sebastián de Cormellas, 1603
Gaspar Lucas Hidalgo

Igualmente se refiere a los «capones de ceniza», un inocente castigo que se aplicaba a los perdedores de los juegos que se hacían entre las doncellas y los jóvenes durante las fiestas de Navidad. El escarmiento consistía en golpear en la frente al desafortunado con un trapo lleno de ceniza menuda, de ahí el nombre del correctivo.

Estas veladas fueron muy celebradas y queridas en toda España, pero requerían de un despliegue de la imaginación importante, lo que llevó a algunos autores a recopilar y publicar textos con entretenimientos adecuados para ellas. Alonso Ledesma (1562-1623) fue el autor de una obra titulada *Juegos de Noche-Buena*, publicada en Barcelona en el año 1611, y en la que encontramos pasatiempos como los del «Quiquiriquí», los del «Abejón», de «la Gallina Ciega», el del «Caracol», el del «qué es cosa y cosa», entre otros muchos, además de cuentos que empiezan: «Erase que se era, que norabuena sea, el bien que viniera para todos sea...», y canciones para cantar en Año Nuevo. También Antonio Sánchez Tórtoles publicó en Madrid en 1673 un libro de contenido muy heterogéneo, con partes en prosa y en verso, conocimientos y poemas llamativos y todo tipo de curiosidades de interés. El título es muy elocuente en lo tocante a estos divertimentos: *El entretenido. Primera parte. Repartido en catorce noches, desde la víspera de Navidad hasta la del día de los Reyes. Celebradas en metáfora de academias, de verso y prosa, en que se ostentan varios asuntos, muy provechosos y entretenidos*.

Y así transcurrían y se celebraban las fiestas de Navidad en la España del Imperio, acudiendo durante el día a los actos y ceremonias religiosas, ejerciendo la caridad con los necesitados y disfrutando de algunas representaciones teatrales, para llegar a la noche en la que las cenas y los dulces, las pequeñas comedias, la conversación, el baile y la diversión con los amigos y familiares más queridos iluminaban los hogares y a sus gentes, que ya por entonces, y en tales veladas, entonaban villancicos.

EL NACIMIENTO DE LOS VILLANCICOS, EL SONIDO DE LA NAVIDAD

La composición musical denominada «villancico» es una de las grandes aportaciones a la Navidad de nuestros Siglos de Oro, además de su principal novedad. El origen de tal creación es incierto. Menéndez Pidal sitúa sus inicios en el siglo XII, en las

canciones populares profanas que, al paso del tiempo, darían lugar a tonadillas navideñas. Algunos historiadores dan crédito a una leyenda que cuenta cómo, en Andalucía, fue un poeta ciego árabe el que dio forma a estos cantos, intercalando una estrofa en árabe con un estribillo en romance. En todo caso el villancico gustó, difundiéndose en los círculos poéticos y cortesanos de Castilla y León, Galicia, Portugal, Italia y Provenza.

En un primer momento tales composiciones no eran navideñas, sino amorosas, y se cantaban en ámbitos nobiliarios, donde los poetas fijaron su forma a finales del siglo XV, pues en definitiva eran poemas musicalizados. El villancico se iniciaba con un estribillo de tipo popular, tomado del pueblo las más de las veces, cuya extensión oscilaba entre uno y cuatro versos. A continuación venían una serie de estrofas que contaban una historia, rematada con una serie de versos que retomaban la rima final del estribillo, así como la melodía. Si estas obras se sujetaban a una métrica rigurosa y un lenguaje refinado, el villancico recibía el sobrenombre de «cortés».

Su nombre procede, según algunos estudiosos, del término «villançete», composición poética de Carvajales, poeta cortesano del rey Alfonso V de Aragón (1396-1458). Otros, por el contrario, afirman que procede de «villano», o sea, serían las canciones propias de aquellos que vivían en las villas, que no eran hidalgos o nobles, y de cuyo apelativo se derivó el término «villanesca», «villancillo» o «villancete», entre otros. El erudito Sebastián de Covarrubias (1510-1579), en su obra *Tesoro de la lengua castellana o española*, al definir el villancico describió el proceso por el que esta composición pasó, desde su origen hasta su última concreción:

... son las canciones que suelen cantar los villanos cuando están en solaz. [...] Pero los cortesanos, remendándolos, han compuesto a este modo y mensura cantarcillos alegres. Ese mismo origen tienen los villancicos tan celebrados en las fiestas de Navidad y Corpus Christi.

Tesoro de la lengua castellana o española, Madrid, 1611
Sebastián de Covarrubias

El más antiguo de cuantos conocemos se considera que es «Andad, pasiones, andad», escrito de tema amatorio realizado en 1490 por el maestro Pedro de Lagarto (1465-1543).

Andad, pasiones, andad,
acabe quien començó,
que nunca os diré de no.
¿Qué mal me podéis hazer,
sino que pierda la vida?
Yo la tengo tan perdida,
que no puedo más perder.
Entrad a vuestro placer,
tomad cuanto tengo yo,
que nunca os diré de no.

«Andad, pasiones, andad» en *Cancionero de la Colombina*, 1480, n.º 33
Pedro de Lagarto

El marqués de Santillana (1398-1458), cortesano y militar conocido por su obra poética, fue el primero en utilizar el término «villancico» en una obra dedicada «a tres hijas suyas», una obra de carácter amoroso, en la que se reproducen los cantares de unas pastoras.

En este primer momento los villancicos eran llevados por los poetas de lugar en lugar, durante los días festivos. Acompañaban su interpretación con instrumentos propios de la época, como la zampoña, el rabel, la flauta, la chicharra o la zambomba. La itinerancia de tales cantos, además de su origen popular y tema amoroso, hizo que se divulgaran rápido y que las mejores y más atractivas composiciones se recogiesen por escrito, conservándose como algo valioso en cancioneros, antologías poéticas que recopilaban composiciones muy variadas y que florecen en la Península a fines del siglo xv. La imprenta ayudó mucho a su difusión, permitiendo el abaratamiento de los libros, que pudieron adquirirse a un precio más asequible y pasar de unas manos a otras, contribuyendo así a la extensión de los villancicos. Algunas de estas antologías son: el *Cancionero de la Colombina*, de 1480; el *Cancionero de la catedral de Segovia*, de 1500, o el *Cancionero musical de Palacio*, recopilado por orden de Fernando el Católico a finales del siglo xv.

Debido al éxito de esta modalidad de canto los religiosos primero, y luego la Iglesia en general, se percataron del lugar que los villancicos podían ocupar, debidamente modificados, como difusores del mensaje evangélico. Hacía ya muchos siglos que la música estaba presente en la liturgia y los rezos, casi desde los inicios del cristianismo, y se había desarrollado con gran vigor y calidad; pensemos en el canto gregoriano. Sin embargo el carácter popular de estas composiciones, conocidas y entonadas por el pueblo, llegaba al vulgo de manera más directa. Así, según los datos de que disponemos, fue fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada (1493-1507) el que promovió la elaboración del primer villancico litúrgico, en el año 1492, y mandó sustituir los responsorios antiguos por coplas nuevas en los autos de Navidad, novedad que fue muy bien acogida por el pueblo. Durante las fiestas de ese mismo año, el célebre poeta y músico salmantino Juan de la Encina (1468-1522) representa sus primeras églogas navideñas, y tiempo después el *Paso de dos ciegos y un gracioso para la noche de Navidad*. Algunas de sus obras terminaban con un villancico. También a finales del siglo xv, el poeta y dramaturgo Gómez Manrique (1412-1490), tío del más conocido Jorge Manrique, veía representar su auto de Navidad *Representación del nacimiento de nuestro Señor, a instancia de doña María Manrique, vicaria en el monasterio de Calabazanos, hermana suya*, composición cuyo cántico final, «Canción para callar al Niño», es un auténtico villancico. Ya en el año 1508, el predicador real fray Ambrosio Montesino compuso villancicos sobre Jesucristo, la Virgen, los apóstoles o determinadas fiestas e hizo que se cantaran con letras conocidas.



Primera edición del *Cancionero del duque de Calabria*, más conocido como *Cancionero de Upsala* (1556), recopilación dedicada a los villancicos.

La extensión del villancico como canto navideño fue de la mano del arraigo del belén, y en buena medida se debió una vez más a los frailes franciscanos y a las religiosas de santa Clara. El solemne y pausado canto gregoriano se había ido alejando de los templos de pueblos y ciudades, quedando recogido en claustros, colegiadas y catedrales; su lugar lo ocuparon los villancicos, entonados desde entonces en el interior de las iglesias como parte de la liturgia. En un primer momento de su desarrollo religioso se entonaban en festividades muy señaladas: la Epifanía, el Corpus Christi, la Asunción de la Virgen y los santos locales, además de la Navidad. La solemnidad más favorecida de todas fue esta última, seguramente por la intensidad de sus alegrías y celebraciones, y sus elementos populares con los que fácilmente se identificaba el fiel: la familia, los pastores, la adoración, las estrellas, el ángel... Los villancicos ya se reconocen como canciones navideñas a inicios del XVI y se cantan en templos y hogares, especialmente en estos últimos, el día de Navidad y en el momento de poner y quitar el belén. También se sabe de su interpretación dentro de las clausuras. El ya mencionado *Canción para callar al Niño* de Gómez Manrique era interpretado por las monjas y está considerado como el precedente de los que compuso santa Teresa de Jesús (1515-1582), y que luego se entonaron en los conventos de carmelitas:

Ángeles del cielo,
venid dar consuelo
a este mozuelo
Jesús tan bonito...
Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,

pues somos esposas
de Jesús bendito.

Gómez Manrique,
Canción para callar al Niño, s. XV

En ciertas cartas, santa Teresa hace referencias a estas coplas, algunas de las cuales habían sido compuestas por la madre María de San José, priora de Sevilla. El 2 de enero de 1577 escribía en una de ellas: «Hay gran cosa de eso estas Pascuas en las recreaciones», aludiendo a los villancicos y a los belenes. En el canto participó algunas veces la propia santa, como se deduce de las destinadas a la *Fiesta de los Reyes*, cuyo estribillo era la respuesta dada por la priora a las estrofas cantadas por las monjas:

Pues que la estrella
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

Además de la santa de Ávila el número de autores que escribieron villancicos fue muy amplio. Destacan Valdivielso, Montesinos, el príncipe de Esquilache, los Argensola, Quevedo, el padre Sigüenza, Solís y Juan Álvarez Gato. Y es que, la poesía del Nacimiento supera con mucho a la de la Pasión y la Eucaristía en estos siglos XVI y XVII. Cabe destacar las composiciones «Campanitas de Belén», «Pues andáis en las palmas» y «Venga con el día el alegría», de Lope de Vega, o las realizadas por Cosme Gómez de Tejada de los Reyes (1593-1648), gran autor de villancicos como los que dicen: *Hagamos un pellico al niño Dios...* y *Que si voy, y no vengo, vengo, no me lo preguntéis, zagalejo...* Más variados son los de don Luis de Góngora, dotados de mucho encanto, pues al portal acuden pastores, gitanos, negros, moriscos, etc., cada uno con su habla popular y característica. En otros sin embargo emplea un lenguaje en exceso melifluo:

Suenan dulces instrumentos,
cielos trasladan los vientos,
auroras pisan los prados
riendo los más nevados...



Escultura de Francisco Salinas, humanista y músico ciego del siglo XVI, nacido en Burgos, que escribió música para varios villancicos.

El artificio fue creciendo en los villancicos a medida que entramos en el Barroco (s. XVII y parte del XVIII), pues estaba en la condición rebuscada del tiempo, y así fueron adquiriendo mayor extensión, complicándose con diálogos e incorporando bailes e incluso pequeñas piezas teatrales con personajes bien característicos.

Sirvan como ejemplo dos villancicos de Manuel de León Marchante (1631-1689), uno de ellos cantado en la iglesia de Toledo, en el año 1651, dedicado a los gremios y protagonizado por varios albañiles; y otro cantado en 1673, en el que dos licenciados y dos beatas acuden a ver al Niño en coche:

En un coche de Alcalá
dos licenciados, que son
teólogos de conciencia,
van a ver al Niño Dios.
Con ellos van dos beatas
de estas que a un predicador
le censuran porque saben
latines de la Pasión.

Manuel de León Marchante, «Villancico para los maitines de Navidad del año 1673, que se cantaron en la Santa Iglesia Magistral de san Justo y Pastor de Alcalá».

En otra composición interpretada ese mismo año, igualmente en Alcalá, un doctor y un gallego simulan ser el buey y la mula para hacer que los animales discutan entre sí. Todas estas variaciones, diálogos y formas de lengua distintas llevaron al villancico a la dramatización. Tengamos presente que en algunos de ellos aparecen personajes de hablas tan peculiares como gallegos, negros —ambos muy del gusto de la gente de entonces—, gitanos, vizcaínos, portugueses, asturianos, etc., además de gentes cuyas diferencias están marcadas por sus comportamientos: alcaldes, viejas,

alguaciles, poetas, sordos, estudiantes...

Estribillo

Oigan una ensalada
en varia tonada
de lenguas formada
de cada nación,
que adorarlas dejen
su Rey y Señor
diferentes lenguas
piden un voz.
Y por darle aclamación
entran todas en danza
al son que hace la mudanza
de un Dios Niño por quien son.

Catalán

Veniu los fadrins,
y entrem en el Portal,
y al niño camtem
en el to de catalá,
la fara la, fara la tan, tan.
Ser de nostra terra
no negara lo infant,
pus sempre ha tingur
a la Mara en Monserrat,
la fara la, fara la tan, tan.

Vizcaíno

Vizcaíno adoras pajas,
No entrar al Portal,
porque el buey abajas
cabeza y puede mula alzar
pies, correr, correr,
que aunque ir tarde a Belén,
Vizcaya contar clavos no querer.

Gitanas

Pues Dioz ha nacido
para las gitanaz
con tan buenaz zuertez,
que laz lleva en palmaz,
pues igual ventura
a todas señalan
en sus ojaz rayoz
y en zuz manos rayaz,
Baila, gitanilla, baila,
haya tierra y hagámonos rajaz
zaltando y cruzando
que el Zol está el agua bailando,
con el zonque hace el aire en laz pajaz.

Gallego

Retumbe o pandeiro, sone la gaitiña,
tange, Toribiño, pois naice la alegría,
pois tene mula e boy e casa pajiza,
non me negaréi que o Neno e de Galiza.

Os tres Reys chegaron con muy presentíño,
ricos son os homes, ninguno é galeguiño.
Baltasar, Gaspar, Melchor son sus nomes,
Que soulo en as manos estos levan dones,
Pois según yo escurro el don de mais fama,
En as manos ouro y en el nome é palla.
Retumbe o pandeiro, sone la gaitiña,
tange, Toribiño, pois naice la alegría.

Portugués
Nao choréis mi Niño,
pois dirán meu bein,
que fous catejao
si tembrar os ven.
A islas Malucas
os veño a ofrecer,
con millores clavos
para vosos pes.
[...]

Vicente Sánchez, *Letras de los villancicos de los Reyes que se cantaron en el mismo templo [de el Pilar de Zaragoza], año de 1676*, n.º 3; en *Ibídem, Lira poética*, Zaragoza, 1688.

Su aceptación y popularidad fue tan grande que su producción creció extraordinariamente, hasta el punto de surgir cancioneros exclusivamente de villancicos. Esteban de Zafra, en 1595, publicó en Toledo *Villancicos para cantar en la Natividad*, recogiendo en sus páginas todos los versos anteriores a esas fechas de publicación. En 1605 se publicó en Alcalá *Un cancionero para cantar la noche de Navidad*.

Pero no todo fueron parabienes y éxitos, también las tonadas navideñas llegaron a ser prohibidas. El primero en hacerlo fue Felipe II, en 1596, en su Capilla Real, ya que en determinados círculos eclesiásticos preocupaba el desplazamiento que del canto en latín se producía en la liturgia, a cambio de estas composiciones en lengua romance o vulgar. No obstante, la censura no duró mucho tiempo, y a inicios del XVII su auge era aún mayor que antaño.

Poco después, algunos puristas, como el teórico musical italiano Pedro Cerone (1566-1625) en 1613, se quejaban de que tales cantos movían a los fieles más a la risa que a la devoción:

No quiero decir que el uso de los villancicos sea malo, pues está recibido en todas las iglesias de España, y de tal manera que parece que no se pueda hacer aquella cumplida solemnidad que conviene si no los hay. Más tampoco quiero decir que sea siempre bueno, pues no solamente no nos convida a devoción, más nos distare de ella [...] Porque el oír ahora un portugués y ahora un vizcaíno, cuándo un italiano y cuándo un tudesco, primero un gitano y luego un negro, ¿qué efecto puede hacer semejante música sin forzar a los oyentes [...] a reírse y a burlarse?

Pedro Cerone, *El melopeo y maestro: tractado de música theorica y pratica: en que se pone por extenso; lo que uno para hazerse perfecto musico ha menester saber*, Nápoles, 1613

El Siglo de las Luces (s. XVIII) no hizo sino ahondar en la condena. El padre Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) y su discurso del año 1726 sobre «La música de los templos» ayudaron a remover la conciencia de la sociedad, obligando al villancico a salir de los lugares sagrados. A esta drástica medida contribuyó el griterío y bullicio que se producía durante la Misa del Gallo, cuando los fieles interpretaban, con instrumentos estridentes, los citados cantos. Cuando en el año 1750 murió José Cañizares, compositor de Letras Sagradas de la Real Capilla, el rey Fernando VI (1713-1759) suprimió la plaza de escritor de letras sagradas de villancicos en la Corte y ordenó que desde entonces sólo se interpretaran responsorios en la Capilla Real.

Como todos sabemos, la condena no fue definitiva, y de nuevo los cantos navideños populares fueron abriéndose camino hasta convertirse, más de quinientos años después, en el sonido más propio y característico de las fiestas de la Natividad.

Llegado el siglo XVIII, y por influencia de la música italiana, los villancicos se enriquecerán con arias y recitados a la manera de la ópera.

EL AUGUE DEL BELÉN DOMÉSTICO

La tradición de colocar belenes era ya antigua en España llegado el siglo XVI; sin embargo, algunos investigadores aseguran que fue en esta centuria cuando se popularizó esta usanza, pasando de los ambientes religiosos a los palacios, casas nobles y hogares en general. Tal hecho no es de extrañar, pues el inicio de la Contrarreforma, frente a las doctrinas de Lutero, que condenaban el uso de imágenes en las iglesias, dio un fuerte impulso a estas escenificaciones en los países católicos.

Las noticias y testimonios materiales que sobre belenes domésticos tenemos son mucho menos numerosas que las relativas al mundo conventual. El escaso valor económico de las figuritas y lo endeble de sus materiales hacía que se estropearan con facilidad o bien que no figuraran en los testamentos realizados. A pesar de esto, han llegado algunas informaciones hasta nosotros que corroboran esta práctica. El famoso escritor Lope de Vega, que falleció en 1635, legó a su hija Antonia Clara en sus últimas voluntades diversas figuritas que guardaba en un arcón. Esta, a su vez, hizo constar en su testamento, de 2 de octubre de 1669, que era su deseo traspasar a su hermana estas mismas imágenes: «... dejó a mi hermana Marcela un cofre con todas las figuritas que están dentro de él que se ponían en el nacimiento». Gracias a una carta que el escritor remitió a su protector, el duque de Sessa, sabemos que en este siglo XVII ya se empleaban lienzos pintados a modo de fondos que ambientaban los nacimientos. Por tanto, y tomando en consideración las noticias citadas y las numerosas figuras móviles que se han conservado hasta la actualidad, se puede afirmar que ya existía, en esta época, tradición belenista en España, al menos en el interior y la costa levantina.

En cuanto a esta costumbre dentro de los cenobios europeos hay que decir que

había ido en aumento, gracias, en parte, al santo italiano Cayetano de Thiene (1480-1577), que en 1533 sugirió a un grupo de religiosas que instalaran en sus conventos, como elemento de devoción, representaciones del Nacimiento de Jesús. Las monjas se aplicaron a la labor con gran entusiasmo, y en su deseo de abaratar el coste de las imágenes, decidieron confeccionar vestidos para ellas, lo que permitió que en la mayor parte de las mismas las zonas ocultas no fueran sino un simple almacén de madera. En poco tiempo la misma técnica fue empleada por parroquias y religiosos, de manera que creció el número de nacimientos expuestos. En el año 1672, los padres escolapios de Nápoles disponen un gran belén de este tipo en el jardín de su convento; y para el siglo XVIII en toda Italia no hay una sola iglesia donde no se coloque el Nacimiento.

Ya en España, en el interior de las clausuras, tenemos algunas muestras tempranas de «altaricos de Pascua». Las Descalzas Reales de Madrid conservan un belén construido en Trápani (Sicilia, Italia), de plata, coral y esmaltes, que fue en su momento un regalo para Felipe II. También conservan algunas figuras, de unos veinticinco centímetros de altura, de los Reyes Magos en adoración, realizadas en madera dorada y policromada, en la primera mitad del siglo XVI.

Del siglo XVII se guarda en el convento de las Agustinas Recoletas de Salamanca un Nacimiento regalado por don Manuel de Fonseca y Zúñiga, conde de Monterrey y virrey de Nápoles, a su hija, que era profesa en este convento. También de la misma época es el belén del convento de la Encarnación de Sevilla, de Francisco de la Riva, el que hubo en tiempos en el Palacio de los Condes de Benavente en Valladolid o el belén napolitano de las Descalzas Reales de Madrid, regalado por la duquesa de Béjar. A estos conjuntos se han de sumar la Epifanía conservada en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial y el belén de la infanta Isabel Clara Eugenia, depositado en este mismo lugar, así como un conjunto de escenas dispuestas en celdillas y encajadas en un mueble de época, que se expone en el Museo Nacional de Artes Decorativas.

Huelga decir que algunos de los mejores imagineros se dedicaron a la elaboración de figuras para los nacimientos. Entre ellos destaca Luisa Roldán (1654-1704), conocida como la Roldana, hija y discípula del gran escultor sevillano Pedro Roldán y escultora de cámara del rey Carlos II. Sus obras son de una calidad extraordinaria, por lo que ocupan un lugar destacado en el Museo de Artes Decorativas de Madrid. A ella se deben los nacimientos de Santa María la Blanca y del convento de Santa María de Jesús, ambos en Sevilla, entre otros de su etapa sevillana. De su etapa madrileña, iniciada en 1698, sobresalen entre otras obras el *Reposo en la huida a Egipto* (1691), de la colección de la condesa de Ruiseñada, y la Natividad que realizó para el rey Carlos II, la cual le valió el título de escultora de cámara de la Corte.



Escena de belén del siglo XVII, conocida como «los primeros pasos», y realizada por la famosa escultora llamada la Roldana. Se encuentra expuesta en el Museo de Artes Decorativas de Madrid.

Otros destacados belenistas fueron el sevillano Pedro Duque Cornejo (1678-1757), sobrino de la Roldana; el granadino José Risueño (1665-1732) o el madrileño Eugenio Gutiérrez Torices († 1709), fraile mercedario al que debemos la Epifanía citada de El Escorial y dos «teatrinos» del convento de la Encarnación de Madrid, sito en la plaza del mismo nombre.

LOS DIVERTIMENTOS PÚBLICOS. LA PASIÓN POR EL TEATRO

Las autoridades, al igual que contribuían al recogimiento y penitencia general con medidas restrictivas en los tiempos de Adviento, promocionaban las fiestas y participaban de las mismas una vez comenzadas las Pascuas de Navidad. Era por entonces común el que los gobernantes, cualquiera que fuese su grado, se preocupasen no sólo de la salud física sino también de la espiritual de sus súbditos.

Si como ya hemos visto, eran frecuentes las comedias en el interior de los hogares, idéntica situación se vivía en las calles. A menudo, en estos días se representaban autos de Navidad, como el ya mencionado de *Representación del nacimiento de nuestro Señor, a instancia de doña María Manrique, vicaria en el monasterio de Calabazanos, hermana suya*, de Gómez Manrique, o las *Coplas de Vita Christi*, de fray Íñigo de Mendoza, ambos de finales del siglo xv. También Lope de Vega se prodigó en este género y escribió obras de teatro de tema navideño como *Pastores de Belén. Prosas y versos divinos*, publicada en Madrid en 1612 y elaborada con su visión netamente española, que parece describir a ratos la celebración de la Navidad en Madrid: un pastor ofrece al Niño miel de romero y huevos para hacer torrijas, y otro pan de higos y turrón, dulces muy propios de la tierra y presentes en los bautizos de entonces.

Sin embargo, con el paso del tiempo las fiestas públicas fueron haciéndose más mundanas, de manera que a inicios del xvii, salvo en los conventos, se representaban muy pocos autos de Navidad. En su lugar el teatro civil, auténtica pasión de la España

de estos siglos del Imperio, había ido ocupando ese espacio, de modo que la temporada teatral navideña rivalizaba con la de primavera. Llegado diciembre, las principales compañías teatrales viajaban hasta la Corte con sus mejores obras y actores al frente.

Destacó la temporada de 1626, cuando se estrenó en el Teatro de la Cruz la obra titulada *Amor con vista*, de Lope de Vega, el más querido de nuestros autores de la época. El propio Felipe IV presenció la representación, en la que actuaba la bellísima María Inés de Calderón, más conocida como la Calderona, futura amante del monarca. El cronista Barrionuevo, en sus *Informes*, nos cuenta que, en 1656 «cuatro autores selectos han hecho cuatro comedias nuevas para mayor festejo de los años [de la reina] y de la Pascua». Las temporadas más brillantes fueron las que sucedieron al segundo matrimonio (1649) del citado soberano, pues su nueva esposa, Mariana de Austria (1649-1696), cumplía años el 22 de diciembre y esto obligaba a adelantar los mejores estrenos. Por ejemplo, en el año 1668 se escenificaron, en el cumpleaños de la reina, *Fieras afemina amor* y *El triunfo de Juan Rana*, celebrándose la fiesta en el palacio del Retiro. La aristócrata y escritora francesa *Madame d'Aulnoy* comentaba en sus *Memorias de la Corte de España*: «Pocos días pasaban, por lo regular, sin que los reyes fuesen al teatro o de caza, y en el Retiro asistieron a las carreras que los flamencos organizaron al estilo de su país». Y es que el teatro era el más apreciado de los entretenimientos, pero no el único.



Grabado del interior del Teatro del Príncipe durante una representación teatral. El teatro fue la gran pasión de los españoles del siglo XVII. Las celebraciones navideñas iban acompañadas de una temporada propia de representaciones.

Sobre otros pasatiempos nos informa el padre Sebastián González, que cuenta en *Relatos diversos de cartas de Jesuitas* cómo el 3 de enero de 1634 «sus majestades han estado muy entretenidas con estas últimas fiestas que han sido lucidísimas; todo por el parto de la Serenísima Reina de Hungría». Y precisa que hubo toros, cañas^[19], estafermo^[20], sortija^[21] y otras diversiones en el Palacio del Retiro. Las fiestas

habían empezado el 11 de diciembre, y en los juegos de cañas participó el propio rey dirigiendo cuatro cuadrillas que se enfrentaron a otras cuatro, encabezadas por el duque de Medina de las Torres. Llama la atención el que en esta estación hubiera toros, pero en ocasiones se programaban, como sucedió también el siguiente año, para celebrar el aniversario de la reina Mariana, que acababa de llegar a España. Tales y tan lucidos eran los festejos y júbilos que se vivían en la España de la época, en las fechas de Navidad.

SOBRE LAS FELICITACIONES ESCRITAS Y LA DONACIÓN DE AGUINALDOS

Al igual que en la actualidad, la alegría y sentido familiar de estas fiestas hacía frecuente el que los amigos y familiares se felicitaran de viva voz o por escrito, a través del correo. Aún no existía la postal navideña; sin embargo eso no era obstáculo para hacerse presente, felicitarse las Pascuas y enviar los mejores deseos.

En las Navidades de 1514, el cardenal Cisneros, desde Alcalá de Henares, en carta dirigida al canónigo Diego López de Ayala, le pide que le felicite las Pascuas al rey y a otros notables de la Corte. Santa Teresa de Jesús hizo lo propio en un escrito dirigido a don Roque de Huerta: «Jesús sea con vuestra merced siempre y le dé tan buenas salidas de Pascua y entradas de año...». Y el mismo Felipe II, en 1581, desde Lisboa, deseó a sus hijas que: «Dios os guarde y os dé tan buenas Pascuas como yo os las deseo». La costumbre existía también en el XVII, como lo prueba la carta que don Francisco de Quevedo dirigió al duque de Medinaceli, por las Pascuas de 1630: «Dé Dios a V. E. estas Pascuas con la salud y el contento que yo deseo». En una misiva fechada el 22 de diciembre de 1650, la célebre madre Ágreda, confidente de Felipe IV, respondía a una carta del monarca: «Que dé el Altísimo a V. M. santísimas Pascuas».

Gracias a la condesa d'Aulnoy sabemos que también era costumbre felicitarse el Año Nuevo:

El día de san Nicolás, las dos reinas hicieron un regalo de piedras preciosas a la duquesa de Alburquerque, por ser el día de su santo, y ella, a su vez, les ofreció joyas de precio, particularmente dos devocionarios que entregó a la joven reina, admirablemente pintados y cerrados con broches de oro guarnecidos con diamantes. Como se aproximaba el fin del año, cumpliendo la costumbre, fui a felicitar a la reina y a desearle muchas prosperidades.

Madame d'Aulnoy, Memorias de la Corte de España, 1690-1691

En cuanto a los aguinaldos y cestas de obsequios, hemos de decir que eran igualmente habituales. Don Luis de Góngora, prolífico escritor de cartas felicitando las Pascuas de Navidad y de Reyes, dice en una de ellas: «El regalo que suplico, las Pascuas le harán aguinaldo». El aciago Antonio Pérez, el que había sido secretario de Felipe II y creador de parte de nuestra Leyenda Negra, escribía desde su exilio: «Y así me llegan a la Navidad tres cartas de vuestra señoría por aguinaldo que dicen en

España». Las cestas con alimentos como regalo eran frecuentes. En la comedia *Abre el ojo*, de Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648), dice don Clemente:

Con achaque de las Pascuas
tengo determinación
de enviar ahora un regalo...
trae dos cajas de turrón
de Alicante...

Abre el ojo
Francisco de Rojas Zorrilla

Y añada dos pavos, cuatro pares de perdices y otros dulces.

Cervantes, por su parte, las cita en el entremés *La cueva de Salamanca* (1615): «La canasta es de Pascua, porque en ella hay empanadas, fiambreras, manjar blanco y dos capones... y todo género de fruta».

Y al igual que sucede hoy, sucedía entonces, y es que estas fiestas acarreaban grandes gastos, pues a decir de don Francisco de Quevedo (1580-1645), en el *Calendario nuevo del año y fiestas que se guardan en Madrid*:

Diciembre con Navidad
todas las Pascuas refresca,
y entre turrón y aguinaldo
cualquier dinero se abrevia.

Los Borbones llegan a España

Siglo XVIII

INTRODUCCIÓN

La llegada de los Borbones a España no supuso un cambio drástico en la forma de celebrar la Navidad. Ellos mismos eran hombres de fe que guardaban estas fiestas y respetaban las tradiciones. El reformismo que se dio en otros campos de su actuación no afectó para nada a este, y el pueblo siguió fiel a sus costumbres, tal y como lo prueba el testimonio del periodista y sacerdote José Blanco White:

En esta época a que me refiero (hacia 1760), los nacimientos eran un pretexto para organizar grandes fiestas y pasar varias noches bailando y entreteniéndose.

Las habitaciones se iluminaban al atardecer, y no sólo los amigos de la familia tenían derecho a disfrutar de la fiesta, sino que también cualquier caballero que diera su nombre en la puerta podía presentar a una o más señoras, a las que [...] se les rogaba que participaran en las diversiones en curso. Estas consistían en cantar, bailar y, frecuentemente, recitar trozos de comedias del teatro antiguo español, conocidos con el nombre de relaciones. Un ligero refrigerio de tortas navideñas, llamadas hojaldres, y de vino dulce o licores caseros era suficiente para librar a la casa de la acusación de tacañería.

José Blanco White, *Cartas de España*, 1806

EL ORIGEN DE LA LOTERÍA, UN JUEGO HABITUALMENTE LIGADO A LA NAVIDAD

Desde hace más de dos siglos y medio, dos días antes de Nochebuena, tiene lugar una tradición que nada tiene de religiosa y sí mucho de lúdica y fortuita: el Sorteo Especial de Navidad de la Lotería Nacional, realizado en Madrid anualmente cada 22 de diciembre.

La rifa en cuestión nació en el siglo XVIII, en fecha muy próxima a las citadas festividades y cargada de buenas intenciones y fines loables, lo que en cierto modo y en nuestra cultura la conecta con la celebración del advenimiento de Jesús. Y aunque no fue este el fin perseguido, al paso de los siglos y por su proximidad a la Nochebuena el mencionado sorteo se ha convertido en el auténtico pregonero de la Navidad.

La introducción de la lotería en nuestro país se debe a don Carlos de Borbón y Farnesio, antiguo duque de Parma y rey de Nápoles (1734-1759), que a la sazón desde 1759 y tras la muerte de su hermano Fernando VI gobernaba en España como Carlos III (1759-1788). En realidad la iniciativa partió de su secretario de Hacienda, Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, un ministro italiano que provenía de los gabinetes de su etapa napolitana, de cuyos miembros se rodeó don Carlos a

menudo en su período más reformista de gobierno en España, esto es, los primeros años de su reinado. El citado ministro, con el fin de recaudar beneficios para la Real Hacienda, introdujo varias reformas, esbozadas ya o practicadas tiempo atrás en la administración del reino de Nápoles. Una de ellas fue la implantación en España del *lotto* napolitano, esto es, el juego de la lotería, o *Beneficiata*, llamada así pues los ingresos en su mayor parte estaban destinados a socorrer necesidades públicas o privadas.

Una vez dado el consentimiento real, a inicios del año 1763 don Leopoldo de Gregorio se puso en contacto con el titular de Hacienda del gobierno napolitano con el fin de lograr que el director del juego de la *Beneficiata* desde 1749, don José Peya, acudiera a España para organizar el nuevo juego. Este accedió a venir a nuestro país, con el viaje pagado, una retribución superior a la que recibía en Nápoles y el compromiso de permanecer en España al menos por dos años.

Una vez asentado en Madrid, junto con dos de sus colaboradores inició el trabajo para lograr que se celebrara el primer sorteo antes de que terminara diciembre. La primera medida fue dar a conocer el nuevo juego entre la población, para lo que publicó un folleto titulado: «Demostración en que se da un nuevo método fácil para jugar en la nueva lotería de Madrid, con todas las noticias que le pertenecen».

A finales del mes de septiembre don José Peya puso en conocimiento del rey que el nuevo juego estaba listo y podía celebrarse el primer sorteo. Don Carlos III, que se hallaba en el palacio de La Granja de San Ildefonso pasando en verano, firmó el Real Decreto de creación de la Lotería Real, el último día de ese mismo mes:

A imitación de la Corte de Roma y de otros países y con informes de diferentes ministros de mis Consejos, he tenido por oportuno y conveniente establecer en Madrid una Lotería. Para seguridad de su fondo, constituyo a mi Real Hacienda por hipoteca, de modo que en si en las arcas o Tesorería de la lotería faltase caudal para pagar a los interesados las suertes que les toquen, se pasará de mi Tesorería General, el que se requiera para ello y si, después de satisfechas las suertes hubiere alguna ganancia, se pondrá en la misma Tesorería General para que se convierta en beneficio de Hospitales, Hospicios y otras obras Pías y públicas en que se consumen anualmente muchos caudales de mi real Erario, sin que sea necesario a los interesados para cobrar sus respectivas suertes en las arcas de la Lotería otro instrumento que la certificación de su importe en la forma que se prevendrá en el libro o papel impreso, que se dará al público para su mayor instrucción.

La extracción de las suertes se hará en la Sala de Gobierno del Consejo de Hacienda, después de las horas ordinarias de su despacho, en la mayor publicidad, de forma que no quede duda de la fidelidad con que se ejecuta el sorteo, asistiendo a este acto el gobernador del mismo Consejo, cuando pueda, cuatro ministros de capa y espada, tres togados y uno de los fiscales de Hacienda alternativamente, con toda la jurisdicción contenciosa y económica que conviene para cualquier incidente que ocurra.

Y quiero que asistan también dos ministros del de Castilla con declaración de que a falta del gobierno, ha de presidir el ministro más antiguo que concurra del Consejo de Hacienda. El superintendente general de ella ha de reservar el gobierno y jurisdicción de esta Lotería para entender en todos los asuntos convenientes a su mejor administración y fiel manejo, a cuyo intento le concedo la facultad de nombrar director y los demás sujetos que contemple necesarios y señalarles los sueldos que tuviere por conveniente y también las propinas y gratificaciones que se deben dar, cuando se hayan hecho las extracciones.



Grabado de 1780 en el que se muestra el desarrollo del sorteo de la lotería. Destacan en un primer plano el niño que extrae las bolas y la máquina de Vendeti en la que se agitaban. Museo Municipal, Madrid.

Tendrase entendido en el Consejo de Hacienda para su cumplimiento en la parte que le toca y enviaréis al de Castilla y a donde corresponda copias de este Decreto...

Real Decreto de 30 de septiembre de 1763
Cit. por T. Lavalle Cobo, «El primer...», p. 101

Carlos III, como buen monarca ilustrado, decidió centralizar la administración del nuevo juego en la Villa y Corte. Con el deseo de que el procedimiento se ejecutara con garantías y la suficiente claridad, se editó un libro que podía adquirirse en la Casa Dirección, ubicada en la calle Santa María, en Madrid, y en otros lugares, en el que se detallaba el método y reglas del juego, garantizado desde el primer momento por la Tesorería General. La *Gaceta de Madrid* anunció el primer sorteo para el 10 de diciembre de 1763, y así fue, teniendo este lugar en la plazuela de san Ildefonso.

El inocente funcionamiento del sorteo y su caritativo destino

Llegado el día que se había marcado para el sorteo se reunieron los delegados del Consejo de Hacienda, presididos por el primer ministro, así como un público variado, en la sala del citado Consejo, en el palacio del duque de Uceda, sito en la calle Mayor, y hoy Capitanía General de Madrid, un edificio público destinado en la época a labores de gobierno.

Frente a ellos noventa bolas magníficamente elaboradas, en bronce y marfil, por el artista italiano Fabio Vendeti, autor igualmente del ingenio que había de servir para mezclarlas, y que en realidad era una caja metálica artísticamente labrada. Cada una de las esferas disponía de un hueco, en el que se introducía un papel con el nombre de una doncella en edad casadera, sin posibles para la dote. De las noventa bolas se extraían cinco. Todos los participantes que tuviesen alguno de los números elegidos por la fortuna, incluso si se trataba de uno solo, tenían premio; y si eran los cinco los

que se acertaban, el premio era máximo. Las cinco muchachas, cuyo nombre portaban las bolas, recibían una dote que les permitía cambiar su situación.

La claridad en la ejecución del juego era total. Un funcionario leía los nombres de las chicas, asociados al número que les correspondía, y a medida que se efectuaba la lectura, se introducía el papelillo correspondiente en la bola. Tras distribuir entre los asistentes listados con los nombres de las jóvenes, y su guarismo correspondiente, se introducían las noventa en la caja, la cual era cerrada con llave por el fiscal.

... en seguida la cierra el expresado Señor Fiscal con llave; y por uno de los Porteros de la Dirección se mueve, se vuelve y revuelve desordenadamente, hasta que por el Señor Ministro que preside el acto se hace la señal con la campanilla; entonces un muchacho como de unos siete años de edad (que es del Colegio de San Ildefonso, vulgo de los Doctrinos, de esta Corte, el cual se presenta al acto de extracción con una túnica de damasco blanca galoneada de oro, que le cubre desde sus hombros hasta los pies, y una peluquita también blanca y rizada a la manera de los Niños Napolitanos), después de haberse persignado y manifestado al público su mano derecha, libre y desembarazada de cosa alguna, la mete dentro de la arquita por la puertecita redonda que se abre en la parte superior, y tomando una de las noventa bolas...

Diego Narciso Herranz y Quirós,
Tratado Teórico-Práctico-Demostrado de las reglas de combinación en general y de sus aplicaciones al Juego de Real Lotería Nacional, Madrid, 1796.

Cit. por P. Rodríguez, *Mitos y ritos...*, pp. 300-302

En este primer sorteo^[22], los números premiados fueron: 18, 34, 51, 80 y 81. Se recaudaron 187 500 reales, de los que 53 900 se destinaron a premios. La Administración real retenía una parte, la cual destinaba íntegramente a instituciones de caridad, tales como el Hospital General de Madrid, la Inclusa, las Arrepentidas de Santa María Egipciaca, las Recogidas de Santa María Magdalena y el Colegio de Doncellas Pobres de san Diego de Alcalá. El éxito del nuevo juego de azar implantado por el Estado fue muy grande y en pocos años la recaudación pasó a ser de varios millones de reales.



Personaje creado en el siglo XVIII con el que se publicitaba el juego de la lotería. De aquí nació el nombre de «Gordo de la Lotería» para el primer premio de la misma.

El primer sorteo celebrado justamente antes de Navidad, aunque todavía no era el de carácter extraordinario que conocemos actualmente, tuvo lugar el 23 de diciembre de 1799. Datos aparte, llama la atención que desde la implantación de este juego en España, y de manera especial cada 22 de diciembre, siga haciéndose realidad aquello que dijo Carlos III: «¡El que juega mucho es un loco; pero el que no juega nada es un tonto!».

EL PADRE ANTONIO SOLER, PROLÍFICO AUTOR DE VILLANCICOS

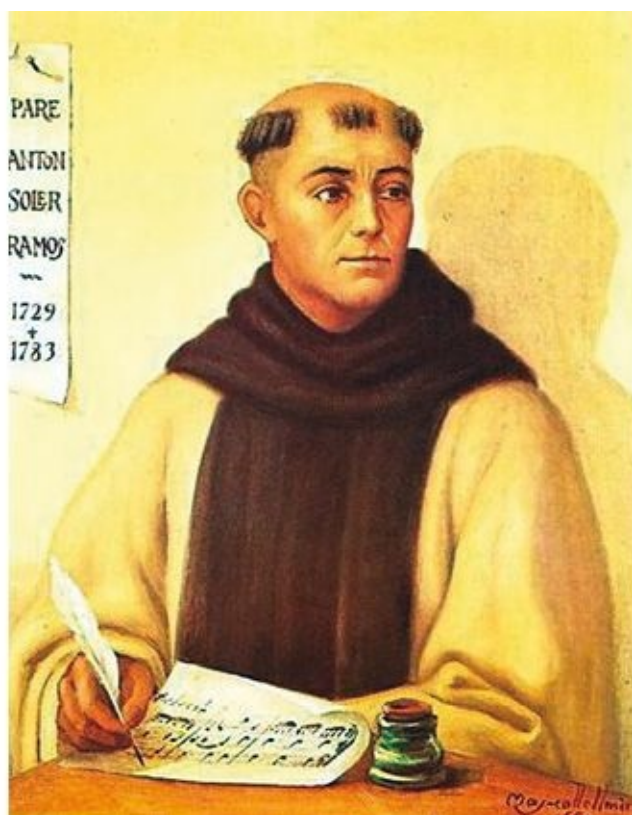
Si hay una figura que destacar en cuanto a la composición de villancicos en España, esa es la del padre Soler. Muchos de nuestros cantos navideños más populares se deben a él y a su inagotable talento. Sin embargo su obra fue mucho más allá.

Nacido en Olot en 1729, ingresó con seis años en la Escolanía de la Abadía de Montserrat (Barcelona), donde inició sus estudios de música y órgano. Una vez ordenado sacerdote, fue nombrado maestro de capilla de la catedral de Lérida, y posteriormente organista y director de coro del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, a cuya comunidad jerónima pertenecía. Aquí conoció y recibió clases de órgano de José Nebra y Domenico Scarlatti, compositor este último de la Corte española, de gran influencia sobre Soler.

A sus labores cotidianas, nuestro hombre sumaba las clases que impartía al infante Gabriel de

Borbón, hijo de Carlos III, además de la composición de música sacra para los oficios. En el momento de su muerte, en diciembre de 1783, había escrito más de cuatrocientas obras, de las que al menos trescientas eran de carácter religioso. Lamentablemente gran parte de su obra no fue recogida por escrito, y otra porción importante fue destruida por las tropas francesas, cuando en 1808 invadieron España y ocuparon El Escorial.

Su impronta en nuestra cultura es muy importante. El padre Soler es el máximo representante de la escuela española de música para teclado del siglo XVIII; sólo para clave compuso más de cien obras, convirtiéndose en el principal representante de la corriente traída por Scarlatti. Igualmente, se le considera el mayor experto en teoría musical en España. Sus escritos en este campo, bajo el título *Llave de la modulación y antigüedades de la música* (1762), se convirtieron en obras de vanguardia, que suscitaron polémicas en las que tomaron parte los principales músicos españoles de la época. En lo referente a la Navidad es el autor de villancicos tan populares como *Los peces en el río*, *El tamborilero*, *Hacia Belén va una burra*, *A Belén a ver al Niño...*, componiendo a lo largo de su vida más de ciento treinta. Antonio Soler es la principal figura musical española del siglo XVIII, además de nuestro más fecundo compositor navideño.



El padre Soler, religioso y músico español del siglo XVIII, autor de más de ciento treinta villancicos, algunos de ellos muy populares.

CARLOS III Y LA LLEGADA DE LOS BELENES HISPANO-NAPOLITANOS

A lo largo del siglo XVIII la colocación de belenes siguió siendo un signo distintivo de la Navidad española y una de las prácticas más celebradas por el pueblo en general. El polifacético, y ya citado, José Blanco White (1775-1841) así lo consignó en una de sus cartas:

Hace treinta o cuarenta años, las familias acomodadas tenían la costumbre de preparar, para una exhibición pública, dos o tres habitaciones de la casa, en las que sobre una rústica imitación de rocas y

montañas, colocaban entre lámparas y velitas una gran cantidad de figuras de barro que representaban las acciones más corrientes de la vida. En el centro de la escena se podía ver un establo medio en ruinas con las figuras de José, María y varios pastores, arrodillados en actitud de adorar al Niño reclinado en el pesebre, acción que un asno y un buey imitaban con la mayor compostura.

José Blanco White, *Cartas de España*, 1806

La llegada de los Borbones al trono no alteró esta situación, antes al contrario, sirvió de impulso, pues el primero de ellos, Felipe V (1700-1746) fue un gran aficionado, y desde los primeros momentos de su reinado todos los años antes de Navidad mandaba montar en el Palacio del Buen Retiro, probablemente en el actual Casón, en Madrid, un nacimiento que le había regalado el virrey de Nápoles, síntoma inequívoco del aprecio que por estas representaciones sentían en Italia. El monarca español daba el permiso pertinente para que el belén pudiese ser contemplado libremente por el pueblo.

Unos años después llegó al trono el hijo de Felipe V, el monarca Carlos III (1759-1788), hombre piadoso y entusiasta del montaje de belenes hasta el punto de involucrarse personalmente en la elaboración del Nacimiento de Palacio. Quizás el propio soberano, mientras fue rey de Nápoles, años antes que de España, visitó los grandes *presepi* «pesebres», que se hacían en las casas de su capital, al igual que los virreyes españoles, que le habían precedido en el gobierno, lo hacían. Nos consta, gracias a la documentación recogida, que bajo sus órdenes trabajaba un grupo de arquitectos e imagineros que confeccionaban el belén. El padre dominico Onofre afirmaba que la pasión de don Carlos era tan grande que incluso: «Se divertía en hacer ladrillos, cocerlos, hacer el paisaje, la arquitectura y las lejanías y situar a los pastores».

El escritor alemán Goethe (1749-1832), en su visita a Nápoles en 1787, describió bien el poder que sobre los naturales tenían los pesebres: «Es una pasión, una de las más antiguas y naturales pasiones del pueblo napolitano. Al presepe se dedican el rey, la reina, la camarera, el literato, el obispo y el ateo. Todos envueltos en una misteriosa y fantasiosa “pasión”, como la que surge a los españoles en la plaza de toros».

Se ha dicho con mucha ligereza, y es fácil escucharlo cada cierto tiempo, que Carlos III fue el introductor del belén en España, algo que a estas alturas del libro sabemos que se trata de un magnífico error. Es exacto sin embargo decir que Carlos III fue un gran impulsor de esta tradición, aquel que logró prestigiarla y hacer de ella una actividad no menor, y el introductor del «belén hispano-apolitano» en nuestro país, una modalidad muy peculiar de representación de la Natividad.



Imagen de un pastor procedente de un belén napolitano de Salzillo. El trabajo de los ropajes y la expresividad del rostro caracterizan los tipos populares de estos nacimientos.

El belén hispano-napolitano es aquel que se desarrolló en Nápoles, en el entorno de la Corte y de las familias aristocráticas. Su edad de oro transcurrió entre los años 1725 y 1790. Sus características más destacadas y definitorias fueron la reducción del tamaño de las imágenes hasta una medida denominada *terzina*, entre treinta y cinco y cuarenta y cinco centímetros, lo que permitía un mayor despliegue de figuras y escenas; los cuerpos de los personajes formados por un armazón de alambre recubierto de estopa cosida; cabezas de terracota policromada, lo que permitía dar una gran expresividad a los rostros; ojos de cristal, que acentuaban el realismo; brazos y piernas de madera policromada; un vestuario muy vistoso y elaborado; gran cantidad de tipos populares y un enorme detallismo en el conjunto. La mayor parte de las figuras eran articulables y se las podía cambiar de posición.

Es necesario comentar que tales escenificaciones gozaban de tal cantidad de detalles, inspiradas en la propia vida cotidiana de Nápoles, sus paisajes, gentes y oficios, que la Iglesia hubo de hacer un esfuerzo para que no se descontextualizaran los nacimientos, como finalmente pasó, convirtiéndose en algunos casos en meros divertimentos en los que las escenas con mayor carga teológica habían desaparecido a favor de otras populares muy detalladas pero carentes de significado religioso.



Misterio del Belén del Príncipe (s. XVIII). Parte de este nacimiento, que el Rey Carlos III regaló a su hijo, se expone en la actualidad en el Palacio Real de Madrid.

El nombre por el que se conocen estos belenes es el de Belén Napolitano a secas; sin embargo su nombre correcto, y original, era Belén Hispano-Napolitano. Hemos de tener presente que en los siglos en los que esta manifestación se estaba gestando Nápoles pertenecía a la Corona española y las influencias mutuas eran muy grandes. Salvo por algunos breves períodos, este reino italiano estuvo integrado en la Monarquía hispánica, o en su órbita de influencia directa, desde 1442 y hasta la invasión napoleónica de 1806. De hecho los préstamos culturales eran y son grandes entre ambos territorios, como lo prueba el caso de que los belenes más antiguos que se realizaron en Nápoles se denominaran «belenes a la española».

Cuando Carlos III vino a tomar posesión del trono de España, en el año 1759, trajo en su equipaje tres nacimientos completos que se exponían por Navidad, y en su séquito un nutrido grupo de imagineros italianos que vieron la oportunidad de negocio que se abría ante ellos, pues estaban frente a un nuevo e inmenso mercado. Ante el arraigo de esta variedad de belén no tardaron en surgir importantes centros productores de imaginería belenista hacia mediados del siglo XVIII en regiones tales como Cataluña, Baleares, Murcia y diversas localidades portuguesas.

Entre los belenes que hubo en la época hemos de destacar el llamado «Belén del Príncipe», un conjunto que el rey regaló a su hijo, el futuro Carlos IV (1788-1808), y que llegó a tener seis mil figuras. El núcleo central del mismo era un nacimiento, traído por su padre de Italia, cuyas imágenes habían sido elaboradas en los prestigiosos talleres de Capodimonte. Una vez en España Carlos III encargó más

grupos y figuras a los escultores Esteve y Ginés, con el fin de completar la representación. De este magnífico belén apenas se conservan hoy unas pocas figuras en el Palacio Real de Madrid, pues el resto o se han perdido o se encuentran dispersas en diferentes colecciones particulares y museos.

Otro de los Nacimientos que merecen ser reseñados es el del escultor Francisco Salzillo (1707-1783), el más destacado belenista español. Su elaboración tuvo lugar en los últimos años de su vida, de 1776 en adelante, y en ella participaron también algunos de sus discípulos. El belén consta de seiscientas figuras que abarcan todas las escenas del Nacimiento, desde la anunciación hasta la huida a Egipto, destacando por sus detalles, preciosismo y tipos populares.



Misterio del belén napolitano de Salzillo. El portal ha sido sustituido por unas ruinas clásicas, tal y como es común en este tipo de nacimientos.

Actualmente se pueden contemplar algunos de estos conjuntos en el Palacio Real de Madrid, en el Museo Salzillo de Murcia o en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid.

Y MIENTRAS TANTO EN OTRAS PARTES DE EUROPA...

... las diferentes naciones desarrollaban sus propias tradiciones. A partir del siglo XVII, en Holanda se modificaron algunas costumbres en torno a san Nicolás, que comenzó a llegar en un barco procedente de España, o *Spanje*, con un caballo blanco y acompañado de un fiel sirviente musulmán, llamado Pedro el Negro o *Zwarte Piet*. Se le representaba llevando un saco lleno de juguetes que, tras ser vaciado, servía para meter a los niños malvados y llevárselos de nuevo a España, con la que por estas fechas estaban en guerra. En este mismo siglo, los emigrantes holandeses fundaron Nueva Ámsterdam, en la isla de Manhattan, que posteriormente se llamó Nueva York, y a la que llevaron estas mismas tradiciones.

Por otro lado, en el siglo XVIII el árbol de Navidad se consolidó en Alemania y Alsacia. De sus ramas colgaban adornos, además de las figuras, en la cima, del Niño Jesús, María, José, el buey y la mula. En Bohemia (República Checa), los sopladores de vidrio crearon las primeras bolas de colores para colgar de sus ramas, e incluso tal costumbre llegó a Inglaterra de la mano de la reina Carlota, esposa de Jorge III (1760-1810), que colocó un árbol por vez primera en el palacio de Buckingham.

La Navidad llega a América

«NUESTRO SEÑOR HABÍA HECHO ENCALLAR LA NAVE PARA QUE HICIÉSEMOS ASIENTO ALLÍ»

La Nochebuena se celebró pronto en la América española, prácticamente desde el primer momento del descubrimiento. Tras aquella jornada histórica del 12 de octubre de 1492, se sucedieron las exploraciones primero por las Bahamas, y luego por las Antillas. Tras tomar posesión de Cuba y bautizarla como «Juana», en honor al primogénito de los Reyes Católicos, Colón y sus hombres llegaron a La Española, la actual isla que comparten Haití y la República Dominicana. Era ya diciembre, y mientras exploraban el territorio y tomaban contacto con los indígenas, llegó la Nochebuena.

El *Diario de a bordo* redactado por el almirante, o sea, por Colón, habla de lo acontecido en aquellos días, de la buena impresión que la naturaleza y los nativos les habían causado y de la presencia de tan sólo dos navíos, la *Niña* y la *Santa María*, pues Martín Alonso Pinzón se había separado llevado por el ansia de aventura, o quizás por la codicia, al tratar de encontrar el yacimiento del que provenía el oro que tenían los indígenas.

La jornada transcurrió sin incidentes, las dos naves navegaban suavemente frente a las costas de La Española y aunque no está consignado se cree que llegado el día 25 hubo fiesta y celebración de la Navidad, pues la religiosidad de los españoles de la época era muy profunda, y esta era una de las tres grandes fiestas religiosas del año. Al final del día el cansancio era muy intenso en Colón, que llevaba varias noches sin dormir; la mar estaba en calma y nada hacía suponer contratiempos o peligros, por lo que se acostó y se quedó dormido en poco tiempo. Hacia la medianoche el almirante se despertó a consecuencia de un gran ruido y una fuerte sacudida. La *Santa María* había encallado, y se hallaba inclinada, con una vía de agua abierta en su costado. La nave se hundía y, pese a los intentos de Colón por atajar el peligro y controlar la situación, los marineros abandonaron el barco, tal y como terminó por hacer el propio almirante, al comprender que nada se podía hacer ya. Los tripulantes alcanzaron a nado la costa en unos casos o la *Niña* en otros. Una vez en la orilla se supo que el timonel, dada la quietud del mar, había dejado el timón en manos de un grumete novato y que un golpe de viento había llevado el barco hacia los arrecifes.

A la mañana siguiente, el miércoles 26 de diciembre, Colón ordenó que se sacase cuanto se pudiese aprovechar de la nao, incluidas tablas y telas, y así lo hicieron los marineros, ayudados por los indios en sus canoas. Colón creyó que el accidente había sido providencial y que con este naufragio Dios había mostrado su voluntad de que algunos hombres fundasen una villa en la que establecerse en ese preciso momento: «Nuestro Señor había hecho encallar la nave para que hiciésemos asiento allí».

Además, no era posible que la *Niña* cobijara tantos marinos en su viaje de retorno a España. Y así lo hicieron. El almirante escogió a treinta y ocho hombres, según su capacidad y fortaleza, a cuyo frente puso a Diego de Arana, pariente de la cordobesa Beatriz Enríquez, amante del propio Colón. De este modo nació el Fuerte de Navidad, así llamado por haberse producido el accidente el día citado, el mismo en el que, según creemos, tuvo lugar también la primera celebración de la Natividad en América.

A los pocos días Colón, junto con Vicente Yáñez Pinzón y el resto de marinos, regresó a España.

EL DESARROLLO DE LA PASCUA DE NAVIDAD EN AMÉRICA

Junto con el proceso de descubrimiento y conquista, tuvo lugar una intensa evangelización de las nuevas poblaciones, ahora convertidas en españolas. La celebración de las fiestas de Navidad, por tanto, se dio desde los inicios de nuestra presencia en aquellas tierras, no sólo para los peninsulares sino también para los nativos. Tengamos presente que la difusión del Evangelio estaba considerada por la Corona española como una de sus principales obligaciones, si no la primera, y que el espíritu de cruzada que había presidido la guerra de Granada (1482-1492) seguía vivo, volcándose con fuerza precisamente en la cristianización de América.

En general, y pese a dificultades de gran magnitud tales como las dimensiones del territorio, los resultados alcanzados fueron extraordinarios. En pocas décadas los misioneros habían predicado y bautizado a la mayor parte de la población; se habían levantado y dotado económica y humanamente misiones, iglesias y catedrales por todo el continente colonizado por España, y existía una segunda generación de indígenas que absorbían con rapidez nuestra cultura. El esfuerzo humano y material había sido formidable, así que no es de extrañar que también lo fuesen los resultados, visibles entre otros muchos aspectos en la aceptación de la Navidad entre los indios.



La evangelización de América pronto dio frutos visibles en muchos aspectos, también en el arte, como en esta pintura en la que el misterio cristiano aparece interpretado junto a elementos indígenas. ANÓNIMO. *Natividad* (s. XVII). Escuela Cuzqueña.

Los principales momentos de la celebración de la Natividad de Jesús eran los mismos que en la España peninsular, como es normal, aunque existían costumbres locales, procedentes por lo general de la cultura indígena, que le conferían un carácter propio. Cuatro domingos antes de la fecha señalada comenzaba el tiempo de Adviento, con los ayunos, penitencias y preparaciones espirituales, que habían de disponer el alma del creyente para acoger al Niño Dios. En este tiempo tenía lugar la celebración de «Las Posadas», una costumbre que consistía en la realización de un novenario, nueve misas o rosarios entre el 6 y el 14 de diciembre en los que se seguía figuradamente el viaje que realizaron José y María entre Galilea y Belén con el fin de empadronarse en aquella población. Las nueve misas recordaban también los nueve meses de gestación de Jesús. La ceremonia, o los rezos, se oficiaban una vez que se había puesto el sol, en plazas y calles, iluminadas por velas. El padre de esta tradición fue el fraile agustino Diego de Soria, que en 1587 logró el permiso del papa Sixto V (1585-1590) para celebrar un novenario antes de Navidad. Actualmente se realiza en México, Ecuador, Venezuela y Colombia, aunque en estos tres últimos países con alguna diferencia; de hecho allí se denomina la Novena de los Aguinaldos.

Los sacrificios del Adviento se interrumpían el día 8 de diciembre para celebrar la solemnidad de la Inmaculada Concepción, acontecimiento muy festejado en toda España por la gran adhesión que existía a esta devoción. En algunas regiones americanas, hoy países, existía y existe la costumbre de poner velas en las ventanas y en la calle, por lo que se conoce también como el Día de Velitas. Además se hacen hogueras en las que, durante la víspera, se queman objetos viejos o inútiles, «la quema del Diablo». Guatemala sigue conservando esta costumbre.

Las crónicas de la época hablan por lo general de la buena acogida por parte de

los indios de las nuevas celebraciones y ceremonias religiosas. Su aprecio por la danza y la música así como algunas de sus figuras religiosas autóctonas fueron aprovechados pronto en beneficio de su propia cristianización. Destaca en este sentido el dios azteca Huitzilopochtli, cuyo nacimiento celebraban estos pueblos a finales de diciembre, coincidiendo con las fechas de Navidad. Para los misioneros fue sencillo transformar esta conmemoración, así como la costumbre que existía de invitar a comer a la propia casa a amigos y familiares para honrarla.

Una vez llegado el día 24, la convocatoria a la Misa del Gallo se hacía al toque de tambores y trompetas, hasta la llegada de las primeras campanas. Muy especial fue la Navidad de 1535, en Lima (Perú), pues las campanas, recién instaladas, voltearon por vez primera, convocando a los fieles a la citada misa de medianoche. Más extensa y expresiva es, a este respecto, la relación que hizo fray Toribio de Benavente (1482-1568), misionero llamado por los indios *Montolinia*, u «hombre pobre», en su *Historia de los indios de la Nueva España*, obra redactada en 1536 pero que hubo de esperar a publicarse íntegramente hasta 1858:

La noche de Navidad ponen muchas lumbres en los patios de las iglesias y en los terrados de sus casas, y como son muchas [...] parecen de noche un cielo estrellado; y generalmente cantan y tañen atabales y campanas, que ya en esta tierra han hecho muchas, que ponen mucha devoción y dan alegría a todo el pueblo... Los indios en esta noche vienen a los oficios divinos y oyen sus tres misas y los que no caben en la iglesia por eso no se van, sino que delante de la puerta y en el patio rezan... Y en la iglesia tienen a Nuestra Señora con su precioso Hijo en el pesebre...

Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, 1858

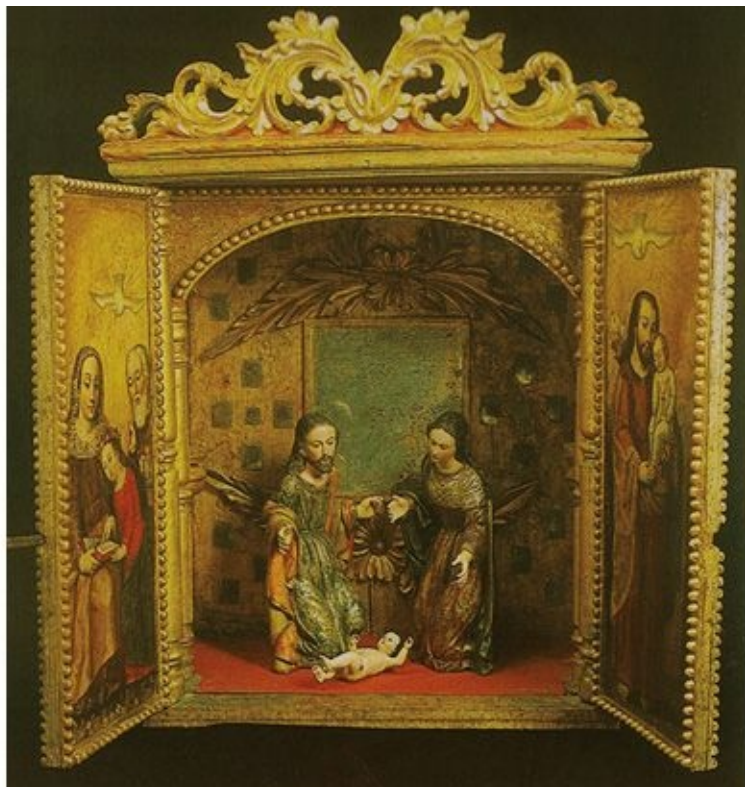
En esta misma crónica también refiere su autor el gusto con el que adornaban las iglesias, la pulcritud con la que engalanaban sus personas, los cantos que entonaban y los bailes que hacían en tan señalada noche:

... adornando para estas fechas sus iglesias muy graciosamente con los paramentos que pueden haber, é lo que les falta de tapicería suplen con muchos ramos y flores que echan por el suelo, y hierbabuena [...] y mucha juncia y espadañas, y por donde ha de pasar la procesión hacen muchos arcos triunfales, los cuales adornan con diversidad de rosas, de que hacen escudos grandes y chicos de labores de las mismas rosas, ansimismo piñas muy de ver [...] y salen los indios señores y principales ataviados con sus camisas limpias y mantas blancas y labradas, con plumajes y piñas de rosas en las manos, bailan y dicen cantares en su lengua de las historias de las fiestas que celebran, que las han traducido los frailes a su lenguaje, y los maestros de sus cantares las han puesto a su modo en metro que cuadre y se cante al son de los cantares antiguos; y estos en muchas partes comienzan a medianoche en la vigilia [...]

Fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, 1858

Al acabar la citada misa se ponía al Niño en el pesebre del belén y comenzaban los regocijos propios de estas festividades de la Natividad. La tradición de colocar belenes llegó tempranamente a la América española, pues viajó con los colonizadores y misioneros en los primeros años del descubrimiento y la conquista. A finales del XVI, en 1595, en el Vallecito del Cerro, en la Quebrada de Humahuaca, en Argentina, se documenta el primer belén de figuras de barro, lo que hace pensar que tal

costumbre estaba ya por entonces extendida por toda la América española. Pronto aparecieron escuelas autóctonas y tipologías diferentes de nacimientos, y durante los siglos XVII y XVIII se realizaron grandes cantidades de figuritas en los talleres de Quito, Lima, Cuzco, Oaxaca, Ayacucho, etc., de tal gusto y calidad que llegaron a exportarse. Destacó en este campo Ecuador, centro de grandes imagineros que prestigiaron la escuela quiteña por encima de otras. También llamó la atención, por su originalidad, el belén peruano, enmarcado dentro de un pequeño y adornado armario, cuyas puertas se abren permitiendo contemplar en su interior las figuras distribuidas en dos o tres estantes.



El belén peruano de época virreinal se caracteriza por estar instalado dentro de un armario bellamente adornado cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse.

El día de Navidad era la jornada festiva por excelencia, en la que se acostumbraba a romper la piñata, una diversión procedente de China que llegó a Europa, en plena Edad Media, de la mano de Marco Polo. La piñata era un recipiente de diferentes formas que había de tener siete puntas y estar elaborado en barro, papel o ligeros mimbres. Un niño con los ojos vendados golpeaba con un bastón este artefacto, del que caían regalos y dulces variados. Los siete picos representaban los pecados capitales y el infante con los ojos vendados personificaba la fe ciega. Finalmente los obsequios eran las bendiciones que recibían aquellos que vencen las tentaciones. No es necesario destacar lo extendida que está esta práctica en la actualidad en el continente americano.

Y al igual que en la España peninsular se representaban autos de Navidad, en América se hizo lo propio con las llamadas «pastorelas», escenificaciones en verso en las que se trataban los episodios más destacados del Nacimiento de Jesús. Su misión

era netamente evangelizadora, sin embargo pronto pasaron a formar parte de la cultura propia de este pueblo. La primera representación tuvo lugar en 1527, en Cuernavaca (Morelos, México), y su título era *La comedia de los Reyes*. En el México de nuestros días existe mucha afición a este tipo de escenificaciones.

Y por supuesto también llegaron hasta América la fiesta de la Epifanía y la devoción por los Magos, los mazapanes y turrone, el roscón de Reyes y el canto de villancicos, a cuya creación también se aplicaron los autores del lugar, como la poetisa sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), cuyas composiciones nos consta que se cantaron en los maitines de la Nochebuena de 1689, en la catedral de Puebla (México):

Al niño divino
que llora en Belén,
¡déjenle, déjenle!
que a lo criollito
yo le cantaré.

Superado el primer tercio del siglo XIX, y una vez que la América española había logrado su independencia, las costumbres navideñas no cambiaron. Las cartas de Frances Erskine Inglis (1804-1882), condesa de Calderón de la Barca y esposa de don Ángel Calderón de la Barca, primer embajador español en México después de su independencia, hablan de las mismas ceremonias, de las representaciones de Navidad, de las cenas y felicitaciones:

¡Nochebuena en Puebla! La habitación estaba llena de visitas que habían venido a felicitar a Calderón por su llegada y, a decir verdad, la sala era magnífica, con sillas y sofás de color escarlata. No obstante, yo estaba impaciente por ver algo. Como teníamos que abandonar Puebla muy temprano, me prohibieron ir a Misa del Gallo. Propuse asistir al teatro, donde se escenificaba un Nacimiento; una representación de acontecimientos relacionados con el nacimiento de Cristo, tales como la anunciación, la Sagrada Familia, la llegada de los tres Reyes Magos de Oriente, etcétera. Después de mucho deliberar se decidió no ir, así que, tras comprobar que nada íbamos a hacer y cansada de tanta conversación formal, me fui a la cama.

Frances Erskine Inglis, *La vida en México*,
Carta V, 24 de diciembre de 1839

La condesa también habla en sus escritos de la alegría propia del tiempo litúrgico, del canto de villancicos y del gusto por vestirse elegantemente para la ocasión.

Son aproximadamente las tres, pero me desperté hace una hora debido a los himnos que indican el comienzo de la Navidad. Me asomé a la ventana y vi borrosamente grupos de niñas vestidas de blanco, que cantaban a coro por las calles.

Frances Erskine Inglis, *La vida en México*,
Carta V, 25 de diciembre de 1839

La influencia de unos Estados Unidos de Norteamérica aún en construcción no había llegado, y aquellas naciones que habían nacido de la América española seguían conservando sus tradiciones navideñas originales, que son las nuestras, y la base de

sus celebraciones actuales.

CONCLUSIÓN

En definitiva, el hombre de los siglos XVI, XVII y XVIII vivía la fiesta de la Navidad preparándose para ella durante las semanas anteriores del Adviento, en las que a sus oraciones y sacrificios personales se sumaban las medidas restrictivas de las autoridades, que cerraban transitoriamente aquellos locales que más podían contribuir a la distracción y al pecado. Sin embargo, una vez alcanzado el 24 de diciembre, no esperaba a la Misa del Gallo para comenzar a festejar, pues la cena de este día era ya abundante y selecta. Tras la liturgia, y en algunos casos antes de ella, llegaban las reuniones con amigos, la música, los juegos, las chanzas y las largas horas de conversación nocturna, en casa propia o ajena, en un sano ejercicio que se repetía cada una de las noches entre la Nochebuena y la Epifanía. Nuestro hombre también se dejó ver por el teatro, o los toros, que se organizaban para esparcimiento público en tales fechas, y quizás recibió unas cartas, felicitándole las Pascuas, y alguna cesta con comestibles a modo de aguinaldo. De haber sido hombre del XVIII, contemplaría con admiración los belenes hispano-napolitanos, pudo ganar un dinero en el primer sorteo de la lotería, y, como se hacía ya desde doscientos años antes, cantar villancicos por Navidad. Es posible que viajase a la América española, y allí asistiese a la novena de Las Posadas, celebrase el Día de Velitas y la Misa del Gallo, en las que los indios con tanto gusto engalanaban las iglesias y a sí mismos. De haber coincidido en tiempo y lugar, pudo estar en La Española aquel domingo 21 de diciembre del año 1511 en el que un encendido fray Antonio Montesinos predicó la justicia y la misericordia, despertando la ira de unos y moviendo la conciencia de otros, como le sucedió a Bartolomé de las Casas, que tras escuchar aquella prédica abandonó su existencia de extorsión y pecado y abrazó la vida religiosa.

MONTESINOS PREDICA EN LA ESPAÑOLA

(21 de diciembre de 1511 - Cuarto domingo de Adviento)

No habían pasado aún veinte años del descubrimiento cuando los encomenderos españoles ya abusaban de los indios. Sometidos a duros trabajos y privados de los derechos que la Corona les reconocía, los indígenas vieron cómo los monjes dominicos abrazaron su causa haciéndola propia.

Aquel cuarto domingo de Adviento del año 1511 fray Antonio Montesinos, por orden de su superior y con el respaldo de toda la comunidad, que había firmado previamente la homilía que iba a pronunciar, presidió la misa y subió al púlpito en el momento del sermón. La iglesia se encontraba llena, y en los primeros bancos se habían acomodado las autoridades, encabezadas por Diego Colón, el hijo del almirante, y los principales encomenderos, entre los cuales se hallaba un tal Bartolomé de las Casas. La voz de Montesinos tronó entre aquellas paredes:

Para os los dar a cognoscer [nuestros pecados contra los indios] me he subido aquí, yo que soy voz de Cristo en el desierto desta isla, y por tanto, conviene que con atención, no cualquiera, sino con todo vuestro corazón y con todos vuestros sentidos, la oigáis; la cual será la más nueva que nunca oísteis, la más áspera y dura y más espantable y peligrosa que jamás no pensasteis oír.

Esta voz, dijo él, que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas? [...] ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurrir y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos? Tened por cierto que en este estado que estáis no os podéis salvar más que los moros o turcos...

Fr. Bartolomé de Las Casas,
Historia de las Indias

Pese a las presiones recibidas, los dominicos se ratificaron en su postura y en la dureza de sus acusaciones, llegando a transmitírselas al propio rey Fernando el Católico. La lucha por los derechos y dignidad de los indios acababa de comenzar, la misma que llevó a Castilla a promulgar las Leyes de Burgos (1512) y las Leyes nuevas de Indias (1542), más de seis mil edictos dados en protección de los nativos americanos.



Estatua de fray Antonio Montesinos erigida en Ciudad de Santo Domingo (República Dominicana). Fue un religioso de la orden de Predicadores que el último domingo de Adviento del año 1511 denunció en su homilía los abusos que los encomenderos practicaban con los indios, dando así inicio a la lucha por los derechos de estos.

IV

La Navidad en el mundo contemporáneo, diversidad y tradición

De la Revolución francesa a nuestros días
siglos XIX y XX



ALEGORÍA DE LA NAVIDAD, FINALES DEL S. XIX.

La Navidad entre el sentido, la fiesta y la frivolidad

Siglos XIX y XX

INTRODUCCIÓN

La celebración de la Navidad en el mundo contemporáneo es realmente la primera que se distingue en esencia de la de siglos anteriores, al menos desde los inicios del Medievo. La razón se encuentra en la novedad de que en los países de cultura cristiana existen sectores de la sociedad que, por diversos motivos, no celebran tales fiestas ni asisten a ceremonias religiosas. Siendo esta una realidad, más acentuada en el siglo XX que en el XIX, lo cierto es que el capítulo presente recorre las tradiciones propias de estos dos últimos siglos sin que ello signifique ya que toda la sociedad participe de ellas, como pasaba en otros tiempos; o que todo el que interviene en las mismas lo haga por convicción religiosa, o vivencia espiritual.

Ahora bien, sigue existiendo un porcentaje significativo de la población que participa de las creencias religiosas que se hallan en la base de estas solemnidades y que celebra sus tradiciones, por lo que el modo de vivir, festejar y pasar, o no hacerlo, las fiestas de Navidad es más variado que nunca. A esta diversidad de modos han contribuido extraordinariamente los nuevos hábitos, convertidos ya en costumbre, o las modificaciones que sobre los anteriores se han dado en estas dos últimas centurias. El sentido profundo y la forma de vivir la Natividad de Jesús desde la vivencia religiosa no han cambiado, por lo que no volveremos a insistir en su significado y ritos en este apartado; pero el que no lo exponamos más que brevemente no ha de llevarnos a pensar que ya no existe, sino que estamos recalando aquellas prácticas novedosas o esas otras que han sufrido transformación en el período que nos ocupa.

A este respecto hemos de señalar que los doscientos años previos han sido especialmente ricos en la modificación, o «adquisición», de nuevas tradiciones, marcadas en muchos casos por un carácter puramente festivo y material, desligado de los aspectos espirituales. Tradiciones tan familiares para nosotros como la lotería de Navidad, las uvas y cotillones de Nochevieja, el consumo de cava, el concierto de Año Nuevo o el envío de postales de felicitación, por no hablar de la metamorfosis sufrida por san Nicolás hasta convertirse en Santa Claus, poco ya tienen que ver, o nunca lo tuvieron, con el sentido religioso de estas fechas y mucho con la publicidad, el materialismo y sentimientos de bondad y alegría, que humanizan tales prácticas.

La convivencia de estas nuevas costumbres con otras anteriormente expuestas cargadas de sentido religioso es lo que define, al menos externamente, nuestras festividades navideñas. El peso que cada cual dé a unas u otras es un asunto que

únicamente a la persona competente, por lo que ya sólo nos queda exponer los cambios experimentados por nuestras tradiciones y describir el origen y desarrollo de las más recientes, lo que constituye realmente la labor del historiador^[23].

EL ADVIENTO Y LAS SEMANAS PREVIAS AL 25 DE DICIEMBRE

Con la entrada en la historia del siglo XIX, y más aún con la llegada del XX, se produjeron una serie de cambios profundos en aspectos tales como la política, la economía, la sociedad y la cultura; sin embargo esta dinámica no afectó a los períodos litúrgicos en general ni a los tiempos preparatorios en particular. El Adviento, como parte de un credo cuya meta tenía y tiene puestas sus metas más allá de este mundo, no alteró su propósito de penitencia y preparación, como no lo ha hecho desde su definición allá por el siglo VI. Para los fieles cristianos este seguía y sigue siendo un período de cuatro semanas de penitencias, ayunos, ejercicios espirituales y disposición del alma ante el nacimiento de su Mesías.

Ahora bien, si no en el campo espiritual, sí es cierto que algunas transformaciones que se operaron en el panorama de las ideas y de la sociedad afectaron al plano de lo religioso. Por un lado, los Estados se fueron secularizando, y dejando de ser confesionales, de manera que hacia mediados del siglo XX apenas existían países de ámbito cristiano en los que se siguieran cerrando casas de mala nota o garitos de juego durante el Adviento o la Cuaresma. Su función se limitaba a facilitar las condiciones para que las diferentes confesiones pudieran celebrar sus ceremonias con normalidad, especialmente la mayoritaria o nacional. Por otra parte, e igualmente de un modo más acentuado en el siglo XX, comenzó a tener presencia visible un sector de la sociedad definido por su alejamiento de la religión, su agnosticismo o su ateísmo, desapareciendo de este modo la unanimidad de sentimientos religiosos y la total participación en ceremonias y manifestaciones sagradas que encontrábamos en otras épocas. Para esta parte de la población la Navidad pasó a convertirse en un conjunto de costumbres caracterizadas por su bondad, en un tiempo para reencontrarse con la familia, en un período vacacional o incluso en una festividad a erradicar, lo que en muchos casos no impidió o impide que por diversas razones se participe de estas tradiciones, desplazando su carácter religioso y resaltando su sentido humano y cultural.

Teniendo en cuenta ambas posturas ya hemos señalado cómo debemos hablar, por vez primera en la historia, de diferentes maneras de vivir estas fiestas, e incluso de no vivirlas, destacando como «gran aportación» de nuestros tiempos los elementos puramente externos, publicitarios o comerciales, pues en el ámbito del sentido religioso de la Navidad la labor ya estaba realizada desde hacía más de un milenio.

A partir de aquí avanzaremos de la mano del calendario, exponiendo en cada momento la evolución de las viejas prácticas y el nacimiento de las nuevas, a fin de

lograr una imagen lo más completa posible de las Pascuas navideñas y las múltiples posibilidades que existen para celebrarlas de un modo o de otro, e incluso de ambos.

El Sorteo Extraordinario de la Lotería de Navidad

La primera de las costumbres propias de este tiempo de la que muchos, bien fueran creyentes, indiferentes o escépticos, participaban en el XIX, y siguen haciéndolo actualmente, es la lotería.

Tras el primer sorteo de 1763, este juego, implantado por voluntad y acierto de Carlos III, fue ganando en notoriedad y extendiéndose entre las diferentes capas sociales. La *beneficiata*, así denominada en el siglo XVIII, sufrió algunos cambios con el paso del tiempo, pues aumentó la cantidad de números jugados, el lugar de celebración de la rifa e incluso su nombre, pasando a denominarse «Primitiva». Fue en 1812, durante la guerra de la Independencia (1808-1814), en el Cádiz sitiado por los franceses, donde las Cortes, con el fin de aliviar las exhaustas arcas públicas, aprobaron a iniciativa de Ciríaco González Carvajal, ministro del Consejo y Cámara de Indias, la creación de la Lotería Moderna. El 4 de marzo de ese mismo año se celebró el primer sorteo, en la gaditana plaza de san Antonio, en convivencia con la vieja «Primitiva», cuyas rifas se seguían efectuando con normalidad.

A medida que las victorias sobre las tropas napoleónicas se fueron sucediendo y se recuperaban las diferentes regiones del país, la moderna lotería se extendió por España con gran éxito; tengamos presente que la recaudación del año 1817 ya doblaba en ingresos a la de su «primitiva» predecesora. Los sorteos extraordinarios, y entre ellos el de Navidad, se deben al rey Fernando VII (1814-1833), que dispuso que tuvieran lugar dos al año, en junio y en diciembre, donde se repartieran premios mayores que de ordinario. La extracción de las bolas de las mencionadas rifas debía efectuarse bajo la presidencia y supervisión del gobernador del Consejo de Hacienda. El 75% de la recaudación se destinaba a premios, mientras que el 25% restante pasaba a las arcas reales, encargadas de la organización y control de los sorteos. Pronto surgieron agrupaciones cuyo único fin era hacer apuestas colectivas que incrementasen las posibilidades de sus miembros de ser premiados. En el año 1849 ya existían algunas, cuyos nombres eran tan sugerentes como «La Felicidad» o «La Fortuna». Finalmente fue en el año 1862 cuando la reina Isabel II (1844-1868) eliminó, por medio de un Real Decreto, la «Primitiva», muy disminuida ya, dado el éxito de la moderna lotería.

A inicios del siglo XX el número de sorteos extraordinarios ascendió a tres, pero el más importante seguía siendo el de Navidad. Los billetes, ilustrados por nuestros mejores artistas, pasaron a imprimirse en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre y Real Casa de la Moneda, de donde salían divididos en diez participaciones por billete, o décimos. Los sorteos se sucedieron anualmente con normalidad, salvo en el año 1938, en el que hubo dos sorteos extraordinarios de Navidad como consecuencia de

la Guerra Civil (1936-1939). Ambos bandos, el nacional y el republicano, celebraron su rifa, con el deseo de ofrecer una imagen de normalidad. En el primero la ceremonia tuvo lugar en Burgos y salió premiado el 22 655, mientras que por el otro bando se celebró en Barcelona, donde el «gordo» fue para el 36 758.

A más de doscientos cincuenta años de distancia impresiona ver cómo han cambiado algunas cifras. De las noventa artísticas bolas que se introdujeron en la caja diseñada para el primer sorteo, hemos pasado a los cien mil números del año 2013. De las diez pesetas (0,06 céntimos de euro) que costaba el billete de la Lotería de Navidad del año 1812, hemos llegado a los doscientos euros (33 270,72 pesetas) que costaba en 2012. Y, finalmente, de las cuarenta mil pesetas (doscientos cuarenta euros) que repartió aquel mismo año el Primer Premio del Sorteo Extraordinario de la Lotería de Navidad, hemos subido hasta los cuatro millones de euros (665 544 000 pesetas) que se repartieron en 2012. En cierto modo en este azar que es la lotería, y en la cantidad de millones que se reparten, ya no hay un interés por dotar económicamente a jóvenes sin recursos, ni siquiera existe un pequeño «ángel» que extraiga las bolas, como sucedía antaño; pero sí hay un deseo de iniciar las fiestas con la ilusión y la expectativa de ganar un dinero, quizás mucho, iniciándose así cada 22 de diciembre las ya milenarias alegrías de la Navidad.



TEJADA REVILLA, José Joaquín. *La lista de lotería*, también conocida como *La confronta*. El original se exhibe en el Museo Emilio Bacardí Moreau, en Santiago de Cuba. Este autor del XIX retrató la comprobación que los jugadores hacían de sus billetes de lotería una vez publicada la lista de premios.

Los mercadillos navideños

Los días previos a la fiesta de la Nochebuena, y en las siguientes jornadas hasta la Epifanía, era común en la España del XIX la visita a los mercadillos navideños. Algunos de estos, pese al paso del tiempo, perviven en la actualidad y se han convertido en elementos característicos de estas celebraciones en las poblaciones que los acogen.

Sabemos de la existencia en toda Europa de reuniones de comercios navideños en plena calle. Viena y Londres, por citar dos casos de los muchos que hay, siguen reuniendo los puestecillos callejeros llegadas las fechas señaladas. Como en todas partes, y más antes que ahora, tras sus mostradores se ofrecían productos que se precisaban para las fiestas. En el caso de nuestro país destacaban los que se celebraban, y al menos en parte siguen haciéndolo, en Madrid y Barcelona.



Venta de pavos en la Plaza Mayor de Madrid, en el año 1953 (archivo fotográfico de Santos Yubero). Años después se prohibió la venta de alimentos en los mercadillos callejeros de Navidad.

En el caso de la capital eran dos los lugares que acogían tales mercadillos. El primero se encontraba en la céntrica plaza de Santa Cruz, frente al actual Ministerio de Asuntos Exteriores. Su origen estaba en la feria que se celebraba en este mismo emplazamiento en el siglo XVII, en la que además de comestibles se vendían flores y otros artículos. En el XIX el mercadillo seguía en el mismo sitio; sin embargo, sus productos habían cambiado, tratándose en este momento de mercancías típicas de la gastronomía navideña matritense: lombardas, pavos, turrones, mazapanes, dulces, «cascajos»... Con el paso de los años los puestos se trasladaron a la plaza Mayor, donde a partir de entonces se vendieron los citados alimentos. La plaza de Santa Cruz, a partir de este momento, se especializó en artículos de broma, panderetas, zambombas, juguetes, abetos, figurillas de belén, etc. En el año 1834 la municipalidad reguló estos negocios, publicando los primeros reglamentos. Su objetivo era marcar unos precios ajustados y evitar abusos y desórdenes. En el año 1911, y para adaptarse a los nuevos tiempos, se renovaron las citadas legislaciones, hasta que en el año 1944 el Ayuntamiento decidió concentrar los mercadillos en la plaza Mayor y prohibir en ellos la venta de alimentos.

En Barcelona la primera de las ferias populares navideñas era, y es, la de Santa Lucía, inaugurada en un principio el 13 de diciembre, día de la santa patrona de los

ciegos. Esta se celebraba en la plaza del mismo nombre, frente a la catedral de la ciudad. Aquí se vendían abetos, corcho, decorados, figuritas de belén, portales y todo tipo de elementos necesarios para completar un Nacimiento. Antaño era costumbre que el día 13 lo visitaran grupos de modistillas, que aprovechaban para acudir al mercadillo y la capilla de la santa, lo que atraía a estudiantes de bachiller y peritaje, cuya actitud acababa en no pocas ocasiones en bromas pesadas y soeces. En 1988 su inauguración se adelantó hasta el 5 de diciembre y su clausura fue el día de Nochebuena.

Otro de los mercadillos propios de estas fiestas es el que tenía lugar a inicios del siglo xx junto a las verjas del parque de la Ciudadela, en el paseo Pablo Picasso, donde se celebraba un feria de pavos, pollos y capones despachados, en muchos casos, por los propios payeses que los habían criado y que bajaban en estas fechas a la ciudad. También en la plaza de Tetuán los aldeanos vendían sus productos, tratándose en este caso de corderos. Una feria más era aquella que se reunía, y aún lo sigue haciendo, en la Gran Vía, entre la plaza de la Universidad y la plaza de España, donde se ponían a la venta juguetes hasta la propia noche de Reyes. Al igual que en el caso de Madrid, los dos mercadillos de los que hemos hablado, en los que se ofrecían alimentos, han desaparecido en la actualidad y perduran tan sólo aquellos en los que se vendían otro tipo de mercancías.

LOS DÍAS DE NOCHEBUENA Y NAVIDAD

La cena de Nochebuena y el día de Navidad en España han sido tradicionalmente, y son, ocasión de encuentro familiar y celebración religiosa. En los siglos xix y xx, los ayunos que antaño caracterizaron la citada noche ya habían desaparecido, salvo en los hogares más fieles y en los monasterios y conventos de clausura. Nuestros medios de transporte actuales facilitan el que los platos que ocupan durante estas dos jornadas la mesa sean de lo más variado, e incluso que provengan de lugares lejanos. Sin embargo, hasta mediados del siglo xx se podía identificar la región en la que se estaba según los alimentos que se servían la noche de Nochebuena o el día de Navidad. Ya hemos hecho referencia en capítulos anteriores a este aspecto propio de las fiestas que nos ocupan, centrándonos especialmente en aquellos productos comunes a todas las mesas españolas. En este sentido, y debido a su origen reciente, debemos hablar del cava como uno de los artículos propios de España, y de nuestras cenas y comidas navideñas.

El nacimiento del cava, una bebida asociada a la fiesta

La elaboración de esta bebida, tan ligada a nuestras jornadas festivas, se debe a la

familia Codorníu, muy vinculada a la producción de licores, pues ya fabricaba mistelas allá por el siglo XVI. En las sucesivas centurias la familia prosiguió con el negocio hasta que al inicio de la década de 1870, Josep Raventós i Codorníu (1824-1885), dueño de la empresa, quiso ampliar sus producciones, para lo que envió a Manel Montserrat, hombre de su confianza, a la ciudad francesa de Reims, con el fin de aprender el proceso de elaboración del champán.



Nochebuena, obra de Cecilio Pla, de finales del XIX, en cuyos carteles se puede leer: «Turrónes de Jijona y Alicante», «Peladillas de Alcoy» y «Turrón de Cádiz». Delante de estos se halla un grupo de niños tocando instrumentos e interpretando villancicos.

Tras el regreso de este en el año 1872, la primera botella de cava español vio la luz, iniciándose las campañas de venta en 1879. La calidad de la bebida era grande, pues ya al poco de iniciarse su producción, en el año 1895, ganó el Primer Premio de la Exposición de Burdeos, pese a los intentos del jurado francés de amañar el resultado. El consumo de cava se extendió primero por Cataluña, a inicios del siglo XX, y entre la burguesía, como un licor propio de su clase; pero después de 1939 se popularizó e hizo habitual en el resto de España. Desde aquel año 1879, la población de Sant Sadurní d'Anoia (Barcelona), ubicada en el Penedés, se convirtió en la segunda capital del mundo, después de Reims, en producción de vinos espumosos; pero no en la única en nuestro país, ya que actualmente se elaboran este tipo de espumosos en regiones como La Rioja, Castilla y León o Valencia, entre otras.



Publicidad, en torno a 1898, del cava de la marca Codorníu, al poco tiempo de haber iniciado esta casa sus producciones de vino espumoso.

La celebración religiosa y callejera de la Navidad

Tras la cena de Nochebuena los fieles que deseaban, o desean, asistir a la ceremonia que rememora el nacimiento de Jesús sin esperar a la celebración del día de Navidad, acuden a la Misa del Gallo. En esta se entona el canto del Gloria, silenciado en la liturgia a lo largo del Adviento; se proclaman los pasajes del Evangelio de Lucas (Lc 2, 1-20) en los que narra el nacimiento de Jesús; se cantan los primeros villancicos de la Navidad, se celebra la eucaristía, y al terminar la misma se procede a la adoración del Niño Dios y al intercambio de felicitaciones pascuales, finalizando así una liturgia cuyo sentido se ha mantenido intacto a lo largo de los siglos.

En esta primera noche de Navidad se inicia el canto de villancicos en los templos. De entre todos destaca uno, principalmente indicado para ser entonado en la Misa del Gallo; se trata del conocidísimo *Stille Nacht*, o Noche de Paz.

La historia de este canto se encuentra absolutamente ligada a las celebraciones de la Natividad. Corría el año 1818 cuando en Oberndorf, una pequeña población austriaca cercana a Salzburgo, uno de los sacerdotes de la localidad, Joseph Mohr, coadjutor de la iglesia de san Nicolás, acudía a casa de un matrimonio de carboneros, situada en el bosque, con el fin de bendecir a su niño, que había nacido pocas horas antes. A decir del religioso, la pobreza de aquel hogar, su sincera piedad y la contemplación del pequeño le conmovió, y durante el camino de regreso fue meditando sobre lo que había visto. No bien llegó a la población compuso un texto en seis estrofas y se dirigió a casa de su amigo Franz Xaver Gruber, maestro de la escuela del vecino pueblo de Arnsdorf y organista de su iglesia. Para aquella misma noche, en la que había de celebrarse la Misa del Gallo, Gruber había compuesto la melodía del villancico. Llegada la medianoche la iglesia estaba iluminada, el belén instalado junto al altar de san Nicolás y el templo lleno de fieles. Al finalizar la

ceremonia los dos amigos, acompañados por una guitarra, pues el órgano se hallaba estropeado, entonaron por vez primera el celebrado villancico:

Noche feliz y de solaz,
todo está durmiendo en paz.
Velan sólo María y José,
duerme el Niño y durmiendo se ve
todo el cielo en su faz...



Retratos del padre Mohr y Franz Gruber, autores del villancico *Noche de paz*, compuesto el día de Navidad de 1818.

Es inútil señalar la popularidad que adquirió el citado canto, y las variaciones que ha sufrido su letra a lo largo de las décadas. En todo caso, y aunque siempre es arriesgado hacer este tipo de aseveraciones, poco podían imaginar Gruber y Mohr que habían compuesto el villancico más célebre de la historia, tal y como conmemoró un sello austriaco el año 1968, en el ciento cincuenta aniversario de su creación, al igual que se sigue haciendo cada Nochebuena en muchas de las iglesias de la cristiandad.

Tras la celebración de los oficios religiosos de la medianoche del 24 de diciembre, es habitual que muchos fieles celebren en las instalaciones propias de las parroquias el nacimiento del Niño Dios. Otros regresan a sus casas, donde prosiguen el festejo con sus familias, o bien simplemente se retiran a dormir. En el siglo XIX era muy común entre las clases populares que la fiesta se trasladase a las calles. El viajero M. J. Quin, que visitó Madrid en la Navidad de 1822, relata cómo grupos formados por hombres y mujeres de todas las edades recorrían ruidosa y alborozadamente las calles, al son de coplas de Nochebuena, guitarras y panderetas. El bullicio formado en las calles debía de ser grande, pues las autoridades municipales hubieron de adoptar medidas al respecto. Así, en el año 1835, el Ayuntamiento emitió un bando que afectaba a lo que denominaba «bacanales indígenas». En el citado texto se prohibían las rondas navideñas, el uso de disfraces y máscaras, las palabras malsonantes, los insultos y las vejaciones, pues a menudo los

cánticos, que no eran sólo villancicos, desembocaban en lo ofensivo y lo soez; sin embargo, la autoridad permitía el uso de panderetas, panderos, zambombas, rabeles y otros instrumentos musicales. Fue a partir de mediados del siglo xx cuando la actividad de las rondas decayó en favor de otras diversiones para esta velada.

NAPOLEÓN Y LA ABADESA

25 de diciembre de 1808

Tras atravesar los pasos montañosos de Guadarrama, en medio de una gran borrasca de nieve, Napoleón y su ejército llegaron a Tordesillas^[24] (Valladolid). Era la mañana de Navidad del año 1808.

Napoleón llegó a este pueblo castellano tras varias jornadas sin apenas descanso, pues se había visto obligado a perseguir al ejército británico del general *sir* John Moore, antes de que este le cerrase el paso hacia Francia. Al fin, conjurado el peligro, la marcha se detuvo en Tordesillas, y el emperador se alojó en la hospedería que regentaban las madres clarisas al lado de su convento. En el locutorio del mismo los franceses encerraron a tres españoles acusados de espionaje, el cura de Tordesillas y dos compatriotas más, que habían sido sorprendidos tomando nota de las posiciones galas en la zona. A la mañana siguiente serían fusilados. Mientras tanto las monjas rezaban, pues ¿qué más cabe hacer en esta situación a unas religiosas?

Mientras tanto Napoleón pasó una mañana solitaria, en la que el deseo de celebrar en cierto modo la fiesta de Navidad le llevó a vestirse con su uniforme de gala, guarnecido con sus condecoraciones. Ya después de comer sintió curiosidad e hizo llamar a la abadesa a sus habitaciones. Esta era una religiosa mayor, de más de sesenta años, la madre María Manuela Rascón.

Lo que se inició como una conversación de cortesía se prolongó toda la tarde, fría y corta a buen seguro, como son las tardes de diciembre en Castilla. Doña María Manuela preguntó a Napoleón por cada una de sus condecoraciones, y este, encantado, le fue hablando de ellas. La espontaneidad y cierta confianza comenzaron a dominar la charla, y el emperador mandó encender el fuego y servir café. Tras varias horas de afable tertulia ambos se despiden. El «pequeño corso», agradecido por la acogida que ha tenido, entrega a la abadesa una bolsa con mil monedas de oro para su comunidad y le indica que a partir de ese momento podrá utilizar el título de abadesa-emperatriz. Entonces nuestra religiosa pide al emperador una gracia: la libertad de los tres agentes españoles. Napoleón se la concede y a la mañana siguiente, cuando comienza la parada militar que anuncia la marcha de Bonaparte, hace ya tiempo que los presos han sido puestos en libertad. Y así terminó otra tarde de Navidad en España, en plena guerra de la Independencia, presidida sin embargo por la acogida, la cordialidad y el perdón.



Monasterio de Santa Clara de Tordesillas (Valladolid) donde tuvo lugar el encuentro entre la abadesa del mismo y Napoleón Bonaparte la tarde de Navidad del año 1808.

De san Nicolás a Santa Claus. La metamorfosis definitiva del santo obispo de Myra

Tras asistir a una expansión y transformación constante de la figura de san Nicolás prácticamente desde el momento de su muerte, fue en el siglo XIX cuando más se acentuó este fenómeno. Nuestro piadoso santo vio modificar su imagen drásticamente, pasando de ser un obispo católico a una anciana personificación del renacimiento natural hasta convertirse, una vez en Norteamérica, en Santa Claus; y posteriormente, en Europa, en Papá Noel. Son estos dos últimos estadios de su evolución, fruto de la literatura y la publicidad, los que ahora nos interesan.

Era el año 1809 cuando el escritor norteamericano Washington Irving (1783-1859) terminó su libro *Historia de Nueva York según Knickerbocker*. En esta obra el autor narraba, de un modo satírico, la vida de aquellos primeros colonos holandeses que llegaron a la costa este de Norteamérica y fundaron la propia Nueva York. A lo largo del libro la figura de san Nicolás aparece veinticinco veces, pero no ya como un obispo de venerable aspecto y edad avanzada, sino como un hombre alegre, bonachón, generoso y propietario de un caballo volador con el que surcaba los cielos de la ciudad, arrojando regalos a sus habitantes a través de sus chimeneas. El nuevo rostro del santo gustó tanto que su popularidad creció entre los neoyorquinos, e incluso los colonos ingleses aceptaron con gusto su celebración el 6 de diciembre. Es a estos últimos a quienes debemos el nombre de Santa Claus, pronunciación anglosajona del holandés Sinterklaas o Sinter Klaas.



Dibujo de Santa Claus realizado por el dibujante Thomas Nast, en la segunda mitad del siglo XIX. El personaje tiene aspecto de gnomo y un traje confeccionado con pieles.

El segundo paso en el proceso de transformación lo dio inconscientemente un profesor de Teología y Sagrada Escritura, Clement C. Moore. Este hombre, cerca de las Navidades del año 1822, compuso un poema que leyó a sus seis hijos dos días antes de Nochebuena. Lo que era un texto puramente familiar y privado se convirtió en un fenómeno de masas, pues transcrito por su mujer y ofrecido por un amigo al periódico *Sentinel* de Nueva York, este lo publicó el 23 de diciembre del año 1823, titulándolo «Un relato sobre la visita de san Nicolás». El poema literariamente no tenía valor alguno, a decir del propio autor, pero acentuaba el componente sobrenatural del personaje, definiendo su imagen y haciéndolo más creíble: aparecía el trineo volador tirado por renos, no por un caballo como decía Irving; ubicaba indirectamente al personaje en un lugar del norte muy próximo al polo; convertía los zuecos, que los niños holandeses ponían junto a la chimenea para recibir los regalos el día 6 de diciembre, en calcetines, y algo trascendental, el santo Nicolás se convertía en una especie de gnomo gordo, alegre y de escasa talla, que además repartía regalos la noche del nacimiento de Jesús. El propio Irving acogió esta nueva imagen y ayudó a su difusión, que fue rápida. En el año 1835 Moore fundó una sociedad literaria, muy marcada por la historia de san Nicolás, de la que Irving fue el primer secretario, y su casero, pues las reuniones tenían lugar en su casa de la calle Sleepy Hollow. La primera de todas ellas tuvo lugar el día 6 de diciembre de ese mismo año, como no podía ser de otra manera, en un claro homenaje a Santa Claus, al cual imitaban fumando en largas pipas holandesas. Para los emigrantes que llegaban a Estados Unidos fue realmente sencillo identificar esta figura con tradiciones locales y personajes que procedían de sus países de origen, de modo que la aceptación de Santa Claus creció rápidamente tanto entre la población autóctona

como entre la recién llegada.



Imagen de Santa Claus elaborada por Habdon Sundblom, dentro de la campaña de publicidad que, a partir de 1930, promocionaba un refresco. Esta imagen del personaje es la que se ha consagrado, llegando hasta nuestros días.

La imagen del personaje también vivió su proceso de elaboración, cambiando de aspecto según el dibujante que retratase a nuestro protagonista. En un primer momento se le representó como un hombre normal, de pequeña estatura, ataviado con chaqueta de piel, botas altas y gorro invernal. Poco más tarde pasó a ser un hombre enorme, corpulento, igualmente vestido y tocado con un sombrero de plumas, aunque ninguna de estas imágenes se consolidó. Su aspecto más popular se debe a Thomas Nast, un dibujante alemán, nacido en 1840, que con seis años emigró con su familia a Nueva York. Con los años, su talento con los lápices le valió un puesto como corresponsal de guerra en la publicación *Harper's Weekly*, donde ganó su fama. En el año 1863 hizo su primera ilustración sobre Santa Claus, tomando ya elementos de W. Irving y de C. Moore. Su habilidad, y el afecto que ponía en las imágenes, dado que en su familia había aprendido a venerar la Navidad, pronto le hicieron ganar el reconocimiento de los lectores, que aceptaron sin retoques su visión de san Nicolás: un gnomo barbado, de talla gruesa, vestido con pieles de un tono rojizo, que procedía del Polo Norte, y era representado, habitualmente, entre elementos tales como el muérdago, el acebo o el abeto. Finalmente los últimos retoques a esta figura, que lo alejaban del aspecto de gnomo que tenía la creación de Nast, haciéndolo más verosímil, se deben a Habdon Sundblom, un dibujante de Chicago muy cotizado en los años veinte, que trabajó para la marca Coca-Cola. Esta compañía inició una campaña publicitaria en el año 1931 en la que el protagonista, junto a la conocida

bebida, fue el Santa Claus de Sundblom, que obtuvo un enorme éxito, fijando de este modo la estética actual de nuestro personaje.

De Santa Claus a Papá Noel, el personaje retorna a Europa

El santo que en su día viajó de la mano de los colonos holandeses a Norteamérica, regresó después de dos siglos a Europa, del todo irreconocible, convertido en Santa Claus y, curiosamente, en algunos países como Gran Bretaña su tradición arraigó.

Como consecuencia de las medidas tomadas desde el siglo xvii por los dirigentes protestantes ingleses, prácticamente todo lo relacionado con la festividad y tradición navideñas había desaparecido de Inglaterra. Fue a inicios del xix cuando la solemnidad se recuperó gracias a la introducción del árbol de Navidad procedente de Alemania, y muy especialmente a la labor hecha por literatos y periodistas. En este sentido hemos de destacar una vez más a W. Irving, que en el año 1818 se trasladó a vivir a Inglaterra, donde escribió su *Libro de apuntes* (1818-1819), en el cual incluyó un relato sobre las antiguas fiestas de Navidad en Yorkshire (Inglaterra), recordando a los británicos su propio pasado. Un tiempo después Charles Dickens (1812-1860) dio a la imprenta la obra *Canción de Navidad*, un conjunto de cuentos publicados entre 1843 y 1848, que alcanzaron una enorme difusión y fama. A la labor de estos y otros escritores se sumó la fuerza ejercida por la prensa, que entre los años 1870 y 1880 comenzó a publicar historias sobre un hombre misterioso, envuelto en un aura mágica, que visitaba los hogares la víspera de la Navidad, entrada ya la noche, para dejar juguetes a los niños. Unos le llamaban Santa Claus, otros lo identificaban con el antiquísimo Father Christmas, o «Padre Navidad». Finalmente ambas figuras se fusionaron, visitando los hogares la noche del 24 al 25 de diciembre, al igual que en Estados Unidos, para obsequiar a los niños con regalos; y es que, en los últimos años del siglo xix, la recuperación de la Navidad en su conjunto era ya un hecho en Inglaterra.

Francia, por su parte, recibió de la vecina isla la simpatía por Santa Claus, siendo aquí donde comenzó a conocerse como Père Noël, o «Padre Navidad», de donde procede el nombre de Papá Noel. No obstante, los franceses no habían abandonado sus costumbres como los ingleses y rápidamente ligaron al recién llegado con alguien muy característico de su propio folclore, el famoso Bonhomme Noël, o «Buen Hombre de Navidad». Según las leyendas, era este un anciano misterioso, de barba blanca, ataviado con un manto cubierto de nieve, que la noche de Navidad entregaba regalos y golosinas a los niños que lo merecían. Solía acompañarse del *Padre Fouettard*, o «Papá azotador», un ayudante encargado de dar un escarmiento a los muchachos malvados.



Grabado del *Father Christmas*, espíritu invernal del que tenemos noticias ya en el siglo XV, que se fusionó con el reformado Santa Claus que llegó de Norteamérica.

En muchos países y regiones católicas de Europa, habitualmente en lugares donde la presencia del protestantismo era fuerte, desde mediados del siglo XVI, época de la Contrarreforma, los regalos los llevaba el Niño Jesús, o Christinkindel, durante la vigilia de Navidad, eclipsando así en cierta medida la acción de san Nicolás y previniendo el contagio de sus tradiciones. Fue este el motivo por el que el santo obispo que entregaba los presentes la noche del 5 al 6 de diciembre, ante tamaña «competencia» e idénticos temores, pasó a modificar sus hábitos, y así los países protestantes trasladaron la entrega de obsequios a la misma fecha que lo hacía el Niño Jesús. En realidad, históricamente esta fue la única consecuencia de la mencionada disputa, ya que no se le concedió una excesiva importancia dado que los protestantes veían claro que ninguna figura podía competir con el Mesías, auténtico protagonista de la Navidad; y para los fieles a la autoridad de Roma, san Nicolás era en definitiva un obispo católico que además había llegado a alcanzar la santidad, por lo que cada cual se limitó a potenciar la propia costumbre sin desatar una «guerra» de tradiciones por este asunto.

Y EN ITALIA LA BEFFANA

Los personajes que traen por Navidad regalos a los más pequeños son muy variados. No hay que decir que los más sólidos por su origen bíblico son el Niño Jesús y los Reyes Magos, pero las diferentes tradiciones nacionales han incorporado muchos otros. En Italia, por ejemplo, además del Niño Dios, los juguetes los lleva la víspera de la Epifanía una bruja llamada *Beffana*. La leyenda dice que los Magos pasaron ante su puerta y la invitaron a acompañarles, pero ella se negó. Poco después,

arrepentida quiso hacerlo, pero ya no les encontró, ni a ellos ni a Jesús, y desde entonces sigue buscando.

Una historia similar es la de *Babushka*, una anciana encargada de obsequiar en tales fechas a los niños rusos. En otros lugares del norte de Europa los presentes los llevan personajes fantásticos, de aspecto y características similares a Papá Noel, pero mucho más antiguos. Muy originales en esta cuestión son los niños polacos, que siguen recibiendo los regalos navideños de las estrellas.

LA NAVIDAD EN LOS HOGARES

Tradicionalmente, y cerca del tiempo de Navidad, los hogares se engalanaban con el fin de crear un ambiente piadoso y festivo, más acorde con las solemnidades que se aproximaban, tal y como se había hecho a lo largo de buena parte de la historia del cristianismo. A este respecto, los siglos XIX y XX en España no fueron una excepción, continuando con las prácticas de otras épocas, como era la colocación de belenes. El ya señalado José Blanco White corrobora en sus cartas esta práctica, a inicios del 1800:

Esta colección de muñecos llamada nacimiento se sigue exhibiendo todavía en muchas casas, aunque no ya para el público, sino para diversión y satisfacción piadosa de la familia y de los amigos más íntimos.

José Blanco White, *Cartas de España*, 1806

La costumbre prosiguió, y prosigue en la actualidad, en los hogares cristianos, aunque en algo más de un siglo ha ido adquiriendo un carácter artístico más acusado que antaño, lo que fomentó no sólo el nacimiento de escuelas de autores belenistas en Cataluña, Murcia y Andalucía, de fuerte raigambre en las dos últimas centurias, sino también el surgimiento de asociaciones que fomentan el estudio y el desarrollo de esta práctica.

La primera agrupación dedicada a fomentar el belén nació en Barcelona, antes ya de 1863, aunque data de este año el permiso gubernativo que le permitió constituirse como Sociedad de Pesebristas de Barcelona. Sus miembros estaban obligados a montar un Nacimiento en su casa llegado el tiempo de Navidad y mantenerlo hasta la fiesta de la Candelaria, el 2 de febrero. En el año 1952, y coincidiendo con el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en la Ciudad Condal, se organizó en esta misma población el Primer Congreso Pesebrista Internacional, hecho muy en consonancia con la afición existente en estas tierras, ya que de todas las regiones españolas Cataluña fue la primera en promocionar el belenismo y sigue siendo una de sus más activas representantes. Lamentablemente, en los últimos años algunos de los nacimientos que sus asociaciones colocaban en las calles han dejado de instalarse debido a los robos y la destrucción de figuras.

El auge de los aguinaldos y el inicio de las tarjetas de Navidad

Hasta estos mismos hogares, de los que hablábamos líneas arriba, llegaban en las fechas previas, y durante los días jubilosos de la Natividad, felicitaciones navideñas, conocidas también como *christmas*. La historia de las felicitaciones escritas era vieja ya en estas centurias; sin embargo no lo era tanto la de las postales impresas con tales fines.

Hemos visto en capítulos precedentes la existencia de aguinaldos en épocas asaz tempranas, como en la Edad Media; e igualmente su continuidad en el tiempo, como señalábamos en nuestro Siglo de Oro. En el siglo XIX la costumbre continuaba, llegando a vivir en esta misma centuria un período de esplendor, gracias al empleo de la litografía. Fue el *Diario de Barcelona*, en el año 1831, el primero en imprimir en España postales de felicitación, a cambio de las cuales, y de los buenos deseos que en ellas constaban, sus repartidores esperaban recibir una pequeña cantidad de dinero o aguinaldo. En muchas de aquellas postales decimonónicas había redactados parabienes ingeniosos, que buscaban agradar al «dádivoso» ciudadano. El caso que reproducimos a continuación lo hacía en forma de décima.

Felices Pascuas Señor
con alma y vida os desea,
quien todo el año se emplea
en servir al suscriptor.
Sin que el frío ni el calor,
lluvias ni incómodo viento,
se detenga un momento;
sed hoy conmigo propicio
reconociendo el servicio
de este humilde servidor.

«Felicitación del repartidor del Diario de Barcelona»

La costumbre de entregar estas tarjetas por parte de todos aquellos oficios que efectuaban un servicio de cara al público creció enormemente, más aún a partir de la década de 1860 gracias al empleo de la cromolitografía. Era habitual encontrar en estas felicitaciones buenos deseos, imágenes amables, familiares, religiosas o propias del empleo que tenía el dador de la misma; así como una exposición de lo sacrificado y servicial de su oficio. El gusto por el coleccionismo, que existía en la época, acentuó el que serenos, barrenderos, carteros, lecheros, etc., se presentaran en las puertas de las casas tarjeta en mano, año tras año al llegar la Navidad. Finalmente hubo quienes, cansados de esta costumbre, también imprimieron sus propios carteles, pero con advertencias del estilo: «No se admiten felicitaciones» o «En este comercio no dan aguinaldos».

Una historia similar es la del nacimiento de las tarjetas de felicitación puramente navideñas, denominadas por algunos como *christmas*, acortando el término inglés *card Christmas*, que significa tarjeta navideña. Ya hemos visto cómo las primeras postales, en este sentido, se elaboraron a inicios del siglo XIX, siendo destinadas a obtener un aguinaldo. En fechas similares también los niños ingleses confeccionaban

tarjetas de felicitación, que entregaban a sus padres por Navidad. Las siguientes en aparecer lo hicieron en Viena, tratándose de postales comerciales en las que las empresas deseaban un buen Año Nuevo a sus clientes y asociados. El primero en realizar una auténtica felicitación navideña, y el artífice de su lanzamiento y consagración, fue Henry Cole, un londinense que en el año 1843, al no tener tiempo para escribir personalmente a cada uno de sus amigos, encargó a una imprenta una tarjeta en la que una familia burguesa, formada por tres generaciones, en torno a una surtida mesa, deseaba: «A Merry Christmas and a Happy New Year to you». El éxito de su iniciativa fue enorme, aunque hubo de pasar algún tiempo hasta que estos cartones se comenzaran a comercializar con diferentes motivos.



Imagen de la Navidad de 1968 en la que la gente se fotografía con un guardia urbano, frente al cual están sus aguinaldos.

Actualmente, y debido a la velocidad y ahorro de tiempo que supone internet, además de a nuestra acelerada vida diaria, se ha perdido en parte la costumbre de salir a buscar unas tarjetas, escoger una para cada ser querido y personalizarlas de nuestra propia mano, lo que no significa que la hermosa práctica de enviar buenos deseos por correo postal esté próxima a desaparecer. Sólo en los Estados Unidos de Norteamérica, en el año 2004, en cada hogar se recibió una media de veinte postales navideñas. Al año siguiente, en este mismo país, se enviaron mil novecientos millones de estas mismas tarjetas, y a juzgar por el siguiente dato, hay quien valora estos cartones mucho más allá de lo sentimental. En diciembre del año 2005 tuvo lugar una subasta en la que se sacó a la puja una de las mil primeras postales que encargó en el año 1843 *sir* Henry Cole. El precio que alcanzó la citada tarjeta fue de casi nueve mil libras esterlinas, esto es, unos 10 401 euros, o 1 730 580 pesetas. Teniendo en cuenta que estas primeras postales se comercializaron a una libra, estamos ante una de las revalorizaciones más llamativas de la historia.



Primera postal de Navidad, realizada en 1843 por iniciativa de Henry Cole. Además de felicitar las pascuas y el nuevo año, destacan dos obras de caridad: dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

El muérdago, el acebo y el árbol de Navidad: el hogar se viste de verde

Durante los siglos XIX y XX, y llegado el solsticio de invierno, los pueblos de cultura europea continuaron con la antiquísima práctica de «proteger» sus casas y «solicitar» prosperidad, llevando hasta ellas ramas, arbustos e incluso árboles de hoja perenne.

Particularmente popular, en este sentido, se hizo el muérdago, cuya presencia en las casas se convirtió en costumbre y elemento decorativo. Esta tradición, proveniente del norte y centro de Europa, se halla en la actualidad muy extendida en el mundo cristiano, introduciéndose en España a inicios del siglo XX, salvo en zonas próximas a la frontera francesa, donde ya se practicaba con anterioridad.

La importancia de esta planta en la Antigüedad fue enorme. Los pueblos de tradición agraria en Europa la consideraban un elemento protector contra hechizos y maldiciones, un repelente del rayo y las enfermedades del ganado, un elemento con propiedades curativas y renovadoras, y un propiciador de la felicidad. Para los celtas era la planta sagrada por excelencia. La noche del 21 de diciembre, o solsticio de invierno, el colegio de druidas, tras realizar un elaborado ritual, se dirigía al roble sagrado para acto seguido cortar el muérdago de este empleando una hoz de oro.

Dada la importancia que se le concedía, y la supervivencia de parte de la misma, son comprensibles las creencias existentes sobre su capacidad benéfica. Besarse bajo un ramo o corona de muérdago, colgado del marco de una puerta o del techo de la casa, supone para los casados concebir en poco tiempo; y para la muchacha soltera que recibe el beso el día de Nochebuena, casarse dentro del año siguiente.

Pero la importancia pagana de nuestro protagonista no pasó desapercibida para la Iglesia, que quiso sustituir el popular muérdago por el aséptico acebo. Este vistoso arbusto no contaba con connotaciones paganas y, en cierta medida, las púas de sus

hojas y sus bayas de color rojo recordaban a la corona de espinas de Cristo y el derramamiento de su sangre por la redención del género humano. No sabemos con exactitud cuándo se inició, pero se cree que el intento de «cristianizar» el acebo se remonta a los siglos VII y VIII, mientras se producía el proceso de evangelización de las islas británicas. En realidad la tentativa no alcanzó su objetivo, pues hasta finales del siglo XIX no comenzó a aparecer con frecuencia en los mercadillos navideños, y cuando lo hizo siempre fue en convivencia con el poderoso muérdago, del cual tomó su carácter benéfico y propiciador de fortuna.

El abeto, como árbol de Navidad, ya tenía en estas fechas que nos ocupan una larga historia. Nos queda por tanto conocer cómo fue penetrando en los diferentes países que lo adoptaron y el sentido que se le da en la actualidad.

La entrada de la tradición en Inglaterra parece que se debe al príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo (1840-1861), esposo de la reina Victoria (1837-1901), que ordenó colocar un abeto adecuadamente revestido para la Navidad del año 1841 en su palacio en Londres. Los ingleses no tardaron en imitar a sus soberanos, como lo prueba la obra de Dickens *Nuevas historias para la Navidad*, publicada en 1869. En Francia, más en concreto en la región de Alsacia, era habitual esta costumbre, pero no en París, ni en el resto del territorio francés. El primer árbol navideño que se vio en la capital se debe a la española Eugenia de Montijo (1853-1920), esposa de Napoleón III (1852-1870) y emperatriz consorte de Francia, que en la Navidad de 1867 ordenó levantar y adornar un abeto en el Palacio de las Tullerías, para sorpresa y alegría del príncipe imperial. En realidad la tradición se extendió a partir de 1870 cuando, tras la guerra franco-prusiana (1870), Francia perdió Alsacia en favor del Imperio alemán, y en recuerdo de su antigua provincia adoptó su más característica y navideña costumbre.



La reina Victoria y el príncipe Alberto celebrando la Navidad con sus hijos junto al abeto en el año 1841.

A España esta práctica llegó hace relativamente poco tiempo, hacia finales del siglo XIX. Parece ser que fue una aristócrata rusa, Sofía Trubetskaya, esposa de José Isidro Osorio (1825-1909), gran duque de Sesto, político destacado de la Restauración, la que hizo colocar por vez primera en España, en su desaparecido palacio de Alcañices en Madrid, un árbol de Navidad durante las Pascuas del año 1870. Fue en el primer cuarto del siglo XX cuando la tradición comenzó a extenderse hasta llegar a nuestros días.



Grabado que representa a san Nicolás cargado con su saco y guiado por el Árbol de Luz o abeto navideño, tal y como se adornaba hace varios siglos.

Aunque hoy día es muy abundante durante las fiestas que nos ocupan, el árbol de Navidad, bien sea de forma consciente o inconsciente, no siempre se completa de manera correcta. Además de las bolas de colores y la estrella en la parte superior, a los pies del mismo debe colocarse un belén, o al menos el Nacimiento, para que el conjunto cobre sentido. El abeto que vino del norte, cargado de simbolismo pagano, terminó por convertirse en el árbol del paraíso, aquel cuyos frutos tenían prohibidos comer Adán y Eva. Con el fin de ambientarlo mejor inicialmente se colgaron manzanas de sus ramas, que con el tiempo pasaron a convertirse en bolas de colores, que igualmente recordaban la fruta prohibida y el pecado cometido por los primeros padres. El belén a los pies, por el contrario, personificaba la salvación que Jesús trajo a los hombres y el cumplimiento de la promesa que hizo Dios de enviar a su hijo al mundo. Y así, árbol y belén, formaban, y forman, un dúo inseparable que representa la condenación y la redención, convirtiéndose en una catequesis, rematada por una estrella en lo alto del abeto, la misma que guio a los Magos hasta Belén y que ha de guiar al hombre de fe en su búsqueda de Dios.

LA CELEBRACIÓN DE FIN DE AÑO

El 1 de enero, una fecha con historia no del todo exacta

Muchas han sido las fechas en las que, a lo largo de la historia, se ha situado el final del año. El estudio de su diversidad, orígenes y causas es un saber de gran atractivo que manifiesta el interés del hombre por regular y contabilizar el paso del tiempo,

aunque nunca lo ha hecho de forma unificada, ya que aun hoy se manejan diferentes calendarios en el mundo. Por citar algunos de los más empleados, hablaremos del que rige en Occidente y parte de Asia, donde empleamos nuestro propio método de registro, que comienza a contar los años desde la fecha del nacimiento de Jesús en el 1 de nuestra era, por lo que estamos en el año 2013. El mundo hebreo, sin embargo, se encuentra en el año 5774, ya que los judíos inician su registro a partir de la creación del mundo, que aconteció, según su tradición el 7 de octubre del 3761 a. C. El mundo chino se halla en el año 4711, pues arranca del 2698 a. C., fecha en la que Huang Di, el Emperador Amarillo, reformó su antiguo calendario. Los musulmanes, por su parte, están en el año 1391 de su propia era, que parte del año de la Hégira, esto es, la huida de Mahoma de La Meca, que aconteció en el año 622 después de Cristo.

A lo largo de la historia tampoco hubo acuerdo durante bastante tiempo en Europa, ni siquiera en la propia España. Muchos de nuestros diferentes reinos o regiones medievales tenían sus propios métodos para contabilizar el tiempo. En Cataluña hasta el 1180, en que tuvo lugar el Concilio Provincial de Tarragona, los años se registraban por los reyes de Francia; y hasta el 1350, estos mismos condados celebraban el Año Nuevo el 25 de marzo, día de la Encarnación de Jesús. El reino de Castilla y León, por su parte, siguió el calendario juliano hasta las Cortes de Segovia del año 1383, momento a partir del cual comenzó a emplear la era de Cristo, celebrando la entrada de un nuevo ciclo de trescientos sesenta y cinco días el 1 de enero. En general, la mayor parte de Europa, hasta el siglo XVI, tomaba el 25 de marzo como el primer día del nuevo año y seguía de una manera u otra el calendario juliano; sin embargo este daba lugar a un lento pero progresivo desfase.

El calendario juliano recibe su nombre del gobernante romano Julio César (59-44 a. C.), artífice de su implantación en el año 45 a. C. Era este un registro solar de trescientos sesenta y cinco días anuales, y uno más cada cuatro años conformando un ciclo de trescientos sesenta y seis días, denominado bisiesto. Desde su inicio contaba ya con doce meses, cuyo orden seguimos en la actualidad, siendo el de diciembre el último del año, pese a significar décimo, o *decem* en latín.

El calendario de Julio César solucionó algunos problemas, relativos a este asunto, existentes en Roma hasta aquel momento, pero no era exacto. Cada año solar tiene realmente trescientos sesenta y cinco días, cinco horas cuarenta y ocho minutos y cuarenta y seis segundos. La incorporación de un ciclo anual de trescientos sesenta y seis días cada cuatro años intentaba solucionar el desfase de casi seis horas existente, pero en realidad cada año comenzaba once minutos y catorce segundos antes que el anterior, algo inapreciable en el corto plazo, pero no en varios siglos. En el año 1582 la acumulación de minutos y segundos originó un desajuste de diez días, por lo que el equinoccio de primavera llegó al calendario diez jornadas antes de que se produjese realmente. Ante esta situación, y la importancia religiosa de la fecha, pues recordemos que el día del equinoccio de primavera se celebraba la fiesta de la

Anunciación, y que se consideraba que en esa misma jornada Dios había iniciado la Creación, el papa Gregorio XIII (1572-1585) acometió una reforma drástica que consistió en modificar el mecanismo empleado para contabilizar el paso del tiempo, anular los diez días de diferencia que faltaban para ajustar la fecha citada, adoptar el nacimiento de Jesús como momento de inicio para computar nuestra era e instaurar el día 1 de enero como el primero del Año Nuevo. El nuevo calendario, denominado «gregoriano», fue adoptándose paulatinamente en el mundo occidental, aunque Rusia no lo aceptó hasta 1918 y Grecia hasta 1923, dado que el credo mayoritario de la nación es el ortodoxo, que no reconoce la autoridad papal.

Nochevieja: uvas, lentejas y cotillones

En cuanto a la tradición del consumo de uvas, junto con las campanadas de fin de año, hemos de señalar que es muy reciente. A inicios del siglo xx los agricultores de Almería habían logrado producir una variedad de uva tardía, llamada así por madurar a finales de diciembre, grande, rica y de aspecto muy atrayente. Su éxito lo encontró en el mercado centroeuropeo, donde se vendía la mayor parte de la cosecha año tras año, llegadas las fechas de Navidad. Sin embargo, con el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que afectó duramente a estos Estados, muchos pedidos se dejaron de realizar y los productores almerienses vieron peligrar su negocio. Ante semejante perspectiva decidieron conquistar el mercado nacional lanzando una ambiciosa campaña que anunciaba «Las uvas de la suerte». Uno de sus lemas publicitarios declaraba: «coma usted doce uvas en el cambio de año, al filo del tiempo nuevo que nace, y tendrá asegurada la felicidad en el año siguiente». La estrategia comercial tuvo éxito, y se vendió en diciembre la cosecha de uvas dentro de España. Relacionarlo posteriormente con las campanadas dadas por el reloj de la Puerta del Sol, regalado en 1866 por el relojero Losada, fue relativamente sencillo, dando lugar a una de las costumbres más recientes y populares del Año Nuevo.

En Italia existe la tradición de cenar en la «Notte di Capodanno», esto es, la última noche del año, lentejas con *cotechino*, una característica salchicha de Módena. Evidentemente, hay más platos que surten la mesa, pero la presencia de este es incuestionable. Algunos relatos dicen que, al igual que en el caso de España, la costumbre se instauró a raíz de una gran cosecha de esta legumbre, cuyos productores encontraron una solución a su venta en la promoción de su consumo masivo en la noche de fin de año. Otros, por el contrario, se remontan a la antigua Roma, donde existía el hábito de regalar bolsitas de lentejas a los seres queridos, también cerca del cambio de año, como símbolo de prosperidad y riqueza, pues se esperaba que las lentejas se transformaran en dinero. Con el paso de los siglos la tradición se modificó ligeramente, pero no su sentido, llegando a la manera en que hoy se practica en Italia.

La Iglesia, una vez más, no quiso dejar pasar la festividad de la entrada del nuevo año sin darle un sentido cristiano, más aún teniendo en cuenta lo muy celebrada que

era en todas las culturas paganas. Y así, se instauró la fiesta de «Santa María, madre de Dios», que conmemora la maternidad de la Virgen el día 1 de enero. Pese a este intento el carácter festivo de la jornada, singularmente de la noche, es muy grande, de manera que el resto de significados, tanto el religioso como el familiar, quedan al menos en apariencia relegados a un segundo lugar.

Los primeros en dar un tono puramente lúdico, hace no mucho tiempo, a la última noche del año fueron los franceses. Según nos cuenta en su *Correspondance* (publicada póstumamente en 1887) el novelista Gustave Flaubert (1821-1880), la Nochevieja no disponía de fiestas, ni de actos sociales que la alegrasen, por lo que en sus años de vida había pasado algunas de ellas realmente aburrido. Parece ser que la costumbre de recibir el nuevo ciclo anual con un cotillón se debe a la iniciativa del restaurante parisino Chez Maxim's que, para la última noche del año 1900, ofertó a su selecta clientela una cena especial de san Silvestre, santo celebrado el 31 de diciembre, en la que evitaba los tradicionales platos navideños, para a continuación celebrar una fiesta. Así nació el *reveillon* de Nochevieja, «estar despierto» en francés, que como forma de celebración se puso muy de moda en las primeras décadas del siglo XX, para pasar después a España, donde esta celebración se festejaba bajo la forma de baile de máscaras.

El concierto de Año Nuevo, una forma elegante de comenzar otro ciclo

De todos es conocido que el Imperio austrohúngaro en general, y su capital, Viena, en particular, vivieron su edad de oro a partir de 1870 y hasta 1918. Fruto de esta época de esplendor fue el profundo cambio que la capital imperial vivió en su fisonomía, manifestado en la construcción de edificios institucionales, como reflejo de los valores de su triunfante burguesía liberal. Así se erigieron la avenida Ringstrasse, como nuevo gran eje de la ciudad, el Parlamento, el Ayuntamiento, la Ópera, la Universidad, etcétera.

El 5 de enero del año 1870, el propio emperador Francisco José acudió a la Karlsplatz, con el fin de solemnizar con su presencia la inauguración del *Musikverein*, el edificio de la Sociedad de los Amigos de la Música, que se convirtió en la Sede de la Orquesta Filarmónica de Viena, y en el lugar privilegiado para estrenar e interpretar la música de Strauss. Tengamos presente el altísimo valor que Austria daba ya a la música clásica por aquel entonces, y la hegemonía del vals, antaño condenado por tratarse de un baile inmoral, y en esos momentos auténtico señor de las fiestas de la sociedad vienesa, e incluso de la familia imperial. El edificio pasó a acoger grandes eventos al poco de ser inaugurado, tales como matrimonios reales, exposiciones universales u óperas.

A pesar del desplome internacional y moral que supuso para Austria su derrota en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), su amor por la música seguía siendo grande, tal y como lo demostró en 1925, año del centenario del nacimiento de Strauss, con la

organización de tres espectaculares conciertos bajo la dirección de Clemens Krauss. Iniciada la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en la que Austria volvió a encontrarse involucrada, Krauss decidió organizar una serie de conciertos que aminoraran el dolor causado por el conflicto, instituyendo el 1 de enero como momento de encuentro musical en Viena. De alguna manera la alegre música de Strauss trasladaba a los vieneses a otros tiempos más felices. Tan sólo la gala de Año Nuevo de 1945 no pudo tener lugar, debido a los bombardeos y la destrucción de la ciudad; sin embargo, el 1 de enero de 1946, la Sala Dorada del Musikverein retomó la tradición del concierto, en este caso bajo la dirección de Josef Krips. En los sucesivos años Krauss volvió a hacerse cargo del recital, y a su muerte en 1954 el concierto era ya una tradición en Viena, y el acontecimiento internacional que todos conocemos y por el que han desfilado directores de la importancia de Lorin Maazel, Herbert von Karajan, Claudio Abbado, Carlos Kleiber o Zubin Mehta.

LOS REYES MAGOS, UNA FIESTA MUY ESPAÑOLA

La entrega de regalos cerca del fin de año, o del inicio del invierno, es una tradición bien antigua. Ello se debe a las *strenae* o ramas de laurel u olivo que los romanos entregaban a sus amigos en honor de la diosa de la salud Strenia, por el Año Nuevo, celebrado a finales de diciembre con banquetes y regalos como colofón a las fiestas de Saturno, signo y deseo de felicidad. Cristianizar esta costumbre fue extremadamente sencillo para la Iglesia, al relacionar los regalos y los buenos deseos con la alegría por el nacimiento de Cristo.

En este mismo sentido, y en lo referente a la entrega de regalos, hemos de señalar que la fiesta de los Reyes Magos es una de las más genuinamente españolas, no por ser exclusiva de nuestro país, sino por la importancia que se le concede y la forma de festejarla. La fiesta de la Epifanía ya hemos visto que se celebraba, desde el siglo III, en la Iglesia oriental para pasar luego a su hermana de Occidente, pero en el siglo XIX las formas habían cambiado.

En la España decimonónica la tarde de Reyes era una jornada especial a consecuencia de la cual se generaba, durante unas horas, un gran bullicio en los barrios. A juzgar por lo que sabemos de este tema, el jolgorio y la actividad eran mayores que los que se producen hoy día en las horas previas a la cabalgata, y hasta que los pequeños se acuestan esa noche. Los chicos de cierta edad, adolescentes sobre todo, aprovechando la ilusión de los más pequeños, convencían a estos de que, si no querían que los Magos y su caravana cargada de regalos pasaran de largo, debían hacerse notar montando un buen escándalo. Y así, los chiquillos recorrían las calles tocando zambombas, trompetas y todos aquellos instrumentos capaces de producir un ruido formidable. Los más mayores, por su parte, encendían ristras de ajos y escobas, o volteaban trozos de soga encendida, como señales luminosas para atraer a Sus

Majestades. En la euforia de las horas previas a la llegada de los Reyes y los regalos, ocasionalmente los muchachos perdían el control y terminaban riñendo e incluso apedreándose con otros chicos de los barrios rivales. De poco servían en tales situaciones los bandos municipales que prohibían estos comportamientos, las tardes de Reyes siguieron estando presididas por la ilusión, la impaciencia y las disputas.



Fotografía tomada en Sevilla en el año 1918, y publicada por el diario ABC de la primera cabalgata de Reyes que se celebró en esta ciudad, una de las primeras de toda España.

Hasta mediados del siglo XIX los Reyes Magos no comenzaron a traer juguetes a los niños, al menos como elementos principales de la fiesta. Los regalos que Sus Majestades de Oriente depositaban junto a los zapatos estaban más relacionados con el paladar y las necesidades cotidianas de los pequeños que con su ocio. De hecho, Melchor regalaba zapatos o ropa, Gaspar dejaba dulces, peladillas, frutos secos, miel, etc., y Baltasar, a aquellos infantes que lo merecían por su comportamiento, les obsequiaba con carbón, leña o piedras. Ya por entonces se «sabía» y comentaba a los niños que su conducta era bien conocida por los Reyes, dado que un ejército de pajes observaban y tomaban nota de cuanto hacían con el objetivo de informar después a Sus Majestades.

También existía ya la costumbre de dejar los zapatos limpios, aunque no dentro de la casa, sino en el balcón, además de un plato con fruta y unas copas con moscatel para los Magos, y un cubo con agua y paja para los camellos. La tradición de escribir la carta cada año con las peticiones de los niños se originó durante el primer cuarto del siglo XIX. Estas misivas se dejaban en el balcón de las casas, por tratarse del mismo sitio donde se colocaban los zapatos, costumbre que comenzó a desaparecer a finales de esta misma centuria, cuando los citados escritos comenzaron a enviarse por correo.

La primera cabalgata de Reyes de nuestra historia tuvo lugar en Alcoy (Alicante), en el año 1887. Sevilla fue la siguiente ciudad en celebrarla, ya en 1917, y al año siguiente lo hizo Huelva. La mayor parte de los países que celebran la cabalgata y la consiguiente entrega de regalos por parte de los Reyes Magos son aquellos de cultura

hispana: México, Argentina, República Dominicana, Puerto Rico, Paraguay y Uruguay. Además también lo hacen Chequia, Polonia y la ciudad de Monção (Minho), en Portugal.

Una vez recogidos y acostados los niños era costumbre en muchas de nuestras ciudades ir a buscar a los Reyes. Era esta, en definitiva, una manera de pasar un buen rato a cuenta de un incauto en una jornada tan señalada. Llegada la noche, se reunían grupos de amigos con el fin de ir a esperar la llegada de Sus Majestades de Oriente. De entre todos los que lo formaban se elegía al más inocente, que en el caso de Madrid solía ser el recién llegado, haciéndole creer que este acontecimiento se iba a dar realmente. Entonces, para una mejor observación, se le cargaba con una escalera necesaria para otear la llegada de la caravana. El grupo comenzaba a caminar por la ciudad, haciendo paradas en tabernas y antros, hasta que llegaban a un punto alejado, por ejemplo Cuatro Caminos. Se levantaba la escalera y uno de los amigos subía y oteaba el horizonte con un antejo, asegurando que no veía nada. Entonces otro miembro de la cuadrilla decía haber oído que los Reyes llegaban por la Puerta de Toledo, sita a una distancia considerable. Entonces, de nuevo con la escalera a cuestas, el embromado y sus «amigos» se dirigían para allí. Tras las «estratégicas» paradas en bodegas y tugurios, sucedía lo mismo, poniéndose en camino hacia otro punto de la ciudad, y así hasta que la partida se había reído lo suficiente o el pobre incauto abandonaba derrengado. Esta tradición aún se practicaba en el Madrid de los años sesenta del siglo xx.

Y así transcurría la noche de Reyes, entre ilusiones, disputas, bromas, cabalgatas, zapatos, cartas y preparativos de última hora, como la compra del roscón; esto es, de un modo bastante similar al actual a juzgar por lo que en la citada tarde del 5 de enero se ve en nuestras calles: niños impacientes cargados de ilusión, y adultos a los que les gustaría, al menos por un día, volver a ser niños; y ya en ese deseo, en las alegrías de sus pequeños, o en la fuerza de sus recuerdos, en cierta medida lo logran.

LA ESPONTÁNEA «TREGUA SAGRADA» DE 1914

25 de diciembre de 1914

Todo se inició cuando el Estado Mayor alemán convenció al káiser Guillermo de que una agradable celebración de la Navidad en el frente elevaría la moral de la tropa. Tras cinco meses de combates Europa había perdido ya un millón de hombres, y cuatrocientos kilómetros de trincheras se extendían entre la frontera suiza y el Canal de la Mancha. Y así, el Alto Mando germano hizo llegar a sus hombres abetos, velas y dulces. Llegada la tarde del 24, los hombres comenzaron a adornar los abetos recibidos, colocándolos sobre sus trincheras, dispusieron mesas para la cena y comenzaron a entonar villancicos. Esto relajó el ambiente, pese a que el Estado Mayor británico había dado órdenes de que aquellos fueran dos días más de guerra. Un comandante inglés, destinado en el frente de Flandes, comentó a la prensa días después:

La Nochebuena y el día de Navidad los pasamos muy agradablemente. Algunas de nuestras trincheras estaban a unos cien metros de distancia de las alemanas, y a veces sosteníamos conversaciones muy animadas. En nuestra línea de fuego convinimos en que no haríamos ningún disparo durante la noche ni el día de esa gran festividad. Los alemanes cantaron y tocaron algunas de sus canciones populares y algunas de las nuestras, y nosotros correspondimos como era natural. El regimiento que estaba atrincherado a nuestra izquierda salió de sus trincheras, y cada vez que divisábamos un resplandor aplaudíamos y gritábamos.

Cit. por J. P. Yáñez Ruiz,
«Navidades en...», p. 147

A partir de aquí la imprevista tregua tomó vida propia. En varios puntos del frente se combatía, pero en otros los soldados de ambos bandos cantaban conjuntamente el *Noche de paz*, cada uno en su lengua. En algunos sectores hubo intercambio de saludos, en otros los hombres salieron a tierra de nadie durante un par de horas, compartiendo tabaco y conversación amigablemente. En el frente flamenco, los ingleses visitaron las trincheras alemanas durante la mañana de Navidad, siendo correspondidos por los germanos poco después. Hubo intercambio de tarjetas y cigarrillos, y tiempo para enterrar a los muertos británicos, ayudados por algunos alemanes. Incluso tuvo lugar un partido de fútbol entre ambas trincheras, y un oficial alemán tomó una fotografía de todos juntos en la que los soldados ingleses y germanos se confunden, pues intercambiaron sus cascos y gorras de platos para la foto.

Los mandos en conflicto toleraron la tregua, pero sintieron que la situación se les escapaba de las manos, por lo que ordenaron la vuelta inmediata a los combates. El capitán inglés Stockwell cuenta en su diario que la mañana del 26 de diciembre salió de su trinchera y realizó tres disparos al aire. Un oficial alemán salió de la suya y le saludó marcialmente. La guerra había vuelto a comenzar; sin embargo, la Navidad había logrado, al menos durante unas horas, extraer lo mejor y más humano de aquellos hombres y reconciliar, por una noche, un mundo en guerra.



Soldados alemanes decorando los abetos que les hizo llegar el Estado Mayor hasta sus trincheras para las navidades de 1914.



Fotografía tomada durante el partido de fútbol que disputaron alemanes y británicos el día de Navidad de 1914.



Fotografía tomada el 25 de diciembre de 1914 en pleno frente. Posan conjuntamente soldados franceses, escoceses y alemanes, en medio de la improvisada tregua que acordaron por Navidad.

Conclusión

Llegados a este punto del libro tan sólo unas apreciaciones para cerrar el mismo. Dejando a un lado las creencias religiosas personales, sean cuales sean, por tratarse este de un trabajo de historia, podemos concluir que la Navidad ha sido y es una manifestación religiosa y cultural de gran trascendencia, así como un depósito de valores universales que ha movido al ser humano a comportarse de una forma más compasiva e íntegra a lo largo de su existencia.

Cabe decir igualmente que hay quien puede argumentar, con cierta lógica, que tales celebraciones se hallan en crisis, y que es posible que con el tiempo vayan a menos. No es mi cometido ni mi intención analizar el grado de adhesión de la población a estas fiestas, sin embargo, una serie de encuentros que mantuve mientras recopilaba información para el libro, nos permiten tomar conciencia de que existen aspectos, sentidos y tradiciones navideñas muy antiguas, más vivas y próximas a nosotros de lo que creemos. Sirvan como ejemplo algunas de ellas. Un familiar me relataba que en su pueblo (Cavia, Burgos), hasta los años sesenta del siglo xx, los pastores de la población adoraban al niño durante la Misa del Gallo. Un amigo de Langa (Ávila) me refería el ayuno que en su casa paterna, y en otras del mismo pueblo, se hacía durante la noche de Nochebuena, como penitencia final del adviento. Poco antes de terminar el presente libro, supe también de la práctica de esta costumbre en Murcia hasta hace relativamente pocos años. Actualmente, en la pequeña población de Torrelara (Burgos), se siguen encendiendo hogueras en los lugares altos, la noche del 5 de enero, para señalar el camino a los Reyes Magos; y en Pedrosa del Príncipe (Burgos) hace poco han recuperado la costumbre de cantar un villancico que, desde mucho tiempo atrás y hasta los años cuarenta, se entonaba por las calles del pueblo con el fin de solicitar un aguinaldo:

Con permiso del alcalde
y toda la autoridad,
vamos a cantar los Reyes
creo nos dispensarán.
Los Reyes vienen, vamos a ver
cómo les adoran allá en Belén,
y los pastores llevan un don,
haber nacido el Hijo de Dios.
(estribillo)
Entre Armedia y Armenia,
está la Virgen María,
con un niño entre los brazos,
que callarle no podía.
(estribillo)
Por qué lloras luz del alba,
por qué lloras luz del día,
no lloro por los pañales,
tampoco por las mantillas,
lloro por los pecadores,

que Dios les perdonaría.

Realmente es muy difícil saber lo que anida dentro del ser humano, y cuál es su grado de fe, de adhesión cultural, o de identificación con los valores que portan las fiestas navideñas, al igual que poco podíamos suponer que tradiciones asaz antiguas, como las que acabo de reseñar, seguían y siguen tan vivas y próximas a nosotros mismos. No obstante, ideologías al margen, debemos hacer el esfuerzo de conservar la Navidad, pues, además de sus grandes aportaciones espirituales, culturales y humanas, los pueblos deben mantener vivas sus tradiciones más propias y edificantes, ya que de no hacerlo corren el peligro de olvidar quiénes son y qué es aquello por lo que son reconocidos y estimados.

Bibliografía

LIBROS

- ALCOLEA I GIL, Santiago, GARCÍA CASTRO DE MÁRQUEZ, Carmelo y Emilio. *El Belén. Expresión de un arte colectivo*. Barcelona: Lunwerg, 2001.
- ANÓNIMO. *Auto de los Reyes Magos*. Edición digital a partir de la de Ramón Menéndez Pidal. En *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1900, IV: 453-462; accesible en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (www.cervantesvirtual.com).
- ARBETETA MIRA, Letizia. *Ya vienen los Reyes. Belenes en Castilla y León*. Catálogo de la exposición. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2001.
- , *Magos y pastores. Vida y arte en la América Virreinal*. Catálogo de la Exposición. Madrid: Ministerio de Cultura, Secretaría General Técnica, Subdirección General de Publicaciones, Información y Documentación, 2006.
- BOURBON, Fabio y LAVAGNO, Enrico. *Guía Arqueológica de Tierra Santa*. Madrid: Libsa, 2005.
- CARDINI, Franco. *Los Reyes Magos. Historia y leyenda*. Barcelona: Ed. Península, 2001.
- CULLINS, Michael y PRICE, Matthew A. *Historia del cristianismo. 2000 años de Fe*. Barcelona: Blume, 2000.
- DELEITO PIÑUELA, José. *El Rey se divierte*. Barcelona: Altaya, 1997.
- ELIADE, Mircea. *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, vol. II. Barcelona: Paidós Orientalia, 2005.
- FLORISTÁN, Casiano. *Las Navidades. Símbolos y tradiciones*. Madrid: PPC Editorial, 2001.
- GARCÍA SERRANO, Rafael. *El Arte en el Belén*. Catálogo de la Exposición. Santillana del Mar: Fundación Santillana, D. L., 2002.
- GARCÍA VILLOSLADA, Ricardo (dir.). *Historia de la Iglesia en España: La España romana y visigoda (siglos I-VIII)*. (Tomo I). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- HEER, Fiedrich. *El mundo medieval. Europa 1100-1350*. Madrid: Editorial Guadarrama, 1963.

- IRISO, Silvia (ed.). *El gran libro de los Villancicos*. Barcelona: El Aleph Editores, 2011.
- KELLY, Joseph F. *El Origen de la Navidad*. Bilbao: Ediciones Mensajero, 2005.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel. *Las fiestas en la Cultura Medieval*. Barcelona: Debate, 2004.
- MARKCHIES, Christoph. *Estructuras del cristianismo antiguo*. Madrid: Siglo XXI, 2001.
- MILES, Clement A. *Christmas customs and traditions. Their history and significance*. Nueva York: Dover Publications, 1976.
- RIGHETTI, Mario. *Historia de la liturgia*, vol. I. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1955.
- RODRÍGUEZ, Pepe. *Mitos y ritos de la Navidad: origen y significado de las celebraciones navideñas*. Barcelona: Ediciones B, 1998.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Julio. *La dinastía de los Severos. Comienzo del declive del Imperio romano*. Madrid: Almena Ediciones, 2010.
- VV. AA. *Celebrar la venida del Señor. Adviento-Navidad-Epifanía*. Barcelona: 1990.

ARTÍCULOS Y REVISTAS

- BALANAI ABADÍA, Pere. «La Navidad en la España musulmana». En: *Historia y vida*, 1989; Extra 55: 86-91.
- BENVENUTI, Anna. «Sucedió en Belén». En: *La Aventura de la Historia*, 1998; n.º 2: 50-53.
- BRISSET, Demetrio E. «El rito de Año Nuevo, una convención contable». En: *La Aventura de la historia*, 2003; n.º 62: 103-105.
- CABOT, José Tomás. «La primera Navidad en América». En: *Historia y vida*, 1982; Extra n.º 27: 104-109.
- DEL CORRAL RAYA, José. «La Navidad en Madrid». En: *Madrid Histórico*, 2006; n.º 6: 4-11.
- GARCÍA, José. «El Villancico “Noche Feliz”». En: *Historia y vida*, 1982; Extra n.º 27: 38-43.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, Francisco José. «El origen de la Navidad y sus tradiciones», En: *El Basilisco*, 1998; n.º 23: 69-72.

- , «La Navidad en la Edad Media». En: *Arqueología, Historia y Viajes sobre el Mundo Medieval*, 2005; n.º 9: 41-53.
- , «Navidades Matritenses. Reflejos de las fiestas entre la Edad Media y el siglo Xx en la Villa y Corte», En: *Madrid Histórico*, 2007; n.º 12: 32-39.
- , «Las magníficas representaciones de la Natividad». En: *Arqueología, Historia y Viajes sobre el Mundo Medieval*, 2011; n.º 38: 20-27.
- , «Los Reyes Magos, grandes señores de la devoción medieval». En: *Arqueología, Historia y Viajes sobre el Mundo Medieval*, 2013; n.º 48.
- LAVALLE COBO, Teresa: «El primer gordo de la lotería». En: *La Aventura de la Historia*, 2003; n.º 62: 100-102.
- LUJÁN, Néstor. «El Árbol de Navidad y las antiguas tradiciones europeas». En: *Historia y vida*, 1979; n.º 141: 30-37.
- , «Leyendas y tradiciones de los Reyes Magos». En: *Historia y vida*, 1989; Extra n.º 55: 10-17.
- , «Antecedentes y auge del *Christmas*», En: *Historia y vida*, 1979; n.º 130: 4-13.
- MARGARIT PELAZ, Isabel. «El concierto de Año Nuevo en Viena». En: *Historia y vida*, 1989; Extra n.º 55: 122-127.
- MARTÍN DEL OLMO, A. «Las Navidades en el Siglo de Oro», En: *Historia y vida*, 1979; n.º 141: 78-90.
- MOLINA MOLINA, Ángel Luis. «Estampas medievales murcianas, desde la romántica caballerescas, caza y fiesta, a la predicación, procesión y romería». En: *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval. Actas del VII Curso de cultura medieval. Aguilar de Campoo (Palencia)*, 18-21 de septiembre de 1995 (Madrid), 1999: 32-63.
- PASCUAL, Carlos. «De viaje con Papá Noel o san Nicolás o Santa Claus». En: *El País Semanal*, 2004; n.º 1472: 11-18.
- SOLÍS, Ramón. «Napoleón y la abadesa». En: *Historia y vida*, 1982; Extra n.º 27: 117-123.
- STORME, Albert. «La gruta de la Natividad de Belén». En: *Tierra Santa*, 1990; vol. 65, n.º 687: 285-289.
- YÁÑIZ RUIZ, Juan Pedro: «Navidades en la Primera Guerra Mundial». En: *Historia y vida*, 1982; Extra n.º 27: 144-155.
- , «Las ferias navideñas barcelonesas». En: *Historia y vida*, 1989; Extra n.º 55:

40-42.

—, «Dos siglos de tradición. Lotería Navideña». En: *Historia y Vida*, 2000; n.º 393: 74-81.

Notas

[1] No es el objetivo de esta obra tratar los aspectos históricos de la vida de Jesús; sin embargo, y dado el gran interés que tiene el tema de la veracidad de los Evangelios, recomiendo algunos libros que abordan con claridad los criterios de historicidad que nos permiten, actualmente y con las debidas reservas, discernir hasta qué punto podemos dar crédito histórico a los mismos. Por si son de utilidad para el lector: QUESNEL, Michel y GRUSON, Philippe (dirs.). *La Biblia y su cultura. Jesús y el Nuevo Testamento*. Bilbao: Sal Terrae, 2002; PIÑERO, Antonio. *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Madrid: Trotta, 2006; en conjunto la obra de MEIER, John P. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. 4 tomos. Estella: Editorial Verbo Divino, 1998; y, de manera más modesta, la propia biografía histórica que se publicó en esta misma colección en 2009. <<

[2] San Justino nació en Naplusa (Nablús, Cisjordania, Palestina), se cree que a inicios del siglo II. De padres paganos, estudió en varias escuelas filosóficas y se convirtió al cristianismo en la misma Palestina entre los años 132 y 135. Mantuvo una polémica, o discusión filosófica, en el año 136 d. C., en la ciudad de Éfeso, con un judío llamado Trifón. El contenido de la misma, *Diálogo contra Trifón*, debió redactarse sin embargo hacia el año 150. Murió en el año 165. <<

[3] Orígenes (185-254), padre de la Iglesia nacido en Alejandría (Egipto). Hijo de padres cristianos, quedó muy impresionado ante el martirio de su padre en el año 202, decidiendo entonces convertirse en maestro de la fe. Gran estudioso, alcanzó una sólida reputación por sus enseñanzas. Una de sus obras más conocidas es su tratado *Contra Celso*, finalizado en el año 248. Celso era un filósofo griego, de credo pagano, del siglo II que escribió un ensayo contra el cristianismo, ante las numerosas conversiones que recababa, titulado *Discurso sobre la verdad*. Ordenado en el año 230, Orígenes se instaló definitivamente en Palestina, donde sufrió la persecución ordenada por el emperador Decio en el año 250 y la consiguiente tortura. Tras ser liberado murió en el año 254. <<

[4] El obispo san Cirilo nació en la propia Jerusalén (Israel) en el año 315. El texto en el que nos habla de esta arboleda corresponde a una de las catequesis que impartió a aquellos catecúmenos que se preparaban para el bautismo, hacia el 348, poco antes de ser nombrado obispo de la ciudad. Buen conocedor de Belén (Cisjordania, Palestina), la referencia al bosque se debe a que alguno, si no varios, de los neófitos también conocía el sitio. San Cirilo murió en el año 387. <<

[5] San Jerónimo (342-420) es uno de los cuatro santos padres de la Iglesia latina. Como sacerdote y hombre de grandes conocimientos recibió, en el 382, el encargo del papa de traducir las escrituras griegas y hebreas al latín, lengua habitual del pueblo. De aquí que su traducción se conozca como *Vulgata*, palabra latina que significa «común». Para efectuar mejor su labor se trasladó a Palestina, y escribió esta carta en el año 395. Para entonces debía conocer bien las tradiciones locales cristianas anteriores a la construcción de la basílica de la Natividad, comenzada en el 328, pues hacía ocho años ya que vivía en Belén. <<

[6] Región desértica de Egipto próxima a Tebas, de donde toma su nombre. A partir del siglo III, y debido a la actividad de san Antonio, se convirtió en lugar escogido de retiro de ermitaños cristianos. También en Hispania (España) hubo un lugar elegido por los eremitas, desde el siglo IV, para llevar una vida al margen del mundo centrados en la oración; el valle del Silencio, al sureste del Bierzo, en León, más conocido como la Tebaida Leonesa. <<

[7] El Concilio de Nicea (325) fue la primera reunión general de todos los obispos de la cristiandad. Convocado por el emperador Constantino, se calcula que asistieron entre doscientos veinte y doscientos cincuenta obispos, con un tema central, el arrianismo. Arrio (256-336) fue un sacerdote libanés que argumentaba que Cristo no era Dios, pues había sido creado por este de la nada. Los arrianos vieron crecer pronto su número, convirtiéndose en formidables y violentos opositores a la ortodoxia. Los derramamientos de sangre fueron frecuentes por parte de ambos grupos. Finalmente esta corriente fue condenada en el transcurso del concilio, pese a las explicaciones de su autor, que había sido invitado al mismo. Los obispos adoptaron como medida redactar una profesión de fe, la misma que aún hoy se recita en todas las iglesias, conocida como Credo, y que profesa: «en un Señor Jesucristo... Dios verdadero de Dios verdadero». <<

[8] Aunque tradicionalmente denominamos papa al obispo de Roma, y por tanto cabeza de la Iglesia, esta condición no siempre fue evidente, ya que durante los primeros siglos hubo sedes episcopales (Alejandría, Constantinopla, Antioquía y Jerusalén) cuya importancia podía cuestionar la primacía de Roma. En este sentido, Constantinopla, como capital del Imperio desde el gobierno de Constantino I el Grande (306-337), y a partir del 395 igualmente capital del Imperio romano de Oriente, era la única que podía disputar a Roma su calidad de sede apostólica. Fue el obispo de Roma León I (440-461) el que consolidó la supremacía de esta, sobre todo cuando los obispos participantes en el Concilio de Calcedonia votaron que la ciudad de Constantinopla había de ser considerada la segunda en importancia, tras la milenaria Roma. León, hombre de dotes políticas, adoptó un título usado antaño sólo por el emperador: *Pontifex Maximus*, esto es, «supremo constructor de puentes» entre los hombres y Dios. <<

[9] El Cronógrafo del 354, o Calendario de Filócalo, es un manuscrito del siglo IV ilustrado por el propio Furio Dionisio Filócalo. Contiene listados muy variados, y que permitían contabilizar los años. Consta de un inventario de cónsules romanos hasta el año 354, la lista de los *fasti* consulares y prefectos de Roma desde 254 al 354, el canon seguido para determinar la fecha de la Pascua hasta el 412, la lista de obispos de Roma hasta el episcopado de Liberio (352-366), la *Depositio Episcoporum* y la *Depositio Martyrum*, entre otros registros. <<

[10] Eusebio, obispo de Cesarea (315-340), en Palestina, fue uno de los prelados participantes en el Concilio de Nicea. Personaje muy apreciado por el emperador Constantino, recibió de este el encargo de elaborar una biografía del soberano, que tituló *Vida de Constantino*; y una historia de la Iglesia, conocida como *Historia Eclesiástica*, que se convirtió en una obra de referencia para posteriores historiadores cristianos. <<

[11] Las traviesas de las que hablamos se pueden contemplar hoy día en el citado templo, en Roma. Se encuentran dentro de un relicario de plata, donado por la duquesa de Villahermosa, en el que se representa a Jesús, recostado en la cuna, bendiciendo. El resto de las reliquias, o listones, del pesebre se encuentran actualmente en la Kunstkammer del Kunsthistorisches Museum de Viena. <<

[12] Tenemos noticias, más tardías, de la colocación de tallas del recién nacido en tales troncos, normalmente en actitud de infante durmiente, y con frecuencia con uno de sus dedos en la boca, con gesto de pedir silencio, el mismo que el fiel debía guardar para preservar su sueño e iniciar la meditación que sugería su advenimiento. <<

[13] Según el hagiógrafo del siglo XIII Santiago de la Vorágine, santa Helena, madre de Constantino, mandó demoler el templo levantado a Venus sobre el monte Calvario, en el año 326, y hacer excavaciones, con el fin de encontrar la cruz de Cristo. Dice el relato que se hallaron tres cruces, y no sabiendo cuál era la que buscaba hizo traer a un hombre muerto, que al contacto con la Vera Cruz, o «Cruz Verdadera», resucitó. En la Edad Media se vendieron muchos falsos fragmentos de esta cruz; sin embargo entre los considerados auténticos por la Iglesia destacan los depositados en el Vaticano y en el monasterio de Santo Toribio de Liébana en Cantabria. <<

[14] Esta última ceremonia tenía lugar en el citado templo por deferencia al gobernador bizantino y a su numeroso grupo de funcionarios residente en la ciudad, que se habían trasladado a Roma tras la conquista de buena parte de Italia por orden del emperador Justiniano (527-565). Este había derrotado a los ostrogodos e intentado reconstruir territorialmente la grandeza del viejo Imperio romano. <<

[15] Los «oráculos sibilinos» son una colección de quince libros que, teóricamente, recogen las predicciones hechas por la Sibila, una de las adivinas más importantes y con mayor prestigio de la Antigüedad. En realidad no era una sola profetisa, sino varias que iban siendo sustituidas con el tiempo, al ir envejeciendo la titular. La más destacada era la de Cumas. Los libros recogen vaticinios hechos desde el siglo II a. C. hasta el siglo V d. C. Se ha pensado que fueron confeccionados por judíos helenísticos y cristianos, que empleaban a tan importante figura pagana para atacar al propio paganismo. Igualmente se especula con que Virgilio pudo acceder a tales textos, por lo que su *Égloga IV*, reproducida en esta página y la siguiente, anuncia el nacimiento del «nuevo niño», identificando a este con Jesucristo. <<

[16] Los misterios más importantes del mundo clásico fueron los eleusinos, que recibieron su nombre de la población de Eleusis, situada cerca de Atenas, en Grecia. Estos eran ritos de iniciación al culto a las diosas Deméter y Perséfone, en los que los sacerdotes, adecuadamente disfrazados, solían representar a las divinidades o a elementos de la naturaleza. Sus seguidores se consideraban iniciados y sus ceremonias o creencias no podían ser desveladas. En contrapartida recibirían recompensas tales como la vida eterna. Posteriormente tales cultos se extendieron por el Imperio romano. <<

[17] El belén es una manifestación religiosa y artística extendida por todos los países de tradición católica. En Europa además de Italia, los encontramos en Alemania, especialmente en la zona de Bohemia y Baviera; Suiza, Bélgica, Austria, Portugal, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría y Francia. En España, por nuestra parte, no sólo acogimos y desarrollamos la tradición con fuerza, sino que la llevamos a la América Española, a partir del descubrimiento en el siglo xv, donde se crearon hermosos conjuntos con características propias, y de los que hablaremos más adelante. <<

[18] Aunque en contadas ocasiones, ambas bestias aparecen inclinadas ante el recién nacido, como signo de reconocimiento, y el hagiógrafo del siglo XIII Santiago de la Vorágine, en su *Leyenda Áurea*, recuerda que fue la mula del pesebre la que condujo a la Sagrada Familia a Egipto, en su huida de la matanza de los inocentes; fueron las representaciones que hemos citado líneas arriba las que gozaron de mayor crédito durante la Edad Media, gestando leyendas que han llegado hasta nuestros días, como la de la esterilidad de las mulas, castigo divino a su especie por el egoísmo de aquella de Belén. <<

[19] El juego de cañas tuvo su origen en un ejercicio militar árabe. Fue muy celebrado por la nobleza durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Se trataba de simular ataques entre cuadrillas de caballería, empleando escudos y cañas en vez de lanzas. <<

[20] El estafermo era un maniquí que se empleaba para el entrenamiento de la caballería en la Edad Media. Montado sobre una plataforma giratoria, el muñeco llevaba en un brazo un escudo y en el otro una correa de la que colgaban unas bolas, o saquillos de arena. El juego consistía en cargar a caballo contra el maniquí, golpear su escudo y evitar el golpe consiguiente que lanzaba el muñeco empleando sus saquillos, al girar sobre la plataforma tras recibir el golpe del caballero. <<

[21] Juego propio de caballeros durante el Medievo, consistente en ensartar una anilla con la punta de su lanza, a lomos de su cabalgadura. <<

[22] Pese a tratarse de la primera, podemos observar ya en aquella rifa algunos de los rasgos presentes todavía hoy, doscientos cincuenta años después, en nuestro sorteo extraordinario de lotería del 22 de diciembre. Estos son la fecha previa y cercana a los días de Navidad, el carácter oficial del mismo y la presencia de los niños del Colegio de San Ildefonso, institución dedicada a los huérfanos. <<

[23] Dado el conocimiento que tenemos de las tradiciones actuales, y la variedad de estas y de formas de vivir las fiestas que nos ocupan, no recapitularemos al final del apartado, y que cada uno concluya en cuáles y cuántas participa. <<

[24] Algunos historiadores ubican esta historia en Torrecilla de la Abadesa (Valladolid); no obstante la documentación más precisa se halla vinculada a Tordesillas, por lo que la hemos destacado en el cuadro superior. Pese a las citadas discrepancias ningún investigador duda de la historicidad de los hechos que han llegado hasta nosotros. <<